AHM/00672632

AHM
672632

Biblioteca Nacional de España

AHM
672632

Biblio

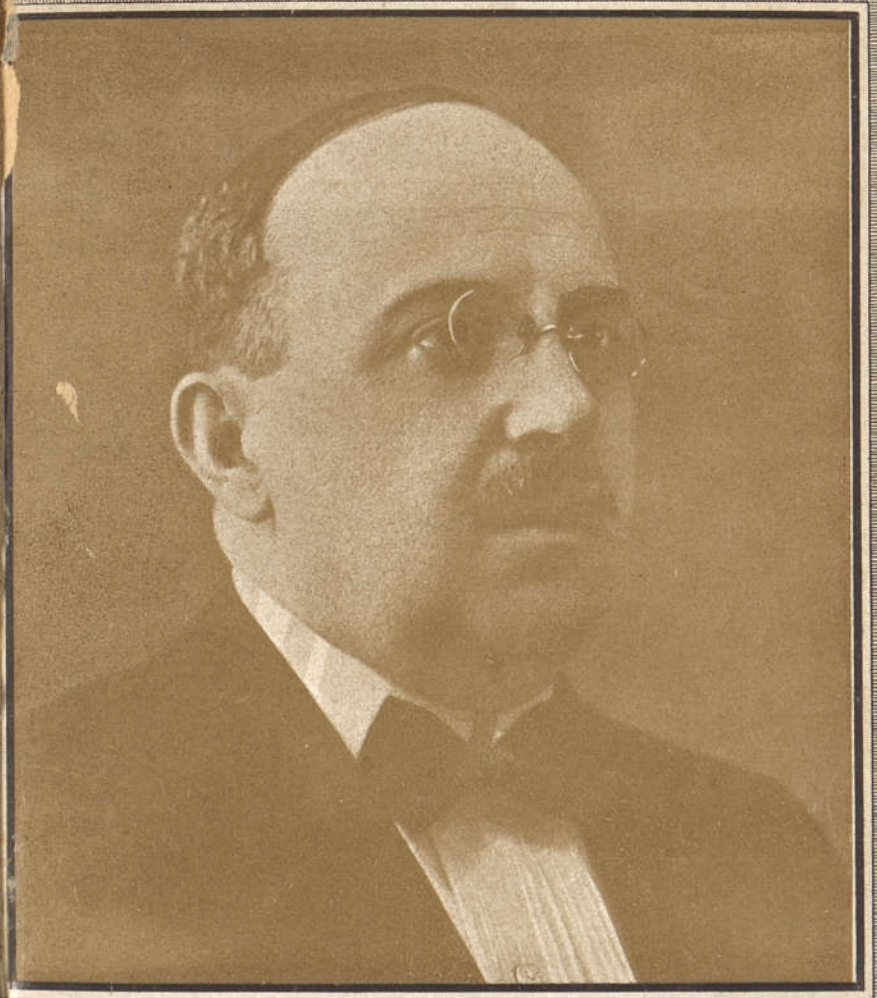
es
co

-5 D
13 A
1968
28 A
15 M

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España



J. LOPEZ PINILLOS

PARMENO

HOMBRES HOMBRECILLOS Y ANIMALES

BIBLIOTECA NUEVA

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

HOMBRES
HOMBRECILLOS
Y ANIMALES

Biblioteca Nacional de España

6516
860
8-4

OBRAS DE J. LÓPEZ PINILLOS

(PARMENO)

NOVELA

LA SANGRE DE CRISTO.
DOÑA MESALINA.
LAS ÁGUILAS.
FRENTE AL MAR.
OJO POR OJO...
CINTAS ROJAS.
EL LUCHADOR.

TEATRO

EL VENCEDOR DE SÍ MISMO (DRAMA).
HACIA LA DICHA (COMEDIA).
EL BURRO DE CARGA (COMEDIA).
LA CASTA (COMEDIA).
EL PANTANO (DRAMA).
NUESTRO ENEMIGO (DRAMA).
LA OTRA VIDA (DRAMA).

EN PRENSA

LO QUE CONFIESAN LOS TOREROS—. PESETAS, PALMADAS, COGIDAS Y PALOS.

LOS FAVORITOS DE LA MULTITUD—. COMO SE CONQUISTA LA NOTORIEDAD.

Biblioteca Nacional de España

47/1241392

J. LÓPEZ PINILLOS
(PARMENO)

R-203

HOMBRES HOMBRECILLOS Y ANIMALES

BIBLIOTECA NUEVA
LISTA, 66. — MADRID

Biblioteca Nacional de España

BIBLIOTECA NACIONAL
C.A.D.
Alcalá de Henares

S. L. de Artes Gráficas.—Cartagena-Madrid.

R. 411/413
Biblioteca Nacional de España

En este libro hay muy poco dictado por la fantasía. Casi todas las páginas que lo componen son el comentario rápido, y a veces febril, de la realidad cuotidiana.

Nadie busque ciencia ni profundidad aquí. No pudo ponerlas su humildísimo autor, entre otras razones porque no hay quien dé lo que no posee. Quizás el lector benévolo se halle en algunas líneas con la Ternura y en algunos párrafos con la Ironía. Son las damas a quienes el autor sirve con más reverencia, cuando, en sus frecuentes conversaciones con el público, quiere poner de su parte el corazón y el cerebro de la multitud.

Ternura para defender a los caídos, a los débiles, a los atropellados; Ironía para protestar con fortaleza, sin hirientes brutalidades de expresión... Con

Biblioteca Nacional de España

eso le basta al glosador de la realidad diaria cuando carece de la agudísima inteligencia necesaria para roturar, en bien de sus contemporáneos, nuevos caminos espirituales. Y con eso se conforma el que plumea sobre esta cuartilla. Y si se ha equivocado, si su vanidad le ha hecho creer que es irónico lo inocente y tierno lo sensiblero, si ni siquiera esas dos cuerdas suenan bien en su violín, apelad a vuestra ternura y a vuestra ironía y disculpadle sonrientes.

Parmeno.

Biblioteca Nacional de España

I

LOS FRACASADOS

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

I

EL SEÑOR DARLIN

El señor Darlin, esposo mártir de Carmen la *Dite-ra*, Arsenio Arturo Darlin, mi antiguo tirano, me pide que hable de él y cojo la pluma temblando de emoción...

¡Arsenio Arturo Darlin!... ¡Dios mío, si me parece imposible que esté en Madrid, fisgoneando con su gesto sibilino por cafés y calles, atento siempre al reparo de su inmortal chaqué, tan castaño y pelicrespo como hace tres lustros!

Cuando invadió mi cuarto, esta mañana, no le conocí... Ví un rostro bermejo junto a mi almohada; ví dos orejas terribles, pajizas; ví dos manos corvinas agarradas a los tremendos pabellones alimonados... «¡Ay, demonio! ¿Sueño?»

Y de pronto, en un segundo, una risilla aguda, rematada por una tos gatesca, despertó mi memoria, y estuve a punto de romper en sollozos al recordar, al reconocer las manos de mi inspector, las orejas de mi inspector, el rostro de mi inspector...

Biblioteca Nacional de España

—¡Cristo de mi alma, si es el señor Darlin! Pero, Dios mío, ¿es usted, señor Darlin?

Y el buen hombre se echó a llorar, mientras yo enronquecía de emoción.

Vosotros, lectores, casi todos vosotros, tenéis la desdicha de no conocer al señor Darlin. ¡Qué le hemos de hacer! Yo no conozco tampoco al emperador de la China. Pues bien, voy a hablaros de D. Arsenio. Nada de aliños literarios por esta vez. Charlaremos, y como un buen muchacho que soy, diré llanamente, en modesta prosa, cuanto se me ocurra de mi amigo, su vida y sus hazañas, sin romperme la mollera buscando adjetivos pintorescos y componiendo párrafos sonoros.

El señor Darlin, esposo mártir de Carmen la *Ditera*, Arsenio Arturo Darlin, mi antiguo tirano, es un santo, un poeta y un camello... Santo, por la resignación y la paciencia que perfuman su alma; poeta, porque al pimpollecer su corazón cada mañana, le hace confiar en algún hermoso embuste nuevo; y camello, por la resistencia heroica de su cuerpo, educado en una ascética sobriedad.

Tiene los ojos saltones, casi blancos; el cráneo esférico, limpio de vegetación, pulido y brillante: los labios gordos y sensuales—¡ah, pillastre!—y el bigote canijo. Barbirrucio, de barbilla pronunciada y nariz fiscalizadora, su carátula es, al mismo tiempo, insignificante y bizarra.

Biblioteca Nacional de España

Nació, sin duda, para acaudillar turbas, para dominar pueblos, para esgrimir victorioso la pluma, la palabra o la espada. ¡Y, sin embargo!... Es cierto, y no hay para qué ocultarlo, que el señor Darlin—Arsenio Arturo—posee bajo los omoplatos, en medio, en medio de su noble espalda, una joroba, una simpática montañuela de huesos indisciplinados, que no añade gallardía a su persona... Es cierto y lo consigno. Pero vamos a cuentas: Condé, el hombre de Rocroy, ¿no era, acaso, tan jorobado como el señor Darlin? ¿Por qué, entonces, no hemos de perdonarle a éste su chepa? ¿Por qué no hemos de consentirle que sea jorobado y genio?... ¡Veamos, contestad!

Pues somos tan bellacos que no se lo permitimos, y desde la infancia lleva el hombre a cuestas el oterillo de su desgracia y la montaña de nuestra sátira idiota. ¡Ah, burros, perversos! Da grima de vivir, la verdad.

Y, sin embargo, mi amigo D. Arsenio Caracol y Camello—como le pusimos, bautizándole miserablemente en el colegio—mi amigo, alma grande, desprecia el ridículo y pelea por la gloria lleno de fe. Su padre fué maestro en el útil y humilde arte sutorio, y tal vez en su niñez lejana aprendiera Darlin—D. Arsenio Arturo—lezna y cerote en mano, haciendo por arte mágico, más que sutorio, de un contrafuerte solitario una bota pespunteada, que un grano de arena puede convertirse en un cerro si, perseverantes y pacientes,

Biblioteca Nacional de España

cubrimos el grano de arena con carretadas de piedra y de tierra y de cantos.

Y ya en posesión de esta gran verdad, testarudo y valeroso, sobre el débil cimiento de una modestísima idea dramática, arrojó enormes carretadas de situaciones, de frases y de *cantables* y así nació su zarzuela.

La primitiva la compuso en el colegio. A las siete entrábamos en el salón de estudio, y el señor Darlin, en cuanto nos veía acodados en los pupitres, fijos en los libros de texto, subía a su tarima, cogía de un chinerillo tres grandes cuadernos y poníase a trabajar.

Nosotros, diabólicos y desvergonzados, le espiábamos cuchicheando, y cuando comprendíamos por sus gestos que el demonio de la inspiración cómico-lírica le poseía, sacábamos novelas, cazábamos ágilmente moscas, para convertirlas en portadoras de indecencias, o lidiábamos caracoles. Esta feroz diversión duró toda una primavera causando millares de víctimas. Cogíamos los blandos «cornudos» en las Delicias; les hacíamos abandonar sus chiqueros, mojándolos en el salón de estudio, y cada pupitre se convertía en un redondel.

Una noche D. Arsenio Arturo me pescó estoqueando a un bicho, y fué tal su indignación, que bajó de su tarima-trono, haciendo que desaparecieran como por ensalmo, novelas, dibujos y moscas cautivas.

Yo, colorado como un tomate, temblaba arrepen-

Biblioteca Nacional de España

tido de mi crimen, y los colegiales esperaban regocijados la tragedia. El señor Darlin, sin cólera, apenado hondamente:

—Señor Pinillos—baló, mejor que dijo, con la voz turbada y los ojos arrasados—; señor Pinillos, no cumple usted con su deber.

Don Arsenio hablaba con majestad imponente, de espaldas a una lira de gas, cuya luz le nimbaba la joroba. El silencio era absoluto, uno de esos silencios terribles que preceden siempre a las resoluciones épicas.

—Señor Pinillos—prosiguió duplicando su severidad—¿así ha tomado usted la vida?

Yo temblé de espanto.

—Su señora madre, haciendo sacrificios para darle el pan inmaterial de la educación... y usted entregado a liviandades. (Cogiendo el caracol y alzándolo solemnemente). Vean ustedes este pobre animalito del Señor... Este pobre animalito, bondadoso y apacible y manso, vivía en un lugar frondoso, sin preocuparse del señor Pinillos; no agredió al señor Pinillos; no pensó siquiera en agredirle. Y el señor Pinillos, como un romano cruel...

Aquello era formidable y yo intenté protestar; pero él, con un gesto de suprema energía, me redujo al silencio.

—¡Como un romano cruel, digo; como un Calígula, le ha condenado a morir en la arena!

Biblioteca Nacional de España

Hizo una pausa y después, enterneciéndose súbitamente:

—¡Ah, señor Pinillos!—exclamó.—¡Si su respetable señora madre lo supiera!

Y nada más. Ni un remesón, ni un pellizco, ni un palmetazo. El señor Darlin ocupó su asiento, observó largo rato a mi víctima, y después de suspirar hondamente, reanudó su trabajo.

Y como trabajo comenzado es trabajo terminado—y más si lo emprende un hombre tan enérgico como el señor Darlin—aquel que se empezó cuando yo asesinaba a la romana, ha dado su fruto: D. Arsenio Arturo Darlin ha llegado a la corte con una zarzuela; esta zarzuela hecha y rehecha y deshecha para volverla a hacer y rehacer, ha devorado veinte años de una vida.

Esta zarzuela, producto sabrosísimo de un ingenio que ha llegado a la madurez, es buena, fustiga con sátira despiadada los vicios que nos corroen, defiende valientemente a la mujer y demuestra con una claridad pasmosa que nuestro porvenir está en Marruecos... Esta zarzuela debe, por tanto, ser admitida, leída, ensayada y estrenada.

Yo sé ¡claro que lo sé!, que muchos autores—por no decir que todos—intrigarán fieramente para impedir que la admirable producción de mi viejo amigo llegue a representarse; también sé que los críticos, no por mala fe, eso no, por desidia, por no verse obligados a estudiar un nuevo arte dramático, ayudarán a

Biblioteca Nacional de España

los autores, y sé, por último, que los políticos, resueltos a que el problema marroquí siga existiendo, se colocarán, con sus más destructores ripios oratorios, junto a los autores y a los críticos.

Pero sé, además, algo que llenará de terror a los políticos envidiosos, a los críticos comodones y a los autores intrigantes. Y es que el señor Darlin—Arsenio Arturo—santo por la paciencia, poeta por la confianza y camello por la sobriedad, aparecerá en Madrid todos los veranos con su manuscrito en la maleta para luchar contra el que se atraviese en su camino y vencerlo.

Y cuando en otoño, después de la fiera pelea, vuelva al retiro plácido donde templó sus armas, en vez de llorar como un vencido, ocupará su tarima-trono risueño y alentado, y puliendo escenas y frases y redondeando conceptos, verá nacer y morir los días resplandeciente de esperanza.

Y cuando algún chico maligno lidie en primavera inocentes caracoles, el señor Darlin, San Arsenio Arturo Darlin, como en sus buenos tiempos, como si el rodar de los años hubiese aumentado el caudal de su benevolencia, se levantará pálido y con lágrimas en la voz y en los ojos.

—¡Ah, señor Fulanez!—exclamará dolorido.—¡Si su respetable señora madre supiese que pierde usted el tiempo en crueldades! ¡Ah, señor Fulanez! Véame usted a mí...

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

II

LA ESTATUA DE DON RODRIGO

La Academia de Bellas Artes ha denunciado que en Valladolid las monjitas del convento de Porta-Cœli pretenden enajenar las cuatro estatuas orantes de D. Rodrigo Calderón, sus padres y su esposa. La noticia a nadie puede sorprender en un país donde hay inocentes que dan por veinticinco duros un Murillo, bobos que cambian una joya artística por un lamido y dulzón muñecarro alemán, y, verrugos que venderían hasta el aire que respiran. Pero, si no asombro, por lo menos tristeza ha de producir el anuncio de la irregularidad que se trama.

Don Rodrigo, el monstruo de fortuna y de infelicidad, es un personaje tan español, por sus vicios y por sus virtudes, que, con su estatua, nos arrebatarían algo unido a los propios entresijos de nuestra personalidad histórica. La fabulosa suerte y la desdicha inverosimil de este hombre, que escaló alturas vertiginosas para derrumbarse con aterrador estrépito; que fué amado y aborrecido; que despertó a la envidia con

Biblioteca Nacional de España

su generosidad despilfarradora y cebó a la adulación con sus mercedes; que fué soberbio, desaforado, desdeñoso y altivo en sus días de poder, y que en la adversidad logró que en su alma surtiesen los manantiales de la humildad y de la resignación, merecen un piadoso recuerdo. No aventajó en maldad Don Rodrigo a los politicastros de su época. Menos avaro que Villalonga, más inteligente que su protector, más caballero que Uceda y más escrupuloso y más digno que Olivares, cayó para que con su vida purgara tanto las culpas propias como las ajenas.

Armado de un poder omnímodo, abusó, y olvidóse de la justicia, e hizo granjería de los cargos públicos; pero jamás llegó a desvanecerse. El hidalgüelo hijo del pobre capitán Francisco Calderón ¿había de dar lecciones de rigidez, de noble desprecio de las riquezas y de amor desinteresado a la ley a sus maestros, favorecedores y cofrades?... Si el mismo soberano esquilmaba a los pueblos; si Lerma el omnipotente, cerebro de la monarquía, juntó la enorme cantidad de cuarenta y cuatro millones de ducados, sumando únicamente los donativos de los que aspiraban a su benevolencia; si hubo un consejero como D. Pedro Franqueza, en cuya casa, después de prenderle por ladrón, encontráronse montañas de oro y plata, cofres repletos de joyas, soterrados o hundidos en los retretes, y un menaje tan colosal que para trasladarlo a palacio, donde quedó depositado, empleáronse du-

Biblioteca Nacional de España

rante tres días todos los carros que llamaban del rey; y si todos los de la Hacienda imitaban al D. Pedro, y todos los nobles—con excepciones como la del virrey del Perú, que no dejó ni para que lo enterrasen—emulaban al favorito, ¿qué iba a hacer Calderón?

En algunos meses, de criado de Lerma convirtióse en secretario de la cámara real. Y luego, ennoblecido con el título de conde de la Oliva, y honrado con el hábito de Santiago y la encomienda de Ocaña, jefe de la guardia tudesca, alguacil mayor de Valladolid, poderoso en la chancillería, dueño de rentas que engrosaba con mil regalos y mil negocios, esponjóse y se encrestó lleno de disculpable vanidad. Las intrigas de un fraile y de una monja, que gozaban de gran predicamento con la reina, priváronle de su cargo oficial, pero no eclipsaron su privanza, y un nuevo título, el de marqués de Siete-Iglesias, con el que le premiaron al regresar de los Países Bajos, aumentó la ira de sus rivales.

Recordad ahora su caída. En desgracia el de Lerma, el partido triunfante cayó sobre sus hechuras, y el marqués, acusado de más de doscientos cuarenta delitos, y muy especialmente de haber amasado con malas artes un inmenso caudal, de haber usado de hechizos, de haber hecho asesinar a un infeliz llamado Xuara, y de haber apresurado, empleando el veneno, la muerte de la reina Doña Margarita; preso, despojado de sus bienes, sin valedores, sin amigos, fué sometido al tormento como un vulgar malhechor.

Biblioteca Nacional de España

Su paciencia, su resignación, su serenidad y su valentía en este horrible trance, asombran, suspenden y maravillan. Se dejó desnudar por el verdugo Pedro de Soria, sin que al ver el potro se demudara su semblante; se tendió con noble enteresa y humilde continente en el bárbaro artilugio, y al requerirle los magistrados para que declarase la verdad, dijo que nada tenía que añadir a sus confesiones. «Y luego—reza la ejecución del auto, documento que suscribe Lázaro de Ríos—los dichos señores—los jueces—mandaron asentar al dicho marqués desnudo en cueros y en el potro, y estándolo, el dicho verdugo le ató y ligó él un brazo con el otro, y le ató un cordel a ellos, y habiéndole atado se le mandó dar una vuelta a los cordeles con que se le han atado los brazos, y le fué dada, y el marqués dijo: «sea por amor de Dios.»—Y luego se le dió otra vuelta a los dichos cordeles, y le fué dada a ambos brazos, y el dicho marqués dijo: «¡ay Dios! sed muy justo, que más merezco.» Y luego se le dió otra vuelta a los dichos cordeles y dijo le martirizan sin culpa.»

Continuó atormentándole Soria; hirieron los cordeles con la cruel presión en los brazos, en los muslos y en las piernas al caballero; de las carnes maceradas, tumefactas y rotas brotó la sangre, y D. Rodrigo, impertérrito, insistió en sus negativas. El había ordenado matar al insolente Xuara, pero ni había hechizado al rey—ni sabía que padeciese de hechizos—, ni mu-

Biblioteca Nacional de España

cho menos había envenenado a la reina. Agarrotáronle otras veces; le hicieron tragar varios cuartillos de agua, y cuando hinchado, deshecho y sin fuerzas parecía despedirse de la vida con su temblor, «los dichos señores mandaron cesar en el dicho tormento por ahora, protestando de reiterarle siempre que convenga, y que el dicho marqués sea quitado y desligado de los garrotes y cordeles que le están puestos, y quitar del potro; y así se hizo; y fué quitado y desligado y se llevó a curar a su cama; y el dicho marqués no firmó porque dijo no poder...»

Su muerte fué tan brava que trocó la ira en piedad y el desprecio en admiración. Cabalgando en una mula; vestido con un mísero capuz y tocado con una caperucilla de bayeta negra; el luengo cabello sobre la escarola del cuello; con un crucifijo en las manos y con los ojos en el crucifijo, caminaba entre alguaciles, pregoneros y campanilleros, asombrando al gentío con su valor y edificándolo con su conformidad. «Esta es la justicia—gritaban los pregoneros—que manda hacer el rey nuestro señor a este hombre porque mató a otro alevosa y clandestinamente, y por otra muerte y otros delitos que del proceso resultan, por lo cual le manda degollar. ¡Quien tal hizo que tal pague!» Pero la gente conmovíase ante el infortunio, y la grandeza caída arrancaba frases de piedad. Don Rodrigo, animado por tales manifestaciones, exclamó: «¿Esta es la afrenta? ¡Esto es triunfo y gloria!»; y del tal modo

Biblioteca Nacional de España

crecieron y se inflamaron sus bríos a la vista del patíbulo, que pidió a su confesor que le absolviese, por si despreciar tanto a la muerte era pecado de altivez.

Así murió Siete-Iglesias: con tan serena bizarría y tan garboso continente y tan recia dignidad que desde entonces, para elogiar a una criatura digna o valiente, se dijo en España: «Anda más honrado que Don Rodrigo en la horca»... Conservemos, pues, la estatua, que refresca un admirable episodio histórico. Al menos, recordarán los desmemoriados que, a veces, el acaso, vestido de justicia, descabezó a los gobernantes criminales.

Biblioteca Nacional de España

III

VANIDAD

Hace algún tiempo se dijo que Julio Ruiz, el popular actor, había muerto miserablemente en una ciudad de las Antillas. La prensa recordó los triunfos del gracioso farandulero, los amigos narraron anécdotas saladas y encomiaron su generosidad y su talento, y a las veinticuatro horas nadie se acordaba del artista desaparecido. Pero al mes insertaban los periódicos una terminante rectificación: Julio Ruiz no había muerto, y después de divertir a los cubanos, disponíase a excitar la risa de los bonaerenses con su «morcilleo», sus cabriolas y sus guiños. Como este error nada tiene de cómico ni de extraordinario, si no hubiese producido una hondísima molestia a Julio Ruiz, ni siquiera lo mencionaríamos. Mas el famoso comediante se ha encolerizado, y su cólera, el origen de su cólera, merece que le dediquemos algunas líneas.

Lo curioso es que Julio Ruiz no se ha molestado porque un inocente o un bromista le haya metido en la cárcava, sin aguardar a que estire la pierna. No, un

Biblioteca Nacional de España

hombre de sus condiciones, corrido, desilusionado y escéptico, sabe que morir es descansar; sabe que la corrupción engendra la vida; sabe que la podre de un payaso, chupada por unas raíces, confitada en una corola y trasformada por la industria de una abeja, puede servirse en un tinelo real, convertida en sabrosa miel, y la posibilidad de que le paladeen unas boquitas rosadas y golosas, no ha de disgustarle. Lo que le encendió en ira fué que atribuyeran su muerte a la miseria.

¿Tuvo razón? Emprender, alampando, el eterno viaje, ¿es deshonroso? Despedirse con un bostezo de la humanidad, como un mastín traspillado, ¿es ridículo?... Carnegie tal vez lo crea, y es muy probable que no nos equivoquemos al suponer que participan de esta creencia muchos senadores y no pocos tenderos. Justo es que piensen de este modo los que disfrutan de un caudal y los que se afanan por amasarlo. ¡Pero Julio Ruiz!... Si no hambriento, apurado y a media ración, le hemos visto en la corte. Solicitábanle las empresas, ingresaba, cobrando un dineral, en cualquier templo del «género chico», y durante unas semanas daba lecciones de continencia, rigidez, formalidad y amor al estudio. Los burgueses, estupefactos, decían que, rendido de caminar por vericuetos y trochas, entrábase en el buen sendero; los artistas admirábanse, y los conmilitones del jácaro se pasmaban de su conversión. Mas de pronto, una noche sorprendía al

Biblioteca Nacional de España

público un aviso suspendiendo las obras en que trabajaba el venático actor; al día siguiente los revisteros hablaban de la desaparición de un comediante devoto de Baco, y después de un eclipse escénico, reaparecía Julio Ruiz en las tablas del último teatrucho.

Entonces los poetas loaban a aquel hombre, que se satisfacía con provocar la risa de sus contemporáneos, que no ambicionaba más oro que el de los viejos toneles andaluces, que era improvisor como un jilguero, y liberal como una fuente, y ardoroso y libre y desinteresado como un rayo de sol. Y todos envidiábamos su vida, y muy bajito nos decíamos que las alas sirven para mecerse en los aires, y los élitros para estridular, y los picos para deshacer rosas, y las gargantas para modular canciones. Jaulas, grilletes, silencio... ¡Para los esclavos, vive Dios!

Y decidme: si una criatura piensa que la felicidad consiste en no trazar planes, en no cumplir palabras, en no imponerse obligaciones y en no tolerar que se las impongan; si esa criatura encuentra un lenitivo para el más trágico dolor en el fondo de su vaso, ¿no se burlará de nuestras amarguras, de nuestros propósitos, de nuestras promesas y de nuestras cobardías? Y a fuerza de desdeñar nuestras ideas y nuestras obras, nuestra torpe ambición y nuestra glotonería, nuestra flaqueza y nuestro orden absurdo, ¿no llegará a repeler esos despojos que devoramos, prefiriendo

Biblioteca Nacional de España

morir a deglutirlos? A esa exquisita repulsión puede arribarse de dos maneras: apurando el vaso sin cesar o aventando sin tregua el dinero. Así, ya porque el estómago se rinda a las caricias del alcohol, o porque el bolsillo le condene a la holganza, no encerrará los cadáveres de esos animalejos que sacrifica nuestro apetito.

Pues bien, este soberbio final que mereció Julio Ruiz y que le hubiera valido el tesoro de nuestras simpatías, es rechazado por el comediante con indignación y vergüenza. D. Julio no es un hambriento; D. Julio ¡ahora! obedece a los empresarios, y huye de los toneles, y no se indispone al comenzar la función, y no se eclipsa, y no retrocede en las fondas ante esos cabritos asados, que parecen criaturas recién nacidas... ¡Oh, la vanidad, cobarde engendradora de protestas! ¡Si D. Julio no fuese vanidoso!... Pero disculpémosle. ¿Quién está libre de vanidad? Uno de mis amigos, porque es de Sevilla, siempre que encomian las naranjas sevillanas, enrojece de satisfacción. Un peal, más blanco que una sábana, estremecíase de júbilo porque, merced a una puñaladilla traidora, le condenaba el jurado como a los valientes...

¿No ha de sulfurarse Julio Ruiz? El carecerá de dinero, de apetito y de estómago. Mas ¡ay del bellaco que lo diga!

Biblioteca Nacional de España

IV

UNOS TRAGOS, UNA COPLA Y UN MUERTO

NADIE sabe, hermanos en Cristo, cuándo ha de sonar en el reloj de nuestra existencia la hora de la infelicidad. Una mañana nos levantamos alegres sin saber por qué, acudimos a la diaria labor, y al volver, hartos de azacanear, a nuestro domicilio, le pisamos la cola a un faldero y su amo nos descrisma, o nos rompe la mollera un cacho de tejaroz, o reñimos con un camarada y le horadamos el bandullo... Nadie, hermanos en el Señor, puede ufanarse de la estabilidad de su dicha, y apelamos al testimonio del pobre farolero que sentóse ayer en el banquillo infamante.

Demetrio Serrano marchaba una tarde vertiendo jocundidad por todos sus poros, con la gorrilla en el cogote, unas copas de mostagán en el cuerpo, el encendedor al brazo y un fementido chicote entre los dientes. A conciencia, con honrada exactitud cumplía con su deber, encendiendo los farolillos de la Ribera

Biblioteca Nacional de España

de Curtidores, cuando a unos chicos se les ocurrió saludarle líricamente:

Soy el farolero
de la Puerta del Sol
cojo la escalera
y enciendo el farol.

El más susceptible y quisquilloso en achaques de dignidad no encontraría en esta copla nada ofensivo. Entre sus versos inocentes, limpios de ironía, sin la menor dicacidad, no se oculta ni la sombra de un ultraje. Ser farolero no es una deshonra inconfesable; por consiguiente, los hidalgos que figuran en el gremio, lo deben confesar con la cabeza muy alta. Y sentada esta afirmación, decir sin petulancia, ni soberbia, ni humildad excesivas, que se coge una escalera y se encienden los faroles, no es cosa que constituya una mortificación. Así, pues, ¿qué pudo inflamar en ira al digno Demetrio Serrano? ¿Le molestó, quizás, el que le llamasen farolero de la resplandeciente Puerta del Sol, siendo farolero de la tenebrosa Ribera de Curtidores?... ¿Cantaron los chicos con el retintín de la vaya la coplita?... ¿Fué todo obra del bermejo vinazo?

Lo cierto es que, furioso el menestral, arremetió contra los angelitos, que comenzaron a torearle; que persiguiendo a uno de los más osados, topóse con el papá, Miguel Rejón, caballero tan duro como su apellido; que trabáronse de palabras; que, esgrimiendo

Biblioteca Nacional de España

Miguel su vena satírica, le aconsejó burlonamente que en vez de perseguir a los nenes encendiera antes los faroles, y que, ciego de rabia el aconsejado, encomendóse al poder de sus puños.

Os podéis figurar, valientes lectores, lo que aconteció. Repelones, patadas, testarazos, brincos de carnero, caricias de tacón, bofetadas sonoras, sordos mogicones... Si punzaba Rejón, no se empavorecía Serrano, y ambos luchadores obsequiábanse con lo más florido de sus blasfemias y de sus atrocidades de burdel, y se tundían y se bataneaban con épico denuedo. Por fin, la victoria inclinóse hacia Rejón—si no más esforzado más vigoroso—, y el de los faroles, para aminorar la vergüenza de la derrota, en un desesperado arranque, le mordió en un dedo y llevóselo entre las mandíbulas...

No hemos de defender tales procedimientos. Un dedo, aunque sea el meñique, representa a la perfección su papel, y guarnece con gallardía la mano y ayuda a sus compañeros. Mas, sin defender esa brutal poda, disculpémosla. El cráneo de Rejón, tenía, desde luego, más importancia que el anular de su siniestra, y a Serrano ni se le ocurrió arrancárselo. Y, sin cabeza ¿qué hubiera sido del padre del cantarín? ¿Hay quién trabaje sin cabeza, exceptuando a los «currinches»? ¿Hay quien vea, fume o coma sin cabeza?... En cambio, la falta de un dedo ni siquiera tiene la virtud de alterar nuestras funciones digestivas; ni siquiera

Biblioteca Nacional de España

nos impide hurgarnos en las narices, puesto que de esa interesante función se puede encargar otro dedo. ¡Son diez, amigos, mientras que la cabeza no es más que una!

Todas estas consideraciones demuestran, que, si no hubiese muerto Rejón, después de una temporadilla de cárcel habría recobrado su libertad el farolero. Pero a Rejón ¿produjole la muerte el mordisco? Los médicos que realizaron la autopsia no observaron lesión alguna; sólo asombráronse de la espantosa delgadez del cadáver: una delgadez tan inverosímil que mantenía unidos el abdomen y la espina dorsal. Este escualor esquelético ¿fué ocasionado por causas morales? ¿Quedó se Rejón sin apetito pensando en la pérdida de aquel anular nunca enjoyelado?

Cuestión es esta que nadie sabrá resolver. La psicología de Rejón no es desconocida. Además, convertir a un hombre regocijado en un hombre triste, y a un tragaldabas en un inapetente, no es un delito que castiguen los Códigos.

Por fortuna para el procesado amigo del mostagán.

Biblioteca Nacional de España

V

UN SEÑORITO

Hace unos cuantos días se suicidó en Madrid, en el cuartucho de una posada, un joven provinciano. Los periódicos dedicaron unas líneas al suceso, y, leyéndolas, nos contó un amigo la historia del suicida. Es un drama que, por lo que se repite y por su misma vulgaridad, merece ser narrado.

El muerto, cuyo nombre oculta el autor por delicadeza y por piedad, era un señorito, nada más que un señorito. Sus ascendientes más remotos, labradores ahidalgados, habían sido los caciques del pueblo, y una especie de derecho consuetudinario—el más odioso y estúpido de los derechos, puesto que nace de la constancia carneril de los hombres—hizo a su familia dueña de los destinos de la localidad. Cuando él nació, desmoronábase la hacienda paterna, mordida por prestamistas y logreros, y para educarle con lujo, conservando los relieves del caudal, hubo que economizar en las malas añadas, y reducir los gastos precisos y suprimir los superfluos. El mozo, con su diploma de

Biblioteca Nacional de España

bachiller, apicarado por la existencia ciudadana, cortó el hilo de sus estudios y hundióse en la aldea, y frecuentó las tertulias señoriles y las veladas del Casino, y amistóse con farautes y adquirió su daifa; y así, viendo sus algorines y sus graneros por casualidad, y visitando sus cortijos cuando organizaba una jira o una carrera de liebres, le sorprendió la ruina...

La ruina total, absoluta... Los usureros se quedaron con los molinos, con las cortijadas, con la dehesa, con las viñas, y arramblaron con las piaras de bestias, y lleváronse el trigo, y extrajeron con los esculladores hasta las últimas gotas de aceite... El señorito, aplanado, sin un céntimo, perdió amistades, compadrazgos, cariños de alquiler y admiradores negociantes, y su crédito se deshizo, y murió la simpatía engendrada por el bolso repleto, y tornáronse agrias las palabras dulces, y severas las sonrisas benévolas. Tenía que olvidar su vida ociosa y regalona; tenía que subir por la áspera pendiente del trabajo, con la cruz de la ajena indiferencia al hombro, y resistiéndose a padecer humillaciones en el escenario de sus triunfos, trasladóse a la corte.

Durante las primeras semanas, el peso de algunos duros en el bolsillo le inspiró confianza y valor; pero a medida que iban fundiéndose las pesetejas, entenebreciase su alma y le abandonaban la resignación y la energía. Del hotel mudóse a una fonda, y cuando le expulsaron empeñó sus alhajas y refugióse en un pa-

Biblioteca Nacional de España

rador. Pasó algún tiempo, gastóse el dinerillo agenciado y llegó la miseria homicida de los que carecen de pan. Una noche, hambriento, con trasudores de angustia, después de combinar mil planes que desechó por absurdos y de imaginar mil tretas y martingalas, pensó en morir. Todos sus arrojos, todas sus acometividades, todas sus bizarrías de niño rico, seguro de sus valedores, habíanse evaporado con las últimas monedas.

¡Trabajar!... Y, ¿cómo? ¿En qué? Sin cultura, con la ignorancia de un campesino y la soberbia de un bandolero, anárquico por educación y por orgullo, odiando las superioridades que establece la disciplina social, no reconocía más que un poder: el del dinero, el que le arrebataron, en aparcería, la prodigalidad y el ocio... Y sacudido por la cólera, examinaba, sublevándose, lo porvenir. ¿Qué podía esperar? ¿Una plaza de copista en un escritorio? Y veía con repugnancia el pupitre manchado, con sus libros sebosos, con sus obleas blanduchas, con sus mangos denegridos y pestíferos. Un señor pingüe y brutal le mandaría a gritos y le insultaría si un borrón maculaba la albura de un pliego; y él, en su rinconcillo, temblaría de rabia y encogeríase con el temor de un perro castigado. ¿Sería cómico, lo mismo que otros gansarones inútiles de su laya? ¡Si no le acobardase la rudeza de la profesión!... Pero estudiaban con tan fiero ahinco los actores, y era tan corto su salario y tenían tan es-

Biblioteca Nacional de España

casas horas de libertad... ¿Sería empleado? Y la visión de la oficina con sus cristales polvorientos, sus doctores en arte taurino, sus cafeteras cocheriles y su ambiente humoso, le estomagaba y le enfurecía. ¿Torero? ¡Y los ayunos de las primeras temporadas, y la ferocidad de las reses y la crueldad de los públicos!... ¿Comerciante? ¡Y aquel presidio del mostrador y aquella bazofia de las comidas y la pesadez impertinente de las parroquianas refistoleras!... ¿Polizonte, mendigo, ladrón?... No; nada. Todos los oficios eran igualmente despreciables, deshonrosos y bajos... ¡Morir!

Y la negra idea adueñóse de su cerebro, ahuyentando esperanzas, deseos y ambiciones, y el afán de vivir, sostenido por el ardor de la sangre nueva, cedió, finalmente, mordido por el miedo al ridículo. ¿Para qué vivir? Al antiguo ricacho nadie le conoce; nadie sabe que tuvo millares de cepas y de olivos, y rebaños inmensos, y leguas de campiña y kilómetros de monte, y almazaras y caseríos; es un derrotado, un pobretón, un cualquiera, que ni en el triste prestigio de su pasada fortuna puede ampararse. ¿Para qué vivir?... Y recordó su ingreso en la posada, y la inverecundia agresiva del posadero, que le exigió el pago adelantado; y la avaricia de los prestamistas, que le despojaron de sus ropas; y la insolencia del camarero, que le observaba de reojo y sonreía con la impiedad de los brutos... A media noche empezaron a regresar

Biblioteca Nacional de España

los huéspedes provincianos; los clérigos de aldea, que solicitaban la protección del obispo; los labriegos, que venían de compras; los tratantes, que acudían con sus ganados, y los que hacían una escapadilla para divertirse, como los administradores de gente prócer, o para reforzar sus anaqueles, como los tenderos, o para intrigar, como los políticos de faja y zahones. Todos se irían terminados sus negocios, después de haber discurrido por las calles alegres que él ya no volvería a recorrer...

Hipando de miedo, tembloroso, lívido, despidióse de la vida con una broma de hombre superior. «Me mato por padecer una enfermedad crónica en el portamonedas.» ¡Pobre señorito! No estaba su dolencia en el portamonedas, sino en la voluntad...

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

VI

LOS SUICIDAS

Anteayer, un conocido del autor ha intentado suicidarse. Llegó a su casa de madrugada, inflado de judías y harto de callejear; lloró un rato, alarmando a su madre, que le miraba estupefacta, y luego, solo en su alcoba, disolvió dos cajas de cerillas en aguardiente, bebióse la repugnante mixtura, y arrojándose en el lecho, gimoteando, se dispuso a emprender el último viaje. El autor al saberlo, ha enmudecido de asombro. Porque ese llorón desesperado era un hombre feliz; un filósofo que con ir dos veces al café y fumarse dos cigarros «de porra» y ver gratis los estrenos, creía emplear dignamente su existencia. Buenazo, mansejón, efusivo, tenía siempre una sonrisa amable en los labios y una mirada cariñosa en los ojos para los que se honraban con su amistad, y nunca manchó las alegrías de su vida, limpia de inquietudes y ambiciones, la lepra del aburrimiento. ¿Qué le ha empujado entonces a la muerte? ¿Le habrán salido malos tres puros en una semana?

Biblioteca Nacional de España

El autor, ante este hecho fenomenal, absurdo, súmese en hondas meditaciones. Cada vez se suicida más gente. Un viento de locura barre a la humanidad, que se mata bárbaramente, descabezándose, desbarrigándose, con una impavidez aterradora. Esto es espantoso. ¿Qué nos impulsa a morir? En vísperas de Carnaval, Vicenti Pignatelli, un mozo de veinte años, rico y príncipe, se rompe los sesos, horas antes de casarse, en un momento de terrible pavor, porque una aventurera le dijo que padecía una dolencia incurable. Y el muchacho no quiso confiar sus dolores ni recurrir a la Ciencia. Perdida la esperanza, despidióse de la novia, templó el acero de su resolución leyendo los versos desolados de Leopardi, y levantó el vuelo hacia otros mundos donde no pueden temerse ciertas máculas.

Días después, en el enérgico pueblecito de Jódar, un campesino, modelo de probidad, siguió el mismo sendero del príncipe, abrumado por una deuda de 50 pesetas.

Y estos casos le recuerdan otros muchos al autor. En su pueblo había un cura delicioso. Era un santo varón que no pensaba más que en socorrer a los labriegos, en cazar y en reirse. ¡Pero cómo se reía, Santísima Virgen! La risa estallaba potente en su pechazo por el más liviano motivo, y salía de su boca en broncas carcajadas, mientras enrojecían sus mejillas y cerrábanse sus ojuelos y bailaba temblón su vientre pin-

Biblioteca Nacional de España

güe. Durante las noches invernales, construía, con una habilidad y una paciencia de serafín, veletas extraordinarias, recortando trozos de hojalata en forma de cordero, de buey, de gallo o de cerdo, y adornaba con ellas el tejado de la casita, las tapias de la huerta y las ramas eminentes de las higueras y los granados; y cuando, batidas por los vendavales marismeños, giraban todas locamente y sonaban opacos los cencerritos de los bueyes, y sordas las esquilas de los corderos, y agudas las campanillas de los guarros, y argentinos los cascabeles de los gallos zancudos, invadía al buen sacerdote tan inmenso júbilo, que no se hubiera cambiado por el ser más dichoso de la tierra... Y, sin embargo, este Himalaya de alegría, indestructible al parecer, se deshizo como un grumo de nieve. ¿La causa? Se ignora. Un domingo vimos al cura triste, serio, grave. Su can le había mordido; su ama le había robado, engañándole vilmente. Al cura le dió la ventolera por decir que España era una pocilga, y los españoles unos herejes, y él mismo un tontaina inútil, y una mañanita apareció el infeliz colgado de una higuera bajo los cascabeles de uno de sus gallos giradores.

El autor recuerda otra historia todavía más rara. En un enorme caserón aldeano murieron, una tras otra, en poco más de seis meses, tres chiquillas lindísimas consumidas por la tisis. De las tres hermanas fué novio Antoñito el medidor, un hastial hobachón

Biblioteca Nacional de España

y brutísimo, que pasaba las tardes suspirando en las galerías obscuras de la casona, viendo a las moscas danzar en las espadas de sol que entraban por las rendijas, mientras las muchachas, oyéndole pasear, trajinaban contentas. A veces rompía el silencio una desgarradora tos, se alzaba la cortina del cierro, y una sombra pálida destacábase a plena luz en el patio soleado, manchando la transparencia del aire: «¿Te aburres, Antoñito?». Unos ojos febriles acariciaban al medidor; caía crujiendo la cortina, y el gordo, clavando la mirada en el techo, otra vez en la obscuridad, gemía desolado. «¡Señor, Señor, Señor!» Pero es lo cierto que le enorgullecía el cariño de aquellas mujeres agonizantes y que la compasión de la gente le bañaba en delicias jamás gustadas. «¿Cómo va, medidor? ¿Mejora Dolorcitas?» «¡Cómo ha de ir! Peor.» Y las comadres, piadosas, sembraban su camino de elogios. «¡Pobre! Es muy bueno.»

Pues bien; esta noble criatura, este admirable Antoñito, que tuvo valor para asistir a sus tres novias moribundas, sin perder ni una libra de grasa, supo que un temporal había hundido sus nichos, fué al cementerio, vió los restos de las sin ventura, y aquella misma noche se destrozó el cráneo de un escopetazo.

¿Cómo explicar estas súbitas resoluciones que en un segundo nos cambian por completo haciéndonos aborrecer lo más amable? Una desdicha que agrandamos, una contrariedad, un temor, una ambición, tie-

Biblioteca Nacional de España

nen fuerza para romper todos los lazos que nos amarran a la existencia, y perecen, agostadas, en nuestra alma, la valentía, la paciencia, la resignación... Y entonces nos sentimos anonadados, aniquilados, deshechos, incapaces de resistir... «¿Qué cosa es, en suma, la vida—decimos repitiendo la pregunta de Schopenhauer—, sino la eterna representación de la misma vanidad, el mismo ladrar de los perros, el mismo sempiterno graznar de las aves?» ¿Y qué cosa es la muerte sino un gran bien, puesto que significa «la privación de todo sentimiento, el sueño apacible no turbado», de que nos habla Sócrates por boca de Platón?

Y nuestra voluntad se disgrega, el curso habitual de nuestros pensamientos se interrumpe, nuestras ideas sólo representan a la conciencia imágenes desesperadas del mal que nos enloquece, y nuestra fantasía ahonda escudriñando el abismo insondable. «Morir, dormir, ¿soñar?»

Y ya en este estado, todas las causas productoras tienen idéntico valor: lo mismo la traición de una mujer que el amargor de un cigarro; igual la pérdida de un hijo que la rotura de unos pantalones. Porque el mal no está fuera: está en nosotros, en nuestro cerebro alucinado, en nuestro espíritu ennegrecido por el tedio. Sin la alegría que hace olvidar, que ciega y asorda, todos marcharíamos hacia la muerte, esclavos de nuestras invenciones. «Buen boticario—grita Lear en su locura—dame una onza de almizcle para perfu-

Biblioteca Nacional de España

mar mi imaginación». Y así debemos gritar nosotros, mirando risueños a la vida. Buen boticario, perfuma nuestra imaginación con el almizcle salvador de la alegría. Fuera la peste de los pensamientos melancólicos. Riamos y viviremos.

Biblioteca Nacional de España

VII

LOS AVENTUREROS

¡Caprínez, repita usted la frase!

—En seguida, don Juan... «Inclinóse el doctor, examinándole atentamente. El pobre obrero, el valiente hijo del trabajo, el luchador incansable, de músculos broncíneos... había...»

—¡La frase, la frase!

—A ella voy, don Juan... «había muerto de inacción.»

—¿De inacción? Pero usted, ¿no tiene sentido común, señor mío? ¡De inanición, Caprínez de los diablos! De ina-ni-ción. ¡Había muerto de inanición; es decir, había muerto de frío!

Don Juan, el cómico estupendo de las arrogancias y las delicadezas, el director culto, el empresario hábil, el crítico sagaz, el Petronio de encrucijada y «manuela», tal vez cruce ahora los mares, con una revolución en el cerebro y otra en el estómago, buscando gloria y fortuna; quizás le sonría el amor; quizás la fama pregone sus méritos con el alarido triunfal de sus

Biblioteca Nacional de España

trompetas... Y a ti, hermano Caprínez, a ti flor de la vieja farándula, elefantillo cómico, araña de escenario, buche trabajador... a ti, ¿qué te alienta, qué te empuja, qué te sonríe? La Pascua Florida ha pasado entre rayos de sol y vuelos de golondrina, y casi todos los actores, cobrando nóminas y oyendo aplausos, recuerdan los días navideños, fértiles y jocundos. Sólo tus compañeros y tú animáis la «sagrada acera», con vuestra dicacidad vengadora, con vuestros paseos irritados de leones en ayunas, con vuestra conversación vibrante, en la que pone una alegre nota la esperanza.

Yo os admiro, hombres de aventura; yo os admiro por el decoro con que soportáis la pesadumbre de vuestras molleras graníticas; por la voluntad que resplandece en vuestros rostros afeitados y en vuestros ojillos de vulpeja, y por la dignidad de vuestros gestos imperiales.

Continúan siendo cómicos—dice, despreciándoles, el vulgo.—Sí; continúan siendo cómicos; disfrazan la vida para embellecerla a su manera; se burlan de la cruda verdad—¿no es cierto, Caprínez?—y pasean, majestuosos, por los escenarios, la épica ridiculez de aquellos figurones que en la infancia conmovieron nuestro corazón. La humanidad, vista a través de su arte, es más pintoresca, más valiente, más generosa, más noble, más clara, más definida. No componen, serviles, tipos nuevos; siempre, con una constancia y una fidelidad portentosa, exhuman los creados en noches

Biblioteca Nacional de España

geniales por sus maestros. ¿Un marino, dijiste? Pues Caprínez, con el cabello crespo, borrascosa la voz, la nariz incendiada y los calzones caídos, se plantará en las tablas patiabierto y rugirá el papel, dando tropezones, como si aguantara una tempestad en la cubierta de un quechemarin. «¡Voto a Neptuno! ¡Hermosa goleta es la muchacha!» ¿Un sacristán hipócrita, embustero y bellaco? Caprínez, con las alas de la nariz ennegrecidas, las botas sin lustrar y el pelo lacio pegado a la frente, aflautará con tanta dulzura su vocejón y se moverá tan blandamente y guiñará con tanta picardía, que hasta creeremos percibir el olorcillo de la cera. ¿Un banquero? Caprínez, de levita, con patillas a la inglesa y lentes de oro, andará a saltitos y atropellará a sus criados. «¡Jum, bergante!»

Y será inútil protestar, diciendo que hay banqueros con educación y sin patillas, y sacristanes con voces estentóreas y pelos grifos, y marinos calvos, de narices blancas y firme andar. Caprínez y sus compañeros, fosilizados, replicarán que en la escena todos los convencionalismos triunfan, y que no quieren cambiar su alta declamación nobilísima por el cursi parloteo ramplón de ciertos comicuchos aplaudidos en Madrid... Y, bien mirado, ¡es tan bello sustraerse a la realidad, y ser, durante algunas horas, no un hombre sujeto a debilidades y mudanzas, sino un monstruo inverosímil, enterizo de alma, sin complejidades sin inquietudes, tan seguro de sí mismo como un mo-

Biblioteca Nacional de España

rueco!... Sí; es bello, es consolador, y por eso—y también, justo es confesarlo, por falta de inteligencia—los Caprínez desvalidos, los buscadores de aventuras, hartos de pelear bajamente por la existencia, hacen tales escapadas al mundo de la fantasía, y se anulan y recobran el vigor soñando despiertos.

Algunos piensan que su vida es horrible. Burgueses desdichados, que en la balanza de sus destinos jamás pondrán el peso del ideal. No son horribles esas vidas valerosas, porque las alumbra la romántica luz de lo inesperado, de lo incierto; porque tienen el encanto de la inseguridad; porque no están odiosamente reglamentadas; porque no caminan, plúmbeas, sobre carriles, sabiendo, estación por estación, a donde van... Un cerdo, personaje respetabilísimo, que contará siempre con la simpatía de la gente seria por su digna gravedad, no avanzará nunca sin ver que pisa en terreno firme. Y, en cambio, un cigarrón calavera, un cigarrón loco, imprevisor y confiado, en un momento de irreflexión y de júbilo, saltará lleno de ilusiones y de fe, y en el fango de un alcorque, en la suciedad de una charca, acabarán miserablemente sus días. Pero, decidme; cuando saltó, ¿no esperaba tal vez, aposentarse en una estrella?

Pues cigarrones son mis aventureros. No han nacido para atravesar cómodamente la existencia, preparando el prudente viaje en Universidades, Academias, zapaterías, cortijos o lonjas; han nacido para saltar

Biblioteca Nacional de España

persiguiendo a las ilusiones. Los cándidos grajillos ¿no envidian la pompa reluciente del pavón? Nuestras horas acedas, ¿no se confitan con el aplauso y el elogio? Un minuto de ensueño ¿no vale más que un lustro de combate? Habla tú, hermano Caprínez, pobrecito héroe, y dí que ni el triunfo es necesario; que a un aventurero, aunque sea un imbécil, le basta luchar por él y creer en él para levantar con soberbia la frente.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

VIII

HISTORIA DE UN COMPAÑERO

El mes pasado, un periódico de Madrid pedía un socorro para aliviar la miseria del antiguo periodista santanderino D. Telesforo Martínez, y ayer, en dos diarios provincianos, leímos la misma vergonzante gacetilla, conmovidos ante la obscura tragedia de ese infeliz, cuya bondadosa simplicidad ha sido contrastada por el oficio que escogió. D. Telesforo, criatura humilde, se contenta con reunir lo preciso para montar una pequeña industria que le defienda del hambre.

¿Cómo es el inocente fracasado? Todos, lectores, le hemos visto en provincias. D. Telesforo—como D. Juan, D. Alberto, D. Jesús—viste un *chaqué*, veterano que ralea por las mangas y brilla por el cuello; calza unas botas sin tacones, que apagan el ruído de sus pasos, y se cubre con un casquete anfractuoso, de un negro rojizo. Habla cobardemente; mira con la amarga hurañía de los que no perdieron, al caer, la dignidad; anda apoyándose en un bastón que falto de

BIBLIOTECA POPULAR "JOSÉ DE ACUÑA"

Biblioteca Nacional de España

contera, termina en una escobilla fibrosa, y suspira siempre, escondiendo sus puños amarillos.

En su juventud fué maestro de escuela, o mancebo de botica, o empleado en Pósitos, y gozó serenamente de la existencia, hasta que, sintiendo bullir en su cerebro ideas originales, comenzó a tejer la tela de sus ensueños de ambición, ansioso de fortuna y de gloria, y perdió las noches leyendo temibles folletines y escribiendo odas a la luna, sonetos demoledores discursos furiosos condenando todas las tiranías y maldiciendo todas las esclavitudes. Sus compañeros, de una insignificancia mental abrumadora, le exasperaban con dicacidades y burlas; sus jefes aburríanle con amonestaciones y consejos... Necesitaba ser independiente, y un día, en un heroico minuto libertador, puso en práctica sus discursos y rompió sus cadenas.

A las dos semanas estaba en un periódico de combate.—*¿El Clamor? ¿La Verdad? ¿El Adelanto?*—y aunque él no combatía más que con el engrudo y las fajas, la esperanza de que fueran empleados sus talentos en más importantes funciones, haciale dichoso. Poco a poco redactó noticias, hizo los extractos de las sesiones municipales, visitó al cacique que sostenía el diario, para recibir sus órdenes, y consiguió al fin, que reconociendo todos sus estimables dotes de escritor intencionado, travieso y valiente, le permitieran crear una sección... ¿La titulaba, modestamente,

Biblioteca Nacional de España

Escarceos, Arañazos, Mostacilla?... Ello fué que, con un título o con otro por bandera, enredábase, a cada paso, en feroces discusiones, y que, en estas escaramuzas, con la mostacilla de su ingenio satírico, hería a las fieras de la política local y a sus parásitos, unas veces tirando cerca de la víctima para que recibiera unida la metralla y quedase deshecha, y otras veces tirando a gran distancia, para que los plomillos de unas cuantas ironías arañasen las carnes del adversario, obligándole a huir escarmentado.

Después, el guerrillero, ágil de meollo, suelto de pluma y templado de corazón, logró escalar las eminencias del artículo de fondo y regaló su orgullo con las mieles de las primeras victorias definitivas. El señor gobernador, poeta laureado, le saludaba con sus más efusivas sonrisas, y en los momentos difíciles honrábale con sus confidencias; los amigos le sacaban el pellejo a túrdigas, envidiosos de su encumbramiento; los enemigos le temían; la gente lista asegurábase con el incienso del elogio su neutralidad, si no contaba con su ayuda; los eruditos del pueblo adulábanle; los capitanes y los soldados de la farándula se presentaban afables y humildes ante el sesudo crítico...

Pasaron los años. D. Telesforo, en pleno triunfo, compuso sus romances de cristianos raptores y moras seducidas, publicó sus cuentos sentimentales y se enamoró... Y, de pronto, sin causa conocida, cuando

Biblioteca Nacional de España

todo parecía sonreirle, turbóse lo serenidad de su claro espíritu, y sus compañeros, alarmados, le vieron languidecer. No bromeaba en la redacción, no leía en voz alta los fondos transcendentales, no derrochaba con generosa prodigalidad el acero y el oro de sus *Mostacillas*... ¿Por qué semejante cambio? Tenía el mismo sueldo; el amor de su novia embravecíase, cada día más ardiente; sus admiradores aumentaban como su pericia en el manejo dificultoso de la «palanca» formidable.

Hasta que cayó en la cuenta. Era el tedio el origen de sus murrias. Se ahogaba en la ciudad; estaba harto de recorrer sus calles estrechas; sus plazas llenas de hierba, silenciosas, solitarias, como patios conventuales; sus muelles, poblados por hombres sudorosos, que trajinaban entre el áspero chirrido de las grúas y el ulular de las broncas sirenas. Estaba cansado de contemplar junto a las tiendas a los mismos caballeros mostachudos, y en los paseos a los mismos chiquillos zanquilargos, y en los porches a las mismas viejecitas suspirantes y a las mismas pálidas matronas envanecidas de su fecundidad. Y este cansancio, este aburrimiento, engendró, tal vez, su resolución de buscar un ambiente más propicio... ¿Estuvo en Madrid?... ¿Vagó sin resultado?... ¿Alcanzó, con la garantía de sus romances y sus cuentos, la prebenda de una plaza de diez duros en algún diario menesteroso?... Lo cierto es que al poco tiempo regresó, desen-

Biblioteca Nacional de España

gañado, a la provincia, reanudando el hilo de su antigua vida; que se casó, acrecentando con su mujer el número de las matronas fecundas, y con sus hijos el de los muchachos zanquilargos, y que ya no volvieron a aburrirle las calles estrechas y las plazas solitarias, ni a indignarle los caballeros mostachudos y las viejecitas que pisan suspirando el verdín de los porches.

Luego, su salida del periódico—o la muerte del mismo—trazó los prolegómenos de la catástrofe, y llegaron los días de angustia. El señor gobernador ya no saludaba sonriente al titán de los *Escarceos;* los amigos no le mordían; los enemigos no le adulaban; la gente lista acorazábase presintiendo el sablazo... Y D. Telesforo, sobreponiéndose a las desmayos de su voluntad y a la agonía de sus esperanzas, continuaba en la brecha: «Señor director, un huequecito... ¿no se me puede hacer un huequecito...» «Señor gobernador, ¿no habría una plaza para uno de los suyos?» Y así, yendo de redacción en redacción y de oficina en oficina, gastáronse los tacones del desdichado pedigüeño, y envejeció su *chaqué,* y convirtióse en una escobilla su bastón y en unos zorros sus camisas, y trocóse en medrosa su habla resuelta, y en huraño su mirar amable. Y el lobo de la miseria, qne gañía amenazándole con la jeta espantosa, entró en su hogar.

¿Qué hacer entonces? De los nidos de antaño habían volado los pájaros de la resolución y la bravura;

Biblioteca Nacional de España

el hambre apremiaba... Y D. Telesforo, el ingenio satírico de las *Mostacillas*, el poeta de los romances amorosos y los cuentos sentimentales, forjó su más hermosa obra pidiendo caridad para sus hijos... Un tenducho en una plazoleta, una barraca en los muelles, y él, viendo a sus chicos engordar, mientras su mujer despachaba teleras y sardinas y queso, recordaría sin pena sus triunfos inútiles. Que manejaran la famosa «palanca» manos más diestras que las suyas, y que lidiaran por la gloria cerebros más pujantes. El, bajo su techo de tablas, sin envidiosos ni envidias, aguardaría, sereno, a la muerte, satisfecho de haber sacrificado por los suyos un ideal.

Mas ¿podrá sacrificarlo? ¿Encontrará gente piadosa que le ayude, o tendrá que morir con él acuestas?...

Biblioteca Nacional de España

II

RIDICULECES Y CRUELDADES CIUDADANAS

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

I

LAS FLORES DEL BANQUETE

ESPAÑA es un país galante. Podemos formular rotundamente esta afirmación, porque no habrá ningún osado que ponga en duda la «proverbial» galantería española. Si fuese preciso, aduciríamos mil pruebas que demostrasen la gentil condición de los iberos en sus relaciones con las damas, y entre ellas figuraría en señalado lugar su conducta en los banquetes. ¿No es maravilloso que, en estas ocasiones, ningún hijo de nuestra noble tierra olvide a la mujer?... Leed los periódicos; leedlos, y veréis que todos los sueltecillos que narran la abundancia y la grandeza de un festín, o la cordialidad de un modesto agape, terminan con unos renglones en los que dice el gacetero que los ramos que adornaban la mesa enviáronse a la señora de Tal o de Cual, mujer del agasajado.

Esto es conmovedor. Porque un banquete... ¿saben ustedes lo que es un banquete? ¿Se han tomado ustedes la molestia de estudiar reflexivamente un banquete? Prescindamos de aquellos graves y solemnísi-

Biblioteca Nacional de España

mos ofrecidos a tragavirotes irremisibles, y fijémonos en los demás. Nadie ignora que cuando no libran al obsequiado de la tentación el peso de sus inviernos o la seriedad aplastante de su ciencia sociológica, permanece en la fonda con sus íntimos o busca un escondrijo, poco frecuentado o discreto, para rematar el homenaje y coronar el día con unas ráfagas de *juerga*.

Los banquetes casi siempre terminan así porque lo natural es que el «banqueteado», a quien el humillo de la gloria inmovilizó las mandíbulas, tenga hambre; o que, entristecido por los brindis conmovedores, esté melancólico; o que, turbado por los vinillos medio moros y por el *cognac* diablesco, se sienta rijoso, acometedor y osado. Y por cualquiera de estas causas, por hambre, por melancolía, o por humor bélico, el hombre huye del hogar, y come más que un buitre, y bebe como un elefante, y charla como diez cotorras, y anuda afectos y ahoga enemistades, y su corazón desbordado y su cerebro neblinoso—¡escapa, ángel pálido y uniforme de la Fidelidad!—suelen conducirle a los mercados livianísimos donde se finge el amor por granjería.

Mientras, la esposa, llena de vanidad, paladea el triunfo del bien amado. Algo le corresponde a ella, humilde y adicta colaboradora. Ella contuvo a los pequeños, para que con sus inocentes berridos no echasen a la inspiración del meollo paternal; ella corcusió

Biblioteca Nacional de España

los calzoncillos del genio; ella animóle en sus partos con miradas admirativas; ella fué la primera que se pasmó ante sus obras... Y emocionada, con el corazón palpitante, hunde la nariz en su premio. Su premio es un ramo, que a nosotros, pícaros que ya hemos visto muchas cosas, nos hablaría con elocuencia cínica; pero que a ella nada le dice. La hormiguita casera estira-duros y endulza-dolores, sólo ve que en medio del ruido y de la luz hubo quien se acordase de su insignificancia, y sonríe con orgullo acariciando los pétalos de las rosas, y al llegar el marido, repleto, bermejas las mejillas, con resplandores en los ojos y debilidad en las piernas, y expulsando metros cúbicos de aire por la bocaza, le acoge indulgente y sumisa.

¡Prudentes, piadosas, discretas flores que nada le han dicho! Sobre el mármol del trinchero, refrescándose en las entrañas líquidas del jarrón, en el puro ambiente del comedorcito burgués, han recobrado su lozanía. Ya no las cercan rostros bigotudos, ya no rozan sus pétalos las saetillas de los epigramas, ya no las riega la melaza de los elogios hiperbólicos, ya el humo de los habanos y el vaho del alcohol no las amustian... La atmósfera del «restaurant» quemaba su piel de terciopelo y raso; la fresca atmósfera de la casa les devuelve la tersura, la suavidad y el brillo. Desde su alojamiento, perfuman una escena patriarcal. Una muchachita limpia y ágil, con un justillo claro y una falda azul y unos ojos parleros y una boca

Biblioteca Nacional de España

reidora, pone las viandas en la mesa. La madre, solícita, sirve a los pequeñines, y aparta los más suculentos bocados para el genio... ¡Pobre genio!... El livor de sus ojeras, y el temblequeo nervioso de sus músculos, y la inseguridad de sus dedos, denuncian el pasado temporal. Administra con parsimonia el vino, haciendo, al tragarlo, un mohín de repugnancia, y perdona el cognac, y trueca su tacita de café por unas drogas que apaguen el ardor de su estómago... ¡Ah, cómo pesa la gloria y cómo amarga el laurel, Dios mío!

Y tal vez, al contemplar las flores, recuerde el héroe de unas horas que no todos los que asistieron al festín le admiraban; que muchos sólo se preocuparon de llenar la tripa, y que no fueron pocos los que se cobraron el precio de su cubierto con calumnias bellacas, burlones comentarios y crueles cuchufletas. Y después... ¡qué orgía, Señor de los ejércitos! El, un ciudadano pacífico, apocadito, honesto y dulce, ¿no recorrió las calles con la chistera inclinada hacia la oreja, como un rufo? ¿No escandalizó con sus gritos en una lujosa atarazana, jurando que por la pelea varonil dejaría la esclavizadora labor? Y luego, harto de requebrar, de baladronear y de ingerir líquidos de fuego, ¿no reptó cantando por unas escaleras y no lució en un saloncito—ante unas damas que no eran monjas precisamente—sus habilidades de bailarín? Y por último, al rato de ejecutar algunas épicas atroci-

Biblioteca Nacional de España

dades, ¿no despertó en una cámara muy diferente de la que dedicó a sus expansiones conyugales?

Pero las flores, mudas, nada revelarán a la esposa. Y la hormiguita estira-duros y endulza-dolores, pensará que España es un país galante.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

II

LA LECHUZA MÍSTICA

Vivimos en unos tiempos horribles, hermanos. No hay justicia, no hay amistad, no hay caridad, no hay dinero, y por no haber dinero, ni caridad, ni amistad, ni justicia, rara es la persona que diariamente no se ve obligada a resolver un problema o a soportar un conflicto.

Estos problemas y estos conflictos son originados por millares de causas, y unos son graves y otros son leves, y unos son difíciles y otros facilísimos, y unos nos ponen a parir y otros apenas si nos arrancan un gesto desdeñoso o una sonrisa despreciativa. Pero nos preocupan todos y nos molestan y nos mortifican todos: el de índole sentimental y el de índole económica, el engendrado por un suceso sanguinoso y el engendrado por una burla insignificante o por una broma inofensiva.

Por eso están que no les llega la camisa al cuerpo —la fina camisa al cuerpo pulido—las piadosas, las saladísimas, las simpaticísimas damas cordobesas que

Biblioteca Nacional de España

pertenecen a la Junta de la Asociación de Caridad. ¡Menudo problema el que se les ha echado encima! ¡Menudos cálculos los que tienen que hacer para resolverlo sin excitar la cólera de los católicos a machamartillo, seriotes e intolerantes, sin provocar las vayas de la gente incrédula y de buen humor, sin desatar las censuras de los burgueses asustadizos y respetuosos y sin despertar a la bárbara y grosera musa de los satíricos populacheros!

Ved lo ocurrido. La Junta de damas, creyendo compatible la caridad con la diversión, organizó un concurso de muñecas, que habían de rifarse los días de feria, para socorrer y aliviar con los productos de la rifa a los menesterosos y desamparados. Cada donante podía vestir a capricho a su muñeca, y para los que demostraran más ingenio, más gusto, más elegancia o más fantasía, habíanse destinado varios premios.

La gente caritativa empezó a enviar muñecas. Eran las muñecas de siempre, las de todos los concursos y todos los certámenes y todas las rifas. Muñecas con ojos, bocas y narices de muñeca; con las piernecillas rígidas, con los brazos entreabiertos y con las melenas de endrina, ébano u oro, rizadas. Llegaron las chulas, las manolas, las aldeanas suizas, las cigarreras de Cádiz, las modistillas de París, las campesinas de Roma... Lo de todos los días, lo de costumbre, lo de reglamento. Y esta cortedad de ingenio, esta falta de originalidad, no indignaba a las señoras, amigas de lo

Biblioteca Nacional de España

establecido, partidarias de la fantasía encasillada, opuestas a romper moldes y a salirse del sendero trillado.

Mas he aquí, lectores de mi corazón, que a un cordobés agudo y socarronazo, bromista de los que no se ríen, se le ocurre acudir al concurso. Este cordobés, que se llama Barasona y que diseca portentosamente, es un mozo espigado, recio, con los ojos soñadores, con la risa franca, con la cabeza ligera. Barasona es un gran cazador, un firme bebedor y un profesional del humorismo a la andaluza, y cuando no caza, cuando no bebe, cuando no diseca a un lobo, a un aguilucho o a un ratón, procura distraerse con alguna diversión chusca o con alguna empresa original. Una vez domó a un ciervo, a un ciervo enorme que tenía dos olivos en la cabeza; le compró un freno, enseñóle a tirar y hacía soberbias excursiones en un tílburi arrastrado por el cornudo, con su mujer y su pequeñín. De vez en cuando, el ciervo, enloquecido por los bravíos olores de la Sierra, insubordinábase, recobraba su natural selvático, se resistía al castigo, arrojábase a tierra o botaba como un demonio, y rodaban el tílburi y los viajeros. Mas, al fin, se imponía por la fuerza el domador, y Barasona entraba victorioso en la ciudad de los califas.

Pues bien; este Barasona es el que con su muñeca trae de coronilla a las directoras del concurso. Porque su muñeca es una lechuza en seráfica actitud, que vis-

Biblioteca Nacional de España

te unas haldas negras, que tócase con unos albos griñones, que luce un catrecillo, un librejo de misa y un rosario. La lechuza, vestida así, con sus ojos místicos y asombrados, rígida, en éxtasis, es una sátira con plumas, un símbolo disecado, una alusión agresiva, una irreverencia... Y las buenas damas, las piadosas damas, no saben qué hacer. Han consultado con las autoridades, con algunos teólogos sapientísimos, con varios santos de levita que disfrutan de tanta reputación como autoridad. ¿Se devuelve la mística lechuza? ¿Se acepta? ¿Producirá la aceptación un escándalo? ¿Escandalizará un desaire? ¿Se ofenderán los fieles? ¿Intervendrá la Iglesia, harta ya de tanta humillación?

Por miedo al pecado y por temor al ridículo, aún no se han decidido las damas de la Junta. Y contra esta falta de decisión, contra esta perplejidad, respetable sin duda, pero que se prolonga demasiado, protestan los dignos cordobeses. Tienen razón. En Córdoba hay muchas madres de familia que no dormirán a gusto mientras no sea resuelto el pavoroso conflicto, y es un deber de conciencia tranquilizarlas.

Biblioteca Nacional de España

III

LOS DEL CUARTO PODER

Literatos a medio conocer o desconocidos, aficionados a las bellas y buenas letras, poetillas en agraz, plumíferos en capullo, gaceteros en germen, cronistas en formación, oid: *El Imparcial* publica un anuncio que os interesa; en *El Imparcial*, un empresario misterioso, un Mecenas ignorado pide para la redacción de un periódico un periodista que conozca el francés.

¿Cómo se titula el periódico? ¿Cuál es el periódico? ¿A cuánto asciende el sueldo fijo que promete pagar el hombre del anuncio?... Que lo averigüe Vargas. Desde luego, hermanos reportistas, podéis contar con lo esencialísimo, con lo indispensable; es decir, con el periódico. Con un periódico que tal vez no sea un gran rotativo, ni un pequeño rotativo; que tal vez no disfrute de una gran autoridad ni de una pequeña autoridad; que tal vez no goce de un gran crédito en la opinión; pero que será de papel, que tendrá por lo menos dos cajistas, y unos miles de pedacillos

Biblioteca Nacional de España

de plomo, y una vieja máquina quejumbrosa, y un chico de buenos bíceps que la obligue a gemir.

Contaréis, también, con un sueldo fijo, que, para los que empiezan, es algo tan inaccesible como un lucero, y con esa canonjía de las pesetillas mensuales que no pueden disminuir, viviréis como unos próceres. ¡Un sueldo fijo! ¡Treinta pesetas, cuarenta pesetas, diez duros, quizás—porque hoy se pagan con gentil largueza los conocimientos de idiomas—, para ustedes solos, para que os solacéis, para que enloquezcáis de júbilo, para que os aneguéis en las mieles de la vida!...

¿No es esta, futuros compañeros, una envidiable posición? ¿Qué importa lo demás? ¿Qué importa escribir en una cavernilla madrileña o en un rincón provinciano? En Madrid hay barriadas con acreditados merenderos y magníficas tabernas donde el más diminuto representante de la opinión es recibido con placer y escuchado con respeto; en provincias hay Casinos lujosos y cafés formidables, donde siempre es mirado con cierta devota consideración un gacetero, y en todas partes hay tertulias caseras donde son atendidos, mimados y reverenciados los donceles que esgrimen una pluma con gallardía.

Y aun sin estas ventajas, aun renunciando a la adulación, aun prescindiendo del manjar suculentísimo que os sirven con sus sonrisas los admiradores y con sus gestos de desdén los envidiosos y los impotentes,

Biblioteca Nacional de España

merecería un gran sacrificio la conquista del puesto que se os ofrece. ¡Ser chico de la Prensa! ¡Ser una partezuela del inciensado, del criticado, del encomiado, del temido cuarto poder! ¿Puede desearse más, caramba? Con tal triunfo, ¿no se saciaría la ambición más insaciable?

Claro es que el cuarto poder no es el poder nuestro, sino el poder de los señores que nos utilizan. Sabido es que un gacetero puede conseguirlo todo, menos medrar; puede pedir para todos, menos para él; puede hacer todos los milagros, menos el milagro de aherrojar a su voltaria fortuna. Y nadie ignora—aunque lo confiesen pocos—que la Prensa es una sólida y altísima escalera, y que por esa escalera les está prohibido trepar a los periodistas, por la sencilla razón de que los peldaños son ellos. Y si faltasen los peldaños, ¿cómo iban a ascender esos señores, incapaces de construir escaleras con el propio esfuerzo?

Mas, a pesar de todo, no odiéis el oficio. No lo odiéis aunque os persiga la injusticia, aunque no podáis aspirar a la fortuna, aunque viváis en las tinieblas, mientras que resplandecen otros con la luz que os robaron; aunque se desconozca vuestro desinterés y se calumnie vuestra generosidad y se confunda con la tontería vuestra paciencia. Junto a estas espinas hay flores, junto a estas amarguras, alegrías. No siempre ha de martirizarnos con acerbidades la existencia. ¿Y los golpes de turíbulo que nos administramos, que-

Biblioteca Nacional de España

ridos compañeros? ¿Y lo que se goza al elogiar con ironía a un imbécil? ¿Y lo que se disfruta al pensar que se dispone de la «gran palanca», aunque la gran palanca no enriquezca ni con una tajadilla el puchero?

Además, el dinero no está reñido con el periodismo. Un buen periodista puede permitirse hasta el lujo de casarse y de engendrar hijos, y muchas veces no tiene ni que comérselos. A trabajar pues, amigos. Literatos a medio conocer, aficionados a las bellas letras, poetillas en agraz, plumíferos en capullo, gaceteros en germen, cronistas en formación, escribidle al Mecenas de *El Imparcial* y robusteced nuestras legiones. No somos muchos y todavía puede parir nuestra abuela.

Biblioteca Nacional de España

IV

LA JAUJA DE LOS PERIODISTAS

La Jauja de los periodistas, según el *Glasgow News*, es Buenos Aires. En Buenos Aires, una pluma, una cosa tan liviana, tan insignificante, tan inútil, tan enfadosa y tan engorrosa como una pluma, es un cetro, una varita de virtudes. Vivir de una pluma de periodista en España—y en Francia y en Italia también, queridos amigos, que no es oro todo lo que reluce—es desposarse con la modestia, o hundirse en la miseria muchas veces. Vivir de una pluma de gacetero en Buenos Aires es sumergirse en un mar de placeres, es entregarse a la voluptuosidad, es obtener el triunfo sin discusión, sin trabajo, sin pelea.

Un articulista, un reportista o un «inflatelegramas», si hemos de creer al *Glasgow News*, es en la Argentina un personaje poco menos que milagroso. Dos rasgueos de pluma, media docena de lugares comunes, un puñadillo de adjetivos pintorescos, y la fuente de su casa manará jerez, los pollos caerán guisa-

Biblioteca Nacional de España

dos en su plato, las codornices lloverán lardeadas en su mesa.

Todo esto lo dice el ya mencionado *Glasgow News*, que agrega—no sabemos si «caneándose», amigo Caprínez—unas cuantas cositas merecedoras de la publicidad. La dicha de nuestros cofrades argentinos es completa. Sus redacciones son palacios suntuosísimos de piedra, de mármol, de hierro, con esculturas, con pinturas, con vastos salones, con despachitos discretos, con jardines perfumados, con muebles lujosos; y en estas redacciones hay gatos pingües y mansísimos para que los premiosos se inspiren acariciándolos, hoy cocinas bienolientes para servir un corderuelo, un pavipollo o cualquiera otra futesa a los reportistas débiles de molleja, hay cuartos de baño, salas de esgrima, saloncitos para fumar, escondrijos para filosofar, y hasta gabinetes con mesas, tinteros, plumas y cuartillas para escribir buenamente.

¿Las ocupaciones de nuestros felices camaradas? Leed, hijitos: «Los redactores, con leves sombreros de paja, siéntanse en butacas o divanes muelles, fuman largos cigarros y saborean lentamente el limón helado.» ¿Eh? ¿Qué tal? Largos cigarros, limón... ¡¡hasta sombreros de paja!! ¿No es este el colmo de la voluptuosidad? ¿No son unos Sardanápalos y unos Petronios esos terribles escritores? ¿No se exponen a ser asesinados por la molicie? ¡Sombreros de paja, limón, largos cigarros, divanes turcos! Y, cerca, una

Biblioteca Nacional de España

cocina, con rumores de aguas que hierven y de carnes que chirrean, y no muy lejos, un salón como un ejido donde bailan los suscriptores y las suscriptoras, y a dos pasos una biblioteca, y a tres, una enfermería con sus enfermeros y sus doctores, y en el tejado una sirena de vapor que lanza terribles alaridos cada vez que llega una noticia importante.

¡Rediez, se le hace a uno la boca agua! Una sirena, Caprínez. Y venga baile entre gacetilla y suelto, y venga limón hasta que la barriga se infle y tengan que intervenir los doctores, y venga diván a todas horas, y vayan ahí cigarros hasta que el humo nos salga por los pelos..- ¡Rediez, qué próceres!

Lo malo es que Grandmontagne y Rojas y otros periodistas ilustres que han dejado en Buenos Aires el jugo de sus molleras, no dicen lo que dice el *Glasgow*. Los plumíferos de allí cobran, poco más o menos como los de aquí. Es decir, que cobran menos, muchísimo menos, porque la Prensa, que aquí gana ochavos, allí gana millones. De manera que tendrán sombreros de paja, y beberán limón, y contarán con sabios facultativos que les curen las panzadas de limón; pero, ¿lo otro?'.. ¡Bah! Tranquilízate, Caprínez. Desecha la envidia. La Jauja de los gaceteros ni existe ni existirá.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

V

LAS QUE SE VAN

A los zamarreados con alguna dureza por el infortunio, este helado final del otoño suele inspirarles verdadera angustia. Es la época de los presentimientos medrosos, de los ratos de congoja, de las tristezas inexplicadas; es la época en que más despojos humanos abonan la tierra. Los jóvenes consumidos por la tisis emprenden el misterioso viaje; los que les ven partir, envejecen...

¡Ah, las pobres enfermitas que ayer todavía soñaban!... El verano, con sus noches serenas, con sus ruidos callejeros, con sus rosas y sus brisas, se fué, y ya no pasean alegres a la sombra de las acacias, ni atraviesan lagos de sol, ni duermen con los balcones abiertos, ni ven, al despertar, el fulgor lechoso de las estrellas.

En las alcobas, el aire enrarecido ahuyenta al sueño, y la vigilia, con sus monstruosas larvas, engendra ideas melancólicas. Fingiendo dormir, para engañar la vigilancia inquieta de las madres, se piensa en los

Biblioteca Nacional de España

ausentes, se evocan tiempos pasados, y una minucia, el recuerdo de un caserío abandonado donde había graneros obscuros, o el de una jira en una tarde luminosa, o el de un álamo en cuyo ramaje hablaba el viento—«gen... til, a... zul, le... brel»—oprime el corazón, y entonces, en la albura de los puros lechos virginales, estallan súbitos esos llantos inconsolables, entre los que parece morir ahogada la esperanza, y los sollozos cortan esas frases calcinadas por la amargura suprema que nos hieren como lanzazos.

La historia, siempre la misma, puede contarse pronunciando una sola palabra: miseria. La miseria hirió bárbaramente a esas burguesitas, y la miseria, privándolas de alas, impide que puedan prolongar su vida. «Es preciso llevársela—ordena el médico.—Necesita aire, sol.» Pero, ¿cómo realizar el viaje? La enferma suspira con mansa tristeza. ¿A dónde ir? Ella huiría del frío, siguiendo al sol como una golondrina, en busca de países templados, si las aves humanas pudieran caminar sin dinero... Y ante la fatalidad, se resigna.

Su casa es un poco sombría. El padre, militar, empleado, labrador, gana unas pesetas al mes, o las pide a la usura. La madre administra los fondos y economiza haciendo terribles equilibrios. El hermano pequeño no tiene botas con suelas, ni calzones sin agujeros, ni camisas sin calandrajos; y el jefe de la familia, viendo las suyas pasadas, y sus trajes zurcidos, se limita a encomendarse a la mujer, esperando de su actividad

Biblioteca Nacional de España

y de sus dotes administrativas un milagroso remedio... La existencia no es muy dulce. Se come y se duerme mal, se trabaja mucho... Y la condenada, amustiándose, asfixiada por el ambiente de áspera pobreza que la envuelve, va languideciendo poco a poco.

¡Es tan horrendo el martirio de vegetar, aprisionados por la debilidad propia!... Cuando en los momentos de valentía, las fuerzas no obedecen al ánimo, el ánimo desmaya, y si lo que nos rodea nos desalienta, la voluntad, rota, nos abandona, y sólo conservamos vigor para agrandar con el pensamiento nuestra desdicha. Y así, ellas, después de una traición de sus músculos, al subir jadeantes, sin haber pisado la arena del paseo, los escalones que bajaron tan animosas, sienten en sus mejillas el aleteo de la muerte. «¡Ay, no saldré más!» La casa, sin las voces de los hombres—que están trabajando—hundida en el silencio, invita a las meditaciones tristes. El piso cruje largamente, la escalera gime, una puerta rechina, un cristal mal sujeto tintinea al paso de un camión, la olla hierve gruñendo... Luego, un finísimo vientecillo que empuja tozudo una cárdena nube, llega, abatiendo hojas, y empieza a chispear. Las campanas tañen enronquecidas; diríase que sus gritos, no queriendo mojarse, en cuanto han recorrido diez metros entre la lluvia, retornan frioleros al campanario. El bronce quéjase en un gañido agudo, largo y lacrimoso, que recuerda horas lúgubres pasadas en el rincón húmedo de una iglesia, rumian-

Biblioteca Nacional de España

do oraciones ante una imagen fría, mientras un clérigo, cuyo rostro pajizo se destaca sobre la nitidez del roquete, truena contra la impiedad, y una tos sonora se mece en el espacio y choca en los ventanales y en las paredes, y se estrella en el techo, y vuelve a mecerse y a chocar y a estrellarse como un pájaro ciego.

Y estas imaginaciones hacen que en el pecho de la tísica se desprenda algo, que si no es la vida misma es el hilillo tenue que la sujeta—el hilo de luz, torcido por la fe—y entonces no hay llanto que libre al corazón de esa bárbara amargura de no poder afirmar la existencia, cambiando las leyes naturales, imponiendo en el mundo una eterna primavera, obligando al sol a conservar la greña roja de Mayo, y a los árboles a pimpollecer, y a los rosales a dar flores.

No; la naturaleza, impasible, hará que se sucedan las estaciones, y tras las rubias mañanas de Abril, vendrán las rucias de Octubre, y las blancas de Enero, y las bermejas de Agosto; y las brisas primaverales y las calmas veraniegas serán sustituídas por los traidores remusguillos del otoño y los fieros temporales invernizos.

Las que se van, las pobres enfermitas que ayer todavía soñaban, inocentes y crédulas, tal vez confíen en el milagro... Viento, no las tronches; lluvia, no las dejes sin luz; frío, no las muerdas... Sed piadosos; dejad que florezca en sus almas el capullo de una ilusión y que se encienda por última vez en sus cerebros el mágico farolillo de la esperanza.

Biblioteca Nacional de España

VI

UNA SEÑORA COMPROMETIDA

AYER, a las tres de la tarde, un puñado de chicos y unas docenas de personas mayores tuvieron la comodidad de interrumpir la majestuosa calma de la plaza Mayor con un soberano escándalo.

¿La causa? Verán ustedes. Una señora, una buena señora, de cincuenta años corriditos, que aún se preocupa de cultivar los restos de su belleza, que aún aliña su persona con simpática coquetería y que aspira, quizás, a recibir los homenajes de los caballeros de buen gusto, salió ayer, como de costumbre, cuidadosamente emperejilada.

Demasiado, tal vez. Es posible que la buena señora se enjalbegase con sañudo exceso para tapar alguna maca reciente; es posible que, distraída, en uno de esos momentos en que el espíritu abandona a la carne para vagabundear como un pájaro loco, extendiese su diestra sobre las mustias mejillas, no una capa discreta de blanco, sino varias indiscretísimas capas... La señora, sin reparar el desaguisado, sin notarlo, sin

Biblioteca Nacional de España

que un alma piadosa la advirtiera, salió de su domicilio. Y primero un transeunte la miró con estupefacción, y luego una mocita soltó una risotada, y después unos viejecillos respetables, con asombro y con indignación, hicieron algunos comentarios sobre las coqueterías provocativas, y más tarde la siguieron unos chiquitines mal educados, que se comunicaban en voz alta sus observaciones, y, por último, los chiquitines y los medianos y los grandes, como si obedecieran una orden, comenzaron a insultarla con aterradora unanimidad.

—¡Eh! ¡Don Tancredo! ¡Que se quite las faldas! ¡Que se desnude! ¡Que lo prendan! ¡A la «Comi» el tío! ¡Eh, eh, eh!...

Porque la gente creyó que la dama no era una dama, sino un hombre, un hastial con instintos cómicos o un bandolero que se disfrazaba Dios sabe para qué.

—¡A la cárcel el tío! ¡Eh, guardias! Pero ¿no hay un guardia? ¡Miau!

Y hubo guardias, por fortuna. Cuando la infeliz señora, avergonzada, empavorecida, temblorosa, con lágrimas en los ojos, huía con el terror de una pobre alimaña, presentáronse dos municipales, la defendieron de la crueldad de la multitud y ofreciéronla un refugio. Y no pasó más. Una hora después, la perseguida, en un coche de punto, que siguieron, vociferando, los granujas, retornaba a su domicilio.

Biblioteca Nacional de España

Como ven nuestros lectores, la aventura es cómica y es trágica, y revela que en Madrid—como en todas partes—hay mucha gente torpe, brutal, grosera, cruel e indelicada. ¡Perseguir a una mujer porque es vieja y quiere pasar por joven, porque es flaca y de enérgico paso varonil, porque es morena y se embadurna de blanco, o porque entierra los surcos que abrió el tiempo en sus mejillas bajo una capa de polvos!...

Es indigno, es infame, lectores. Si esa señora cometió algún delito, su delito no pudo perjudicar más que a lo que se llama buen tono, elegancia, distinción. El origen de su pecado fué la ridiculez. Y ¿hay algo más respetable que la ridiculez? ¿No prueba en muchas ocasiones inocencia, candor, bondad de alma?... Todas esas ancianitas que se pasean con trajes detonantes, rojos y verdes y azules, con gayas flores en los viejos sombreros, sobre el negror falsificado de las cabelleras, merecen la simpatía, la respetuosa piedad de los hombres honrados. Y también la merecen esas pobrecitas *cursilonas* que ocultan, o pretenden ocultar sus macas con habilidades de retocador, no resignándose a la fealdad ni a la vejez.

¿Quién sabe si se amustió su juventud en la soledad y en el abandono? ¿Quién sabe si son unas hambrientas de amor, porque el amor pasó junto a ellas sin detenerse jamás, sin acariciarlas jamás con su cálido soplo?... Un traje raro, un prendido cursi, un estucado de polvos o de pintura o de ambas cosas, prueban

Biblioteca Nacional de España

muchas veces que aun no han abandonado las ilusiones el viejo nido de un viejo corazón.

Los que no sepan comprender y respetar esto, solo merecen que les compadezcamos.

Biblioteca Nacional de España

VII

EL NIÑO ASESINADO

«¿Sabes por qué tienen concha los galápagos?—preguntaba Lear.—Para esconder la cabeza cuando vienen sus hijos.» Bien. El amor filial, desde que el mundo es mundo, ha sufrido terribles eclipses. Nuestra carne y nuestra sangre se nos rebelan; a nuestro cariño responden muchas veces la ingratitud y el odio, y si no siempre tenemos fuerzas para perdonar, la reflexión no nos desampara perpetuamente, y, en ocasiones, disculpamos... Todas las maldades germinan en el estiércol de un corazón egoísta y duro; todas las vilezas se nutren y crecen lozanas en el lodazal de un cerebro ambicioso y cobarde. Por eso, el que medita y comprende, un poco asqueado de la Humanidad y de sí mismo, con cierto dolor de atrición, tal vez con alguna carga en la conciencia, disculpa... Pero ¿y si el eclipse lo sufre el amor paternal? ¿Y si la víctima no es un hombre entero, ni un viejecillo escéptico, sino una criaturita infeliz, toda candor, debilidad y confianza?

Biblioteca Nacional de España

Ayer nos decía el telégrafo que en Logroño un hombre había martirizado a un niño de veintidós meses, hijo suyo. Hace más de medio año que le castiga golpeándole ferozmente, que se ensaña en su cuerpecillo hiriéndole, punzándole, quemándole... No afirmaremos que el asesino es una fiera, por no injuriar a las fieras; es un hombre: su crueldad monstruosa reventaría un corazón que no fuese de hombre.

¡Martirizar a un hijo, y a un hijo pequeñín, tierno, delicado, que aún conserva en la boca la dulzura de la leche maternal!... ¡Si es inverosímil, Dios mío!... Para una criatura recién llegada a la vida, el padre es un poder casi divino, un gigante protector, bondadoso, denodado y fuerte. Bajo su ancha diestra no hay que pensar en el peligro; sus ojos desvanecen el misterio de las cosas; su voz ahuyenta a los fantasmas nocturnos... Y «papá» es el primer nombre que pronuncia un niño, y con esas dos sílabas entre los labios se duerme, y esas dos sílabas, que constituyen un conjuro, brotan cuando amenaza un riesgo, cuando una alegría estalla o cuando muerde un dolor.

¿Cómo se puede profanar esa confianza? ¿Cómo se puede atormentar esa inocencia? ¿Cómo se puede sembrar el espanto en una cabecita que aún está entre brumas tenebrosas, que aún no ha madurado a la luz de la razón, que aún no ha logrado explicarse sus más ligeras sensaciones?... Todo es misterioso e inexplicable para un niño. El sol que alumbra, el viento

Biblioteca Nacional de España

que ruge, los pájaros que vuelan. Cada cosa tiene una personalidad y un secreto. Un paraguas que ha visto siempre cerrado y que de pronto, por una fantástica maniobra, se abre y pierde su esbeltez y aumenta prodigiosamente de volumen, es un monstruo que le quiere devorar. Un león que a la hora de la comida manotea sobre los barrotes de su jaula es un divertido juguete. Un envoltorio de trapos es un pequeñuelo a quien hay que azotar y que dormir.

Y en sus juegos, en sus caprichos y en sus espantos, interroga al padre. El padre le traerá un león a su alcoba cogidito por las melenas; el padre matará al paraguas tragón en cuanto se insubordine; el padre, en sus aperreos, secará sus lágrimas y endulzará el rigor maternal...

Figuraos, pues, el terror sobrehumano, la trágica sorpresa del hijo del asesino. El «gigante protector» no le cogía para besarle; le derribaba de un manotazo, le volteaba de un gañafón, y luego aproximaba un ascua a sus piernecillas temblorosas... ¿Qué nubes no turbarían sus ojos de cordero? ¿Qué brutal revelación no pasaría como un relámpago por su frente? ¿Se entraba así en la vida?

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

VIII

LOS GATOS INMORTALES

En un periódico provinciano hemos leído una noticia capaz de regocijar a un muerto. La noticia, que tal vez se haya publicado antes en Madrid, refiérese a nuestra asombrosa Administración—tan pintoresca, tan inmoral y tan absurda como la «yankee» —y descubre una de sus más lindas hazañas.

Atención, lectores. Hace unos años, en los tiempos felices en que era ministro de Ultramar D. Víctor Balaguer, el bardo de las plumas de gacela, hubo en Madrid una Exposición de productos coloniales. En esta Exposición, no sabemos si en calidad de productos o en calidad de guardadores, defensores y protectores de los productos, había cuatro gatos. Y para que comieran estos zapirones, dignísimos funcionarios al servicio de la nación, incluyóse en los presupuestos una partida de 60 pesetas.

Cerróse la Exposición, perdimos las colonias, desapareció el ministerio de Ultramar, murió el bondadoso D. Víctor, murieron también los cuatro gatos,

Biblioteca Nacional de España

porque nada es eterno—¡ay, Dios!—y porque un gato a los dos lustros es un carcamal y a los tres sucumbe, y, no obstante, siguió figurando en los presupuestos la partidita gatuna.

«¡Cómo!—diréis estupefactos.—¿Es posible? ¿No bromea usted? ¿No se engaña usted?»... Es posible; no bromeo; no me engaño. Hasta hace unos días tuvimos en España cuatro mininos inmortales, o cuatro sombras, cuatro espectros de mininos que devoraban todos los meses doce duros.

Murió D. Víctor, y España quedóse sin un atrevido rimador y las gacelas despidiéronse de la esperanza de tener plumas; perdimos las colonias—las tierras «del cacao, del chocolate y del café»,—y desesperáronse los que soñaban con el acta ultramarina; desapareció el ministerio de Ultramar; murieron los gatos de la Exposición, y sus administradores siguieron tragándose la rica cordilla.

¿No es esto soberbio, hijitos? ¿No merecen todas nuestras simpatías esos humildes truhanes que han disfrutado de la prebenda? Y los que pagaban, porque hay que pagar lo que se consigna, inconscientemente, maquinalmente, sin curiosidad y sin interés, y los que pagaban con malicia, celebrando tal vez la cómica filtración, ¿no son dignos de un elogio? «¡A ver lo de los gatos!» «Ahí va lo de los gatos.» Y Pelafustánez, Caprínez o Percebea—porque han sido muchos, los «vivos—firmaban y desaparecían con el dinero.

Biblioteca Nacional de España

¿Cuántos siglos hubiese durado esta irregularidad si al morir el último que se aprovechó de ella no se hubieran disputado la ganga veinte ambiciosos? Vaya usted a saber. Sin la disputa, sin las reclamaciones coléricas, el ministro de Fomento no habría tapado este agujerillo de nuestra agujereada Administración, que hubiera seguido destilando miel en la boca de los peces burocráticos.

Pero consuélense los heridos en la bolsa. Si han muerto ahora, por una casualidad, los cuatro gatos inmortales, otros muchos mininos los pueden sustituir. Y las casualidades justicieras no se repiten.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

IX

LA BROMA DEL SACO

No es precisamente de salón, pero tampoco es de las más incultas. La broma del saco, que no ha sido inventada por nuestros «golfos», que es de clarísima estirpe circense, ha excitado y excita la hilaridad de las comadres, y ha conquistado la admiración de la espuma de nuestros vagabundos. Hasta ahora, la temporada veraniega no dió de sí en los Madriles nada mejor, más ingenioso o más molesto para el público.

¿En qué consiste la broma? ¿Para qué se utiliza el saco? ¿Qué objeto se proponen los bromistas?... Leed. Dos hidalgüelos del arroyo cogen un recio costal de arpillera; el más ágil es encerrado en él por su compañero, que amarra sólidamente la boca del saco y le pone junto a un muro o tendido en la acera, o formando un montoncillo enmedio de la vía pública. Los dos graciosos aguardan sin chistar, el uno, inmóvil en su cárcel, y el otro, custodiando al camarada, llenos de legítimo orgullo al oir los elogios que su conducta inspira. Y

Biblioteca Nacional de España

llega el momento de obrar. Una señora ancianita, una joven pizpireta o una pingüe jamona avanzan hacia el saco. El guardián comienza a limpiarse el sudor y a rascarse el pestorejo, suspirando como si estuviese rendido; después vira los ojos, y se mesa las greñas con desesperación, y maldice su fortuna. ¿Qué encerrará el costal? ¿Cómo le golpea en las espaldas, y se le desliza del hombro, y crece y disminuye y rueda?

La anciana, la jamona o la joven, detiénense por curiosidad ante el quejoso, y entonces el saco se estremece, da un brinco gatuno, hace algunas evoluciones infernales y cae por fin a sus pies, o choca contra sus pantorrillas o sus nalgas. ¿Ustedes recuerdan el miedo que se apodera del payaso en semejante situación y los gritos de júbilo con que le favorece la galería? Pues más grande y más cómico es el pavor de las infelices embromadas, y mayor la jocundidad de los espectadores callejeros. «¡Eh, eh!... ¡A la vieja!... ¡Huye, que te muerde! ¡Eh, eh!»

La gracia, que en lo fundamental es siempre la misma, admite ciertas variaciones en su ejecución. El saco puede salir súbitamente de una montañuela de basura; puede emerger de la obscuridad con loable viveza; puede levantarse de un bote carneril, o derrumbarse como un peñasco... Esto no importa; lo esencial es que su aparición, sus saltos o sus caídas produzcan un efecto definitivo; que al huronear entre las piernas de la dama, o al rozarse contra su nalga-

Biblioteca Nacional de España

torio, la víctima se aterre, grite, huya o se desmaye... ¡Y si muriera!... Si se desplomara sin vida, los hastiales del saco alcanzarían la inmortalidad. ¡Oh, qué gloria, amigos! ¡Qué gloria la de haber matado a una criatura con dos piruetillas insignificantes! Pero aún los del saco no han podido regodearse con tamaña satisfacción.

Sin embargo, convendría que se les persiguiera. Un guardia hobachón y valeroso, sentado sobre un costal relleno de carne de bruto, nos haría «de» reir. Sobre el humorismo de pantalón de odalisca hay que colocar el humorismo de teresiana y sable.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

X

EL HERCÚLEO CEFERINO

El público habrá leído con estupefacción en los periódicos las heroicidades realizadas por Ceferino Cabo. Ceferino subió a uno de los tranvías que van a la Puerta de Toledo; subió inocentemente, sin darle gran importancia al hecho poco transcendental de bruñir con las posaderas los bancos de un eléctrico; sentóse sin que nadie adivinara en sus ojos que componía las últimas escenas de un sainete; pagó sin baladronería un corto trayecto, y dedicóse a mirar a las muchachas como un buen filósofo, pensando probablemente en que la primavera con su luz rubia, su cálido sol, sus corpiños claros, sus tiernas hojas y su olor a fecundidad es una demoníaca tentadora.

Hasta aquí, la conducta de Ceferino es completamente honorable. Cualquiera, la persona más digna de respeto, un canónigo lo mismo que un senador, puede dirigirse en un tranvía a la Puerta de Toledo sin echárselas de capitalista al pagar, sin enorgullecerse contemplando a los peatones, y sin permanecer in-

Biblioteca Nacional de España

sensible al recibir la caricia de los dulces efluvios primaverales. Así, pues, sólo merecería elogios Ceferino por su discreción, por su modestia y por su fina sensibilidad, si no tuviese una segunda parte esta vulgarísima historia.

Una segunda parte tan extraordinaria, pintoresca y absurda como poco edificante, denodados lectores. Ceferino llegó al sitio adonde se dirigía y no se apresuró a descender; le hizo una amable advertencia el cobrador y quedóse inmóvil; pretendió el de la cartera cobrar un nuevo trayecto, y su oratoria sólo obtuvo un desdeñoso mohín... Es necesario convenir en que tanto el canónigo como el miembro del Senado, comprendiendo que asístia la razón al reclamante, hubiesen aflojado el bolsillo. Convengamos también en que esto era lo digno, lo prudente y lo correcto, puesto que gorronear es fea cosa, y puesto que, para combatir a los matantes gorrones y reducirlos y castigarlos, mantiene la nación a unos severos e imponentes personajes que se llaman guardias.

Sin embargo, Ceferino, que es una criatura impetuosa e irreflexiva, despreció al hombre de la cartera sin caer en la cuenta de que poníase frente a todo el orden social. El cobrador, justamente indignado, quiso obligarle por la fuerza a dejar su asiento; pero un rudo empellón le hizo retroceder. Acudió en su auxilio el compañero del torno, inútilmente. Intervinieron en la discusión dos sabuesos de Seguridad, con idén-

Biblioteca Nacional de España

tico resultado, y presentáronse, al fin, dos guardias civiles, que tampoco fueron obedecidos.

Una garra potente clavóse en el hombro del viajero una voz imperiosa mandóle incorporarse y entonces ocurrió algo nunca imaginado. Ceferino afirmóse sobre las plantas, extendió los remos superiores, dió un bárbaro alarido y comenzó a trepidar el coche cual si lo conmoviese un terremoto o un ciclón. Coces, puñadas, saltos de trucha, bofetones, puntapiés, repelones, mordiscos, cabezazos de morueco, zarpadas de oso... Y al cabo, Ceferino, rendido, abrumado por sus acometedores, pero resistiéndose aún, fué amarrado a un carrillo como una res furiosa y conducido a la Comisaría.

¿Dió esta batalla el hércules ganapán por odio a la Compañía tranviera? ¿La dió por molestar a un inocente e inofensivo empleado? ¿La dió para lucir la reciedumbre de sus bíceps de gorila y de sus lomos de buey?... Que se le castigue. Pero ¿y si había entregado su último dinero y creyó que le atropellaban al ordenarle que bajase? Esta dignidad con que supo defender sus derechos ¿no merece nuestra compasión?

Porque aquí, hasta defenderse—¡oh, lobos que devoráis el rebaño español!—va siendo una virtud.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

BIBLIOTECA POPULAR "JOSÉ DE ACOSTA"

XI

EL NUEVO CIUDADANO

AYER ocurrió en Madrid un suceso curioso: tragedia clásica, drama folletinesco, sainete o comedia, según el humor o el corazón de los comentaristas... Una pobre mujer dió a luz en medio de la calle, no porque una imprudencia o una obligación ineludible la obligara a salir de su domicilio, sino porque no tenía domicilio. Esa mujer, sintiendo que se le desgajaban las entrañas bajo el peso de la vida próxima a surtir, recorrió la gran ciudad arrastrándose penosamente, sin ánimos para suplicar, ni para protestar, ni para quejarse, como una alimaña perseguida, y cuando se le agotaron las fuerzas, derrumbóse en una convulsión, y sin un alarido, lo mismo que la criminal que se contiene para no ser descubierta, aumentó el número de los ciudadanos españoles.

La parturiente fué trasladada al hospital; minutos después llegó su marido, y quizás alborozado por la fausta nueva, quizás enfermo o quizás mordido por el hambre, sufrió un soponcio y tuvo que ser instalado

Biblioteca Nacional de España

en otra yacija. El recién nacido y los padres quedaron en la Casa de la Caridad; los otros retoños—¡siete criaturas, bondadosas señoras!—, tal vez sin enterarse del acontecimiento, continuaron vagabundeando por los recovecos de la gran sala donde nació su hermanillo.

Nadie negará que el suceso es interesante y muy curioso y que puede ser encasillado de muy diversas maneras. Esos «currinches» que han extraído tantas chirigotas de la mísera vida de los maestros, que han hecho reir a las multitudes en ayunas con las hazañas de mil tipos alampantes o traspillados, compondrían con él un divertido sainete. Esos honrados sentimentales de taberna curcusirían un melodrama. Y esos plúmbeos pensadores de tabladillo y academia casera, hilvanarían un discurso con graves observaciones sociológicas... Y todos, los de la severidad y los del chiste, los de las carcajadas y los de las lágrimas, reservarían el mejor papel para el ciudadano.

¡Oh, el ciudadano, damas piadosas!... El ciudadano antes de abrir sus ojillos a la luz, ha sido víctima de la miseria; antes de nacer, en el mismo vientre maternal, ha padecido hambre... Y vino al mundo débil, escuálido, lamentable, como un detritus que se arroja, como una pavesita viviente, y en sus primeros vagidos, al caer sobre los guijarros, hubo ya el dolor de los abandonos inevitables... ¡Oh, el ciudadano, infeliz!... No tuvo unos pajotes para reclinarse como un perro; ni

Biblioteca Nacional de España

una celda abrigada, como una avispa; ni un montoncillo de plumón, como un pájaro.

Igual que un grano aventurero que, arrastrado por el vendaval, germina en la aridez de una tapia o de un canalón, él ha germinado en unas entrañas que milagrosamente no secó el infortunio. ¿Quién le indemnizará de la desdicha de haber nacido? ¿Qué rumbos tomará su existencia? ¿Qué rosas o qué cardos brotarán en su corazón?

No le animó el tibio soplo de unos amores; la indiferencia, la dureza, el desdén, le recibieron y le apadrinaron; la caridad oficial le recogió sobre su pecho frio... No, nos amará el nuevo ciudadano.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

XII

UNA INDUSTRIA NUEVA

Los gaceteros de Valencia han tenido la comodidad de darnos la noticia. En la bella ciudad unos desaforados industriales, en cierto modo admiradores de Marinetti y del «futurismo» y modernistas, aunque pelones y selváticos, han descubierto una nueva industria. Estos partidarios del «futurismo», en colaboración con esa maestra portentosa que se llama necesidad, y en compañía de esa consejera valiente y aguda que se llama hambre, han aterrado a sus convecinos y los han asombrado y los han asqueado.

Porque su industria, según los gaceteros nuestros hermanos, era terrible, impía, bárbara, puerca... ¿De qué industria se trata?—preguntaréis—. ¿Qué abominable negocio emprendieron esos finos ingenios tan denostados? ¿Qué compraban o qué vendían? ¿Qué horribles materias hacían objeto de su comercio?

Tierra, lectores amigos. Esos infelices vendían tierra. Una tierra húmeda, pesada, jugosa, tan nutritiva, tan fértil, que, empleándola como abono, desaparecía

Biblioteca Nacional de España

la esterilidad de un peñón. Pero esa tierra no era una tierrecilla vulgar, enriquecida caprichosamente por la Naturaleza, sino una tierra aristocrática, cebada con carne de criaturas, con podre de criaturas. ¿Comprendéis?... Los «futuristas» valencianos, adelantándose a su siglo, vendían un mantillo de cementerio, un mantillo que adquirió sus extraordinarias propiedades al absorber la sustancia de mil espantables carroñas.

No vamos a defender a esos comerciantes desaprensivos. Están condenados por la limpieza, por la higiene, por la moral. Su crimen, ese horrendo crimen de hacernos comer patatas gigantescas y lechugas descomunales, nutridas con fango humano, es de los que un corazón tierno y un estómago endeble no perdonan jamás. Pero ya que rechacemos iracundos hasta la posibilidad de conceder el perdón, seamos siquiera indulgentes. ¿Recordáis el abono que empleaba la viejecilla de *La Terre?* Y ¿no lo emplean aquí muchos labradores? Y todo, la gusanera del muerto y los detritus del vivo, ¿no es corrupción?

Además, si nos sirven una de esas lechugas nacidas en el fango, sin advertirnos la causa de su dulzura, de su admirable desarrollo, de su pálido verdor, nos la zamparemos tranquilamente y elogiaremos al hortelano. Ojos que no ven y mollera que no adivina... Y si después nos descubren el secreto, nos refugiaremos, para consolarnos, en el jardín de la filosofía. Si una

Biblioteca Nacional de España

rosa alimentada con pus, si una rosa que se ha abierto en un rosal cuyas raíces se hunden en una tumba, huele bien, ¿por qué ha de saber mal una lechuga criada en un cementerio? La tierra lo purifica todo. Nadie murió por comer pan fabricado con el trigo de Waterloo, y el trigo que se recogió en la llanura un año después de la batalla, había engordado con el jugo de 100.000 cadáveres.

Estas son las razones prácticas. Las sentimentales... ¿quién se rinde ante ellas? «No comas ese melón. En ese melón hay algo de tu abuelo.» ¡Bah! También se lamentaba *Hamlet* de que en el barro con que se labra el tapón de una barrica de cerveza pudiera haber algunas partículas del polvo formado por la carne deshecha de algún genio. ¡Alejandro convertido en tapón! Uno de nuestros abuelos dándole jugo a una calabaza o consistencia a un ladrillo... ¿No es igual?

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

XIII

MERCADO DE MUJERES

El suceso de La Coruña ha indignado a los moralistas, ha hecho llorar de compasión a bastantes dueñas virtuosas y ha puesto una sonrisilla de piedad y desdén en los labios de los filósofos. ¡Una barca, señores, que encierra un cargamento de doncellas, decididas a descargarse del peso de la doncellez; una barca que hincha su vientre de carne virginal, destinada a nutrir ardores y a saciar lujurias!... Sí; es horrendo, amigos. Mas, sin el aliciente de la novedad, sin la agresiva y franca desvergüenza de los actores del drama ¿se hubiesen indignado los moralistas y hubieran vertido lágrimas tantos bellos ojos?

¡Ay, no! Permitid que lo aseguremos. En todas partes, en Madrid lo mismo que en La Coruña, en Sevilla, en Valencia, en las aldeas y en los pueblecillos, hay mercado de mujeres. Todos lo sabemos, y sólo de tarde en tarde formulamos con timidez una inútil protesta. ¡La trata de blancas! La explotación del abandono, del cansancio, de la incultura, de la mise-

Biblioteca Nacional de España

ria... Sí, compadres; se negocia con carne blanca como hace unos años se negociaba con carne negra. Hay mocitas que de las manos del novio pasan a las del chalán, y mozuelas que entréganse alborozadas a la Celestina, y vírgenes que van desde la casa paterna al burdel y que son vendidas por sus madres sin que se altere su pasividad de indefensos animalitos.

En Madrid, sólo en Madrid, hay más de 14.000 infelices que recurren a la prostitución. En los campos... No hablemos de esa linda fábula del candor campesino. Y es que en España las mujeres no tienen más guiso que el del matrimonio. Hay que pescar un marido, o hay que sucumbir, entregadas a una labor tremenda, o hay que hundirse en la sima tenebrosa. ¡Pero como la sima, al principio, parece una cumbre resplandeciente!...

¿Quién no ha visto alguna vez en sus viajes a unas esclavas que mudan de residencia? ¿Quién no las ha visto celebrar con un entusiasmo infantil la alegría del paisaje y saludar con guiños poco académicos a los pastores y alcorzarse y fingir una elegancia desdeñosa si entra algún burgués en su departamento?... Su júbilo, primitivo, medio irracional, estalla; sus risas son detonantes, su parloteo, nervioso y acometedor. Se adivina que recuerdan horas de trabajo abrumador, mordidas por la brasa solar; viejas ofensas de patanes que se burlaron de sus ensueños; bárbaras acometidas de amos rijosos, a quienes sus faldillas harapientas envalentonaban.

Biblioteca Nacional de España

¿No han de venderse? Vendiéndose, paladean a su modo el dulzor de la venganza. Además, venderse no es descender, porque no hay descenso posible para las que lloran con hambre, con rabia y con envidia entre el cieno. ¿Que son despreciadas? ¿Y no lo eran antes? ¿Y no se soporta mejor el desprecio con la barriga llena y una pluma insolente en el sombrerillo, que con las tripas vacías y las greñas en revolución?

No, el mal es irremediable. Las buenas señoras que pretenden cortarlo de raíz, perderán el tiempo. A las aficionadas a la vida birlonga, a las siervas del terruño, a las víctimas de la miseria, no se les debe hablar secamente de la virtud, que si para los ricos es hasta cómoda, para los pobres es muchas veces mortal.

Y como nuestra existencia, por ahora, no ha de reformarse, los de la trata, a pesar de la señora Justicia, seguirán negociando. Y si los cogen a todos, las propias mujeres se subastarán. Porque hay dos mil convencidas por cada engañada. Creedlo, moralistas de secano y dueñas en remojo.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

III

POR ESOS PUEBLOS

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

I

EL CARNAVAL DE LOS BRACEROS

Aquel día no fué preciso llamarnos, lector. Nos vestimos a escape en cuanto sentimos los pasos quedos de la nodriza, y al llegar a la azotea aún tocaban a misa de alba las esquilas del Carmen. Lobato, un perro cortijero, un mastín enorme, de testa feroz y pescuezo bovino, subió con nosotros, y juntos retozamos en la obscuridad, riéndonos del frío remusguillo invernizo. El can, harto de batirse con lobos y de asustar con sus fieros ladridos a galloferos y caminantes, quería también distraerse con las bromas carnavalescas, y su pecho se apoyó el primero sobre el pretil, al poner la aurora su pincelada azul en el horizonte, y sus ojos examinaron curiosos, antes que los nuestros, las calles solitarias. Cuatro se veían desde nuestro observatorio: la del Cristo, con su blando arrecife amarillento; la de San Pedro, con sus casonas aristocráticas; la del Pilar, estrecha, modesta, llena de esparterías y zapaterías, con su escuela y su almona, y la de Sevilla, larga, ancha, empedrada de claros guijarros, sin calvas, desigualdades ni relejes.

Biblioteca Nacional de España

Las cuatro, como las demás del pueblo, lucían sus recios disfraces, dispuestas a recibir bravamente las acometidas del Carnaval, y las casas, con la cal de sus fachadas, parda, y las ventanas y los balcones defendidos por corazas de madera, clavadas a la pared, ofrecían un extraño aspecto. Poco a poco fueron abriéndose algunas puertas, y del Asilo salieron dos beatas tocadas con nítidos griñones, y el familiar del señor marqués huyó, al galope de sus mulas, de la fiesta pagana, y las viejas devotas, con sus catrecillos al brazo, se desperdigaron tosiendo, por las aceras, y el chico del barbero comenzó a sacar trinos de su flauta, mientras clamaba de nuevo la voz de las esquilas.

Los vendedores de molletes lanzaban su pregón quejumbroso, agobiados bajo la pesadumbre de las espuertas, colmadas de panecillos calientes. Las domésticas aljofifaban los zaguanes y barrían los soladillos, mirando de reojo a las tabernas, donde entraban braceando a lo jaque, los labriegos, con airones de yerba en los chambergos campesinos, y crujían sus hondas vaqueras, y mostraban orgullosos sus fajas hinchadas por los proyectiles.

—¡La que se va a armar hoy!

—¡La que se va a armar!...

Y las criadas, con un temor que las hacía estremecerse de gozo, contaban las confidencias de sus hermanos y amantes. «Icen que naide ha quedao en las

Biblioteca Nacional de España

jesas ni en los cortijos. Tó er campo está aquí. Van a jundirlo tó.» Los «partidarios» pasaban muy tiesos, arrastrando sus corvos sables, envanecidos de sus rojas bocamangas, y daban prudentes consejos: «A vé lo que jasemos. Cuidado con er vino, no tengamos un esavío gordo.» Y los aconsejados, burlones, con las hondas al hombro, reían apretándose las fajas, y continuaban bebiendo y llamaban a gritos a los braceros sin trabajo, para invitarles, y solicitaban la ayuda de los no labradores: de los herreros, de los carpinteros, de los alpargateros, de los esparteros, de los talabarteros, de los fundidores, de los horteras, de los mozos del alfolí y de las almazaras... de todos los que tenían brazos fuertes y rejo para emplearlos. Iban a divertirse bien. Las naranjas estaban por las nubes; pero ya bajarían, aunque lo sintieran muchas costillas.

Y lo sintieron de verdad, y algunas, respetabilísimas, quedaron quebrantadas a conciencia. Un vecino nos dió la voz de alarma: «¿No sabe usted, D. Luis? Al vicario lo han reventado de un naranjazo.» «¡Hombre!» «Pero reventado materialmente; lo que se llama reventado. En medio del pecho. Cayó sin decir pío. Yo he corrido... figúrese usted cómo. Ni un rehilete. La Carrera está ardiendo. Es una verdadera batalla. De modo que hoy me vendré con D. Carlos y echaremos aquí el tresillo. No hay que pensar ni en oler la calle.»

Aquella decisión nos indignó. Estábamos acostum-

Biblioteca Nacional de España

brados a ir todos los Carnavales al Casino, después de almorzar, para ser espectadores de la lucha que sostenían los señoritos y los labriegos. Estos pretendían asaltar el edificio, acorralando a sus defensores, y aquéllos, cubriéndose con los tablones de una barricada que protegía la puerta, siempre de par en par, aguantaban valerosos sus descargas, contestándolas con terribles hondazos, que obligaban a retroceder a los asaltantes. El cuarto del conserje, convertido en depósitos de municiones, estaba atiborrado de naranjas, y en el patio, en compartimentos a modo de trojes, se alzaban formando montañuelas gualdas y sanguinosas, con las cuales iban los camareros surtiendo a los combatientes. Y nunca ocurrió nada grave. A veces le rompía la nariz a un señorito una naranja, o, entrando zumbadora en el patio, se estrellaba en la calva de algún digno burgués; pero tales incidentes provocaban las risas de sus mismas víctimas. ¡Qué diablos, en días de broma hubiera sido una mentecatez tomar algo en serio! Los lesionados, bien bañaditos en árnica los chichones, retirábanse a sus domicilios, sin que ni un brazo les amenazara, disfrutando de una tregua que no había que pactar, y se reanudaba el combate jocoso.

¿Cómo, entonces, habían agredido al vicario? Era un cura popular por sus caritativas prodigalidades por sus bizarrías de caballista, sus hazañas de cazador y sus chirigotas de hombre alegre... ¿Por qué le habían

Biblioteca Nacional de España

tirado? Y nos repetíamos con asombro la pregunta cuando entró D. Carlos, y de sus labios temblones brotó una noticia todavía más estupenda: al señor juez le acababan de atropellar salvajemente. Pasaba el respetable funcionario por la Carrera, grave y magestuoso, y—¡oh, abominación!—de pronto le atizaron tan descomunal patatazo en la reluciente chistera, que levantó el vuelo como un pájaro loco y fué a hacerse trizas contra la pared. «¿Qué ocurre, Señor, Dios de los ejércitos?» «¿Qué quiere esa gentuza del campo?»

No tardamos en saberlo, porque, en respuesta a nuestras compungidas interrogaciones, un sordo rumor de mar alborotado, compuesto de alaridos, trallazos y golpes, hirió nuestras orejas, y fué acercándose lentamente y creciendo, hasta convertirse en el más bárbaro estrépito que pudiera enloquecer cabezas humanas. Subimos al granero, y desde los tragaluces contemplamos el original espectáculo. En lo alto de la calle, junto a la plaza, un centenar de hombres desafiaba, gesticulando y voceando, a otro pequeño ejército gritador y fanfarrón, aglomerado bajo nuestros balcones. Eran gañanes de aceradas muñecas, boyeros de ojos aquilinos, pastores más ágiles que gamos, herreros de hercúleos bíceps, esparteros de manos pedernalinas... Y junto a la pana del manijero y al pesado chaquetón del gañán y al mandil sollamado del herrero, movíanse las chamarretas tupidas de los guardianes de rebaños, hechas con pieles

Biblioteca Nacional de España

de cabra o de oveja, y los fortísimos zahones curtidos de cavadores y huebreros, nerviosamente, rabiosamente, como si estuvieran animados por el mismo impulso alegre y colérico que enloquecía a sus dueños.

Sonaron las vísperas, y las campanas, insinuantes, invitaron a los fieles al acto de desagravio; pero sus llamamientos perdiéronse ahogados por la gregueria de aquellos pecadores, que, influídos por el Malo, se atrevieron a macular con el zumo de sus proyectiles los miriñaques broncíneos, escandalizando a las piadiosas cigüeñas.

La batalla empezó. Las hondas de amarillo cáñamo extendíanse ondulantes como serpientes rabiosas, y las naranjas, entre los secos chasquidos cortaban silbando los aires, y se perdían a lo lejos, salvando los tejados, o se estrellaban en las paredes, desconchándolas. Deshacíanse las maduras al chocar, soltando el jugo pajizo de sus entrañas, y las verdes, pétreas y crujidoras, volcaban los maceteros en las azoteas y rompían los rodapiés y astillaban las corazas de las ventanas y los balcones.

Así pasó la tarde. Al otro día, los labriegos, que entraron por asalto en el mercado, llevándose todas las naranjas, repitieron la función, corrigiéndola y aumentándola generosamente; y en el tercero, hicieron tal despedida al Carnaval, bramaron de tal modo mientras sus hondas tronaban y ponían al descubierto los patatazos los ladrillos de los muros, que el erudi-

Biblioteca Nacional de España

to del pueblo recordó las épicas hazañas de Atila. Hubo vandálicas bromas, como la que le dieron al señor marqués, arrebatándole a su aperador dos seronadas de pan. Hubo heridos: a un «partidario» le quitaron media oreja; al hijo del barbero acertaron a darle un membrillazo en la flauta, y como el infeliz se hallaba ejecutando una polka, estuvo a pique de tragarse el instrumento, amén de perder dos dientes. Hubo atentados al arte y a la religión, y la bola roja de la botica fué hecha polvo, y el escudo de la Virgen del Carmen desapareció de la torre, borrado por mil churretes repugnantes. Hubo, en fin, que enjalbegar con la cal más blanca de la provincia todo el pueblo, porque había quedado tan pajizo, tan amarillo, tan azufrado, tan tristón, que los buenos burgueses, al recorrer sus calles el miércoles de Ceniza, terminada la saturnal, sintieron nublados sus ojos por las lágrimas... «¡Ah, qué horror, señor D. Luis!» «¡Que horror, señor vicario!» «¿Y el señor juez? ¿Tendrá compostura el sombrero del señor juez? ¡Tan hermoso y flamante sombrero!»

Los trabajadores, agrupados en la plaza, frente al mercado y al Ayuntamiento, mataban las horas charlando: «¿Nos darán acomodo?» Y al pasar desdeñosos, clérigos, burgueses y autoridades, saludan humildes.

...¿Cuándo ocurrió esto? Hace ya muchos años. ¿El 85? ¿El 87?... Lo cierto es que la pobretería de

Biblioteca Nacional de España

mi poblacho, hambrienta ahora, entonces tampoco estaba harta.

Biblioteca Nacional de España

II

EL CASINO BURUNDÉS

«Los periodistas son unos farsantes...» Si esta rotunda afirmación la hace, dirigiéndose a uno de nosotros y en Madrid, un caballero que se honre con nuestro trato, lo probable es que nos enfademos. Pero si la formula en Alsasua y dirigiéndose a un pingüe sacerdote, un señor desconocido, de agresiva chatez y ojos carneriles, la oiremos con cierto respeto.

Así la he oído yo. «Los periodistas son unos farsantes.» Y el chato resopla con tal convencimiento, y las cabezadas de su orondo amigo tienen tal majestad, que se apodera de mí cierta inquietud y los escucho medio sugestionado. Los andenes están llenos. El expreso de Hendaya parte y se pierde veloz entre las arboledas sombrías. Un mixto aguarda, calcinándose en un lago de sol. Los carriles refulgen; de la cantina sale un ruído de agua y cristal... «El rápido, ¿tardará mucho?» «¿El de Madrid?» «El de Madrid.» «Hora y media. ¡Ya, ya hay tiempo de morirse!»

Biblioteca Nacional de España

«Pues, y usted, que los espera a todos, ¿cómo no se muere?...» El enemigo de la prensa continúa paseando, repitiendo su muletilla: «Unos farsantes. ¡Unos far... santes!» Y yo, aburrido, para no escucharle, para no ver a los viajeros del mixto, que se cuecen en los vagones o bajo el zinc de la marquesina, sigo a un aldeano que cabalga en un pollino juguetón, y subo un recuesto, y por una carreterilla que se retuerce entre maizales, llego a Alsasua, con un compañero de viaje.

El pueblo es pardo, tristón. Ante mis ojos se abre una calleja terriza, formada por edificios achaparrados, fornidos. Las puertas, construídas con formidables pedruscos, parecen dólmenes. En los tejados, las praderas de musgos y yerbas parásitas y los bosquecillos de valientes jaramagos, componen diminutos paisajes. Suena un golpeteo continuo; en los zaguanes, unos hombres que nos miran friamente, baten con recios mazos y cosen con largas agujas corvas el cáñamo de las alpargatas. En un rincón, junto a unos olmos polvorientos, gozando de su fresca sombra violeta, dos bueyes, sentados como burgueses comodones, reflexionan.—Un velador, un juego de damas, dos pipas, dos copas de marrasquino, y les saludaremos al pasar.—Las gallinas escarban en los montones de estiércol; los cochinos, unos cochinos de un color blancuzco que hace resaltar terriblemente su falta de limpieza, merodean en el arroyo... ¿Qué hacer? El sol

Biblioteca Nacional de España

chamusca, el viento tuesta, el polvo ahoga. ¿Dónde encontrar un refugio? Y caminamos al azar, y, de pronto, en el cruce de dos calles, vemos el Casino. ¿Cómo era la fachada? ¿De ladrillos rojos? ¿De piedras grises?... ¿Y el patizuelo? ¿Tenía verja? ¿Tenía flores?... ¿Y el letrerón anunciador? ¿No leímos *Casino Burundés* en altivos caracteres góticos, pintados y barnizados soberbiamente, que albeaban en un risueño fondo azul? Podríamos afirmarlo; pero recordamos la sentencia de nuestro fiero detractor.—«Los periodistas son unos farsantes»—y huímos de afirmaciones peligrosas. Si es bermejo el fondo del letrero y escribimos que es azul, ¿qué no dirán de nuestra torpeza, de nuestra ligereza, de nuestra malicia, los socios del *Casino Burundés?*

Lo que sí podemos asegurar, sin temor a ser desmentidos, es que entramos bravamente en un corredor, que pasamos por encima de un can blanquinegro, adulándole con la sonrisa, que reptamos por una escalera de roble lustroso, y que, en el primer descansillo, la obscuridad paralizó nuestro arranque. Entonces, queriendo anunciarnos indirectamente, tosimos, golpeamos con el bastón, lanzamos unos tímidos gritos... «¡Eh!» «¿No hay gente en la casa?» Oímos el rechinar de un cubo y el líquido golpe de una aljofifa; luego unos pasos ligeros hirieron blandamente los peldaños, se nos acercó en la sombra un cuerpo frágil, y una voz femenina nos acarició los oídos. «Vie-

Biblioteca Nacional de España

nen al Círculo, ¿verdad? Por aquí; no hay nadie.»

Nos encontramos en una salita llena de luz, y al volvernos para saludar a nuestra protectora, no vimos más que el revuelo claro de sus faldas, su nuca blanquísima y sus cabellos rubios. «Esperen. Avisaré a la chica.» Y esperamos cinco, diez minutos, media hora. «¿Llamamos?» Mi compañero se acercó a un timbre, a uno de esos admirables timbres eléctricos de los Casinos aldeanos, que, a fuerza de tintinear locamente los primeros días, acaban por perder la voz, y oprimió el botoncillo. Un malhumorado y agrio carraspeo, casi imperceptible, respondiónos. Arriba, seguía rechinando el cubo y aplastándose la aljofita empapada, entre un ris-ris frenético de escobas. «¿Por qué no vendrán? ¿Vamos a servirnos?» En la estantería, abierta, encontramos botellas de Jerez—de un viejo Jerez, que, según las etiquetas, se embotellaba «exclusivamente» para don Anacleto Gorostiza—; tazas apiladas, platos, cucharillas, azúcar, estiércol de ratón, cigarros de a quince céntimos, cajas de dominó, paquetes misteriosos, sabiamente amarrados; barajas, muchas barajas, abarquilladas, grasientas, pegajosas, y botellines de ron, esos venerables botellines enroscados, de vidrio verdoso, que nos recuerdan aquellas graves, aquellas solemnes y gentiles tertulias del Centro de labradores, del Círculo de los caballeros, a las que asistimos en nuestra infancia... «Señor marqués, ¿quiere pasarme el ron?» «Y usted, D. Francisco,

Biblioteca Nacional de España

¿me permitirá, cuando termine?» Y el botellín circulaba de mano en mano, y caía el ardiente chorro del Jamaica en los platillos de cobre donde se apilaba el azúcar, y, poco después, una llamita azul, crepitante, labraba el caramelo...

Continuaron muriendo los minutos. El reloj del Burundés, con su tric-trac indiferente, nos recomendaba que fuéramos calmosos. «Paciencia, amigos forasteros. Aquí somos demasiado listos para vivir al galope. ¡Estáis en Alsasua, hijos míos!» Y reparamos que las bolas del billar tenían desconchaduras, que las detendrían si alguna vez las empujaba el vértigo de la velocidad; que los tablones del suelo, encerados, impedían correr; que, en las mesas, unas chapas de hierro para los cigarrillos les permitirían arder horas y horas, quemarse lentamente, librando de nocivos apresuramientos a los fumadores. Y sonaron las nueve... «¿Vamos?» Un perro, quizás el de la escalera, ladra. Pero no sube nadie, no pasa nadie por la calle, no se asoma nadie a las puertas. Y un poco entristecidos por no haber catado ese Jerez de D. Anacleto, por no haber fraternizado con los socios de este Casino, emprendemos la marcha; y al atravesar, melancólicos, el patizuelo, estalla una risa de plata, y allá en lo alto, tras la cortina ondulante de un balcón, unos pícaros ojos y una marañilla rubia se esconden...

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

III

LA SENDA DE LOS CAMELLOS

Por mi pueblo, que es un pueblo de bravos pelantrines, famoso por la astucia de sus gordos zorzales, jamás habían pasado los Reyes, y los pequeñuelos, después de oir las misas navideñas, al terminar la octava del Niño, dábamos por rematados los festejos pascuales. La Epifanía celebrábase de un modo solemne, derrochando en el alumbrado de la iglesia crasos cirios pajizos, que la convertían en el seno sangriento de un horno. En la nave central, cubriendo el presbiterio y el altar mayor, se alzaba la fábrica portentosa del Nacimiento. El portalillo, de tablas tan bien pintadas que parecían muros terrizos, cubierto de tejas chiquirritinas obra genial del alfarero, erguíase, coronado por su nívea estrella, en un monte frondoso cruzado por redes de sendas y arroyos, entre musgos, madroñeras y mastranzos. A la sombra de los tomillares, pastaban ovejas de trapo, caprichosillas y hambronas, y los pastores, con sus albanegas llenas de conejos, sus cabritos al hombro, sus terneros atasaja-

Biblioteca Nacional de España

dos en poderosas yeguas barrigudas, y sus fuentes colmadas de tiernos quesos, poblaban en tropeles los caminos. Algunas viejas corcusidas y calandrajosas les seguían encorvaditas, llevando serijos de higos pasados, capachuelas atestadas de huevos frescos y patos graznadores... San José, con un pañal al brazo, y en la diestra la vara de azucenas albeantes, recibía bondadoso las ofrendas de los humildes, y ante la mula y el buey, encaramados en sus camellos, los tres monarcas orientales adoraban la divina carne recién nacida.

Los Reyes, cubiertos con mantos de púrpura y calzados con babuchas de plata, estaban tan magníficos bajo los intrépidos airones carmesíes de sus bermejos turbantes, que cuando el párroco, defendidos los pies por finísima alcatifa, sentábase con el Niño en los brazos, para ofrecerlo a la adoración de los fieles, y gemía emocionado el armonium y gritaban, candorosas, zambombas y panderetas, subrayando los villancicos, recordábamos enternecidos la lectura del Evangelio cuyas palabras, que ungió el tiempo, volaban por la escuela como repiques de campanas: «Habiendo nacido Jesús en Belén de Judá, reinando el Rey Herodes, llegaron a Jerusalén unos Magos de Oriente...» Y luego el maestro, golpeándose en la calva, voceaba, lloroso, discursos que nos conmovían: «¡Jerusalén, Jerusalén: tú saldrás resplandeciente de las tinieblas, vestida de túnicas de luz! Tú vencerás, fuer-

Biblioteca Nacional de España

te como el destino, y por tus calles gloriosas desfilarán, ardiendo en fe, los discípulos del Señor de señores, y serás invadida por las muchedumbres creyentes que atraviesen los mares, y serás inundada por las gentes innumerables de Tharsis, Sabá y Arabia, y por los dromedarios de Epha y Madian, rendidos a la pesadumbre de sus tesoros, y por todos los hombres que reconozcan tu potestad y tu imperio...»

Influídos por estos pensamientos, adorábamos a Jesús, besando sus pies infantiles, y salíamos entre suspiros de beatas y toses machunas, vagamente entristecidos, inquietos, melancólicos, y caminábamos silenciosos sobre la escarcha, sin esperar nada, en aquella noche que era nuestra, que era la noche en que los niños lo aguardan todo de la suerte, porque sienten pimpollecer en sus corazones las primeras rosas del ideal.

Los buenos Magos, que, no olvidando lo que Cristo amó a los inocentes, solemnizan la fecha sagrada de la adoración volviendo al mundo para repartir, munificos sus caudales, en todos los pueblos, menos en el nuestro, dejaban pruebas de su liberalidad piadosa. Nosotros, los muchachuelos preteridos, les admirábamos y nos inmovilizaba el respeto sólo al pensar que podíamos encontrarnos alguna vez frente a sus barbas sembradas de carámbanos brilladores.

¿Por qué, entonces, no venían? Una mañana de Diciembre nos lo explicó el señor párroco. No era por

Biblioteca Nacional de España

olvido de los nobles abuelitos, ni por enfado, ni por desdén... Chicos más traviesos que nosotros diableaban en la tierra, y entre sus arrugas y repliegues languidecían pueblos más miserables que el nuestro, sin que agotasen los unos su indulgencia, ni los otros su caridad... Era que los santos viejecillos, incapaces de tentar a Dios afrontando aventuras temerarias, no venían porque no podían venir... ¡He ahí la verdad!... Ellos necesitaban correr, correr mucho, atravesar centelleantes las aldeas, las ciudades y los campos, para retornar a los cielos antes de que se hubiera despertado el sol; y como los camellos en que cabalgan no son precisamente pulgas, sino unos bichos monstruosos que llegan con las orejas a los tejados, que tienen las patas más recias que torres, y las jorobas más pesadas que catedrales, y las pezuñas más grandes que rulos, y las colas más fuertes que alcornoques, y además se guían palpando el terreno con sus caídos belfos, porque el único ojo de su frente es miope, claro está que no quieren arriesgarse a salir de las carreteras durísimas, seguros de que cualesquiera otros caminos no podrían resistir las tremendas pancadas de sus cabalgaduras.

La explicación del señor párroco nos dejó asombrados e iracundos. ¡Conque por la incuria del Ayuntamiento estábamos sin Reyes! Aquella vergüenza tenía que acabar, haciendo nosotros, si la necesidad apretaba, lo que los bigardones concejales no habían

Biblioteca Nacional de España

querido hacer. De la carretera al pueblo reptaba un caminillo de medio kilómetro, convertido por las lluvias invernales en un lodazal; no un camello desaforado, ni una gentil pepitilla, lo hubiera podido atravesar sin hundirse, y nosotros, todos de acuerdo, nos dedicamos a afirmarlo. A los arrieros les obligábamos con nuestras súplicas a meter sus recuas por los sembrados; a los trajinantes les hacíamos cambiar de rumbo; a los pastores les espantábamos a cantazo limpio las piaras...

—¡No, por aquí no; que es la senda de los camellos!

Y continuábamos, entusiastas, nuestra obra, que excitó, primero, la curiosidad burlona de los labradores, y les enterneció después, proporcionándonos su decisiva ayuda. Los huebreros cargaban de sillares las yuntas al volver del trabajo, y nos los entregaban sonrientes; los cavadores nos traían sarmientos y jaras; los desmarojadores, ramaje tupido de olivos, que vestía alegremente las cortantes márcolas; y cundió el ejemplo, y el mismísimo alcalde mandó con sus bestias seronadas de guijarros, y el canalero nos dió las tejas rotas, acarreándolas en su propio volquete, y el párroco imitó al canalero, y el médico imitó al párroco, y hasta hubo viejecillas consumidas que transportaron piedrezuelas entre sus manos temblonas, auxiliándonos con la cristiana intención más que con el menguado esfuerzo.

Aquel año salimos los pequeños de la iglesia, des-

Biblioteca Nacional de España

pués de la octava, con los corazones iluminados, y supimos burlarnos de la cellisca y colocamos antes de acostarnos, las botas embarradas en las chimeneas, y nos dormimos creyendo oir en la senda el pataleo tempestuoso de los camellos... Y por la mañana, ¡oh, Dios misericordioso!, con una cosecha espléndida de golosinas y juguetes, saltamos como pájaros a los regazos maternales, llorando de felicidad...

—Ay, madre, madre..., ¡han estado aquí!

Luego vimos, un poco sorprendidos, que en el camino no habían abierto las terribles patazas de los animales los socavones que esperábamos. En la senda, intacta, sin un agujero, sin una huella, jugaban los gorriones, y nos hirió el cerebro un débil rayo de incredulidad... Pero la fe se impuso triunfadora. ¡Por allí galoparon los camellos! Y lo hermoso es que desde entonces no han dejado de pasar por mi pueblo para que los niños no suspiren acongojados en su noche, en la noche sagrada...

Biblioteca Nacional de España

IV

VIERNES SANTO

Hoy me he despertado como me despertaba hace tres lustros en el villorrio andaluz donde solía pasar las vacaciones: no sé por qué, un leve ataque de zonzo sentimentalismo me ha entristecido y me ha perturbado. En mi memoria aletean los recuerdos y el perfume de la vida que fué, de las cosas que pasaron, embriagándome, excitándome, acelera el ritmo de mi corazón.

Lectores, perdonadme; hablo de mí mismo para corcusir este proemio únicamente. No os voy a agredir con un fiero lanzazo de mi vanidad; no os voy a disparar un capítulo de mi pobre existencia; no os voy a sorprender con una disertación erudita, ni con unos cuantos morcones de prosa evangélica, ni con una gallinaza filosófica y transcendental... Mi propósito es más humilde: distraeros enjaretando lisa y llanamente algunas tontadas.

Y para principiar, repetiré que hoy me he despertado como me despertaba hace tres lustros en mi villo-

Biblioteca Nacional de España

rrio andaluz, y que un leve ataque de sentimentalismo me ha entristecido. Es Viernes Santo y no lo parece. Mi doméstica—¡ah, pagana sin corazón!—tararea un airecillo golfo; un pescadero grita en la calle, ofreciendo su podrida merluza y sus salmones venenosos, con una irrespetuosidad diabólica; un vecino toca el acordeón... Esto es horrible, hermanos; esto irrita y embravece al hombre de más paciencia. Cantar un «tiento» de Quinito; mentir a voces, en plena calle, con criminal descaro; tocar un instrumento tan voluptuoso como el acordeón... Pero ¿no sabéis, infames, que Cristo acaba de morir? Tú, gallegaza «sicalíptica» ¿por qué no entonas uno de esos gemidos lacerantes que se llaman saetas? Y tú, pescadero, ¿por qué mientes, por qué no declaras que es dañosa tu mercancía? Con la merluza ¿vendes purgantes? ¿Eres boticario también? Confiesa, pescadero; sé veraz por amor de Dios. Di, bárbaro endemoniado: un lugar en el paraíso ¿no vale más que cien mil besugos?... Y usted, señor del acordeón, ¿por qué no toca la carraca? ¿Porque el acordeón es dulce y tierno y la carraca agria y dura y y desapacible? Pero acaso ¿hemos de estar siempre hundidos en un mar de voluptuosidades?

No; hay días consagrados a la penitencia, al dolor, a la amargura... Meditad, cristianos; los que seáis capaces de sentir los mordiscos del remordimiento, meditad. Leed la Pasión, con el estómago vacío, si es posible; oid a los predicadores más elocuentes o más

Biblioteca Nacional de España

candorosos; recogeos en vosotros mismos; huid de la muchedumbre, toda indiferencia, barbarie y novelería; libraos del bullicio; rechazad a la tentación, ya se presente en forma de mujer placentera o de suculento pernil; desdeñad el pecado; venced a Satanás.

¡Si no estuvieseis en Madrid! ¡Si pasarais estos días en una aldehuela o en el campo!... En mi villorrio nos despertaba la carraca: «¡Crá, carrá, carrá!» «¡Crá, carrá, carrá!» Por las rendijas del ventanillo filtrábase la luz; un rubio dardo de sol quebrábase en los antiguos fanales, en el barniz de los muebles, en los juncos de la estera. «¡Crá, carrá, carrá!...» Arriba, perezoso; triunfa de la molicie, sacrifícale unas horas de sueño matinal al Hijo de David... Nos levantábamos. Silencio, calma, paz en la tierra y paz en las alturas. «Buenos y santos, tío Fulanito». «Buenos y santos». Y el tío Fulanito saludaba con dignidad y alejábase majestuosamente. «Buenos y santos, tía Fulanita». «Buenos y santos». Y la tía Fulanita, con su mantón negro y sus faldas negras y su pañuelo negro, como una mancha de sombra en la calle dorada por la greña solar, hundíase en la iglesia. «Buenos y santos, señor cura». «Buenos y santos». Y el señor cura, recio, desgarbado, flaquísimo, nos miraba con sus ojos de lumbre y desaparecía también.

¡El señor cura! El sí que era bueno y santo. Su fusil, sus perdices, sus perros; una sobrinuela carirredonda, hacendosita y pulcra; una casa grande, fresca y bien

Biblioteca Nacional de España

abastecida; amigos que respetábanle y que se dejaban vencer en las batallas del tute... No ambicionaba más el beato varón. Ni un vicio, ni un escándalo, ni una aventurilla de dudoso gusto. Y además, este clérigo, que no aspiraba a competir con Manterola, tenía su sermón, y al declamarlo—porque lo declamaba—era elocuente, con esa elocuencia hija del convencimiento y de la fe. En el sermón, siempre el mismo, aunque siempre nos parecía nuevo, no cambiaba ni un vocablo, ni una pausa, ni un ademán, ni un gesto, ni una entonación. Y sus auxiliares y los fieles imitábanle y loaban su constancia y su firmeza.

¡Si le hubieseis oído y nos hubieseis visto!... ¡Aquello sí que era religiosidad! ¡Aquello sí que alegraba a los propios serafines del cielo! ¡Valiente Pasión, compadres! Qué bien describía el cura las tribulaciones de Jesús en el huerto de los olivos, y qué bien aflautaba la voz la chatilla que hacía de ángel, plantada en un rincón de la tribuna, y qué bien rugía sus versos candorosos el gañán que representaba a Pilatos...

«Yo soy Pilatos
De la Judea percuraor.
Por el Gobierno
Que reprezento
Te digo yo:»

En la iglesia hubiérase percibido el zumbar de una mosca. Las mujeres se volvían azoradas hacia el coro; los hombres se revolvían inquietos; el cura, encorva-

Biblioteca Nacional de España

do, como un león que se dispone para arremeter, clavaba sus ojos en la obscuridad. Y al callarse, después de un gorgorito, el *percuraor*, mientras que las mujeres le insultaban por lo bajo, llamándole ladrón y perro judío, bramaba el cura con voz tempestuosa:

«¡Silencio, lengua sacrílega! ¿Quién eres tú para sentenciar? ¿Qué Gobierno de chanfaina es el tuyo? ¿Qué representas tú, ladronazo?»

Contestaba Pilatos, replicaba el clérico, enzarzábanse los dos, y llovían los insultos en prosa pintoresca sobre el infeliz Poncio, que no podía salirse de su poético carril, y que era destrozado por su enemigo. Al narrar el martirio de Jesús, adquiría alas de cóndor la elocuencia del cura. «Y ahora—decía—vamos con lo más cochino, sucio y puerco que se ha visto ni se verá». Preparábanse los fieles, y al exclamar el cura, después de una hábil preparación: «y el judío estampó en su divino rostro cruel bofetada», abofeteábanse las viejas, y las mozas, y los hombres, y los chicos, con un vigor, con una unción, con un denuedo y con un garbo que conmovían.

Oh, sí, amigos. Esto no se ve en la corte; en la corte, habiendo tantas criaturas extraordinarias, no hay quien se aplique una chuleta pensando en nuestro Salvador. Nadie es capaz de enrojecerse a bofetones una mejilla; nadie es capaz de sufrir una molestia por el que tantos dolores sufrió. Y así ¿cómo hemos de pasar cristianamente el Viernes Santo?

Biblioteca Nacional de España

¡Si estuvierais en mi villorrio, hermanos!... Allí sí que hay fe, y respeto, y decoro, y religiosidad... ¡Con deciros que, hasta los más jaques, bajan la voz cuando blasfeman!

Biblioteca Nacional de España

V

EL RINCÓN NATIVO

¡Drilindín!... ¡drilindín!... ¡drilindín!... Las campanas, bañándose en la clara luz matinal, anuncian la misa, volteando sus miriñaques sonoros. El señor párroco, cuellicraso, regordete, pulcro, pasa andando a saltitos y repartiendo saludos con su bronca voz. «Buenos días». «Santos y buenos». «A la paz de Dios». ¡Drilindín!... ¡drilindín!... ¡drilindín!... Y las primeras viejas, unas pobrecitas viejas setentonas, ochentonas, momificadas, secas, quejumbrosas, con sus grandes rosarios entre los dedos y sus enanas sillas de enea al brazo, suben gimientes los escalones verdinosos del porche.

Al autor, que salió del pueblo a los veinte años con una melena frondosa, el rostro limpio de vegetación, el bolsillo vacío y el cerebro lleno de ilusiones, y que vuelve pobre, con pocas esperanzas, barbado, casi calvo, casi viejo y casi triste, nadie le conoce. «¿Quién será el forastero? Aquel de los cuatro ojos. ¿Quién será?...» Las campanas, ya serias, discretas, graves, avisan que va a empezar el sacrificio. Blan, blan,

Biblioteca Nacional de España

blan... Y llegan renqueando, arrastrándose, envueltos en sus capas de un negro rojizo, golpeando con las recias cayadas, endurecidas al fuego, aquellos ancianos que tenían la cabeza nevada antes de venir nosotros al mundo; y nuestras antiguas amigas—aquellas mozas esbeltas, con las que tal vez soñamos alguna primavera—convertidas en madres de familia, pálidas, cansadas, hurañas de gesto; y las solteronas, esas lamentables solteronas, blandas de ojos y pedernalinas de corazón.

Después, todo queda en silencio. En el soladillo del Casino, los descreídos, los formidables herejes de la localidad, junto a los cuales no pasan las buenas cristianas sin hacer, temerosas, la señal de la cruz: el pigre de Biraud, el posadero francés, defensor del indigno Pilatos, el boticario, volterianillo tremendo, y el jefe de los federales, un demonio helgado de dientes y de nariz tan bermeja y mejillas tan azules como un mandril, juegan al tute, y fuman sin despegar los labios. Los gorriones, en medio de la plaza, bromean, andando a saltitos como el señor cura. Un vientecillo tibio que ha cansado sus alas atravesando los montes, los desiertos y el mar, deja en el pueblo olores bravíos. A lo lejos, oculto en el boscaje, silba un mirlo su sinfonía campestre; de la iglesia, dominando el murmullo de rezos, toses y suspiros, sale el fiero vocejón del señor párroco y el bramido imponente de sochantre, mientras ganguea el órgano...

Biblioteca Nacional de España

—¡*Domine, exaudi orationem meam!*

¡¡*Et clamor meus ad te veniat!!*

El autor no sabe si está alegre o triste... ¿Ha sufrido una decepción? ¿Falta algo en el pueblo?... Allí están las casas con sus rubias greñas de jaramagos, sus fachadas panzudas, sus losetas rojas y pajizas; allí están los arrecifes con más baches y más cantos y más polvo que nunca; allí están los carros, pegaditos a la acera, firmes sobre los tentemozos, esperando pacientes la carga; y los montones de estiércol, embalsamando el aire con su caliente vaporcillo azul; y los cerdos aventureros, sobre el estiércol, investigando su composición y entonando himnos a la vida.

¿Qué ha desaparecido entonces? ¿Es que esas muchachas, macadas al pubescer, de perfil cándido y ojos interrogadores, no pasan ya las horas encorvadas sobre el mundillo, tejiendo la tela de araña del encaje? ¿Es que ya no se oye el agrio gemir del carrillo, ni el blando murmurar de los vendos, ni el cantar animoso de la escoba? ¿Es que ya los niños—esos gorrinuelos humanos que crecen por yuxtaposición más que por intususcepción—no se acurrucan como invertebrados en el arroyo para comer la sardina o el hornazo entre rebudio y lagrimón?...

Porque, si tiene esos, conserva el pueblo todos sus encantos. Sus imbéciles—¡Dios sea loado!—viven rollizos y asustan a los pequeñuelos con sus caras simiescas; sus locos—perturbados siempre por la ambi-

Biblioteca Nacional de España

ción—continúan siendo los personajes de sainete que animan las veladas; sus moscas, revoltosas, democráticas, confianzudas, siguen mejorando los guisos con su propia substancia, sacrificando—¡nobles criaturas del Señor!—a nuestro regalo la existencia.

Y, no obstante, el autor entró melancólico en el Casino.

El Casino está en un soberbio caserón de rica tierra apisonada, que ha visto desfilar filosóficamente dos siglos, conservando, previsor, sus puertas de cuarterones, sus flacas vigas retorcidas y sus tejas con jorobas de musgo; alabeadas las puertas, hendidas las vigas y rotas las tejas, cierto; pero resueltas a seguir matando lustros en lucha con la polilla, con los aguaceros y con los vendabales.

Para el servicio de sus favorecedores, el valiente industrial que explota el establecimiento tiene tres lámparas de petróleo; veinte sillas lo menos, y algunas hasta con eneas; dos veladores bailarines y cuatro camillas danzantes; una mesa de billar que hace equilibrios sobre dos puntales, en cuanto siente la pesadumbre de las sandías de marfil que sirven de bolas; dos cafeteras; seis tazas, tan fuertes, que luego de tomar el café se tiran a un rincón para quitar estorbos; dos vasos como púlpitos y cuatro pequeños, del jalde color del vino; un dominó de chocolate, al parecer, y una baraja abarquillada, escurridiza y sebosa.

Esto es todo, y en realidad es bastante, puesto que

Biblioteca Nacional de España

los mejores parroquianos del Casino son las moscas, que después de ociar en la plaza, tomando el sol, y de comer en la carnicería, establecen su tertulia en las tazas, en los hules crasos de las camillas, en las vigas ahumadas, tan obscuras, tan llenas de rinconcillos apacibles, que convidan al sueño. Detrás de las moscas entran los pelantrines para charlar, beber y dormir, y con los pelantrines entran sus perros, y con los perros entran sus reznos, y todos se llevan como ángeles.

Así fué antes, hace muchos lustros, cuando el señor párroco—¡alma de Dios!—almacenaba ciencia en el seminario y tenía la voz dulce, y así era cuando el autor salió del pueblo, en busca de aventuras, y así es hoy... ¿Por qué, pues, sufre el autor?

Ya le han conocido. Uno de esos labriegos ladinos, capaces de contar los pelos del demonio, le ha mirado reflexionando un momento, poniéndose las manos sobre las cejas a guisa de visera, y se ha roto el incógnito: «¡Calla, pues si es!... Pero, ¿quién iba a conocerte con ese zarzal de barbas, cristiano?» Y han comenzado a llegar los antiguos compadres, y han llovido los fieros apretones de puños, las roncas carcajadas, las rudas interjecciones de sorpresa. Y enseguida le han rodeado todos los labriegos, y se han acercado a él todos los perros, y se han posado en sus hombros y en su cabeza todas las moscas, llenos unos y otras de cariño y de curiosidad.

Biblioteca Nacional de España

—Cuéntanos, pájaro. ¿Cómo te ha ido por esos mundos? Vienes gordo, zorzal.

—Oye, la carne de ballena de los tiradores, ¿es, efectivamente, de ballenas de los mares? ¿Has visto por ahí ballenas?

Los frascos de aguardiente circulan, y su respiración, al fundirse con el olor a glebas húmedas de los labradores, y con el del tabaco envenenado, y con el agrio de los canes sucios, enrarece el aire. Un tibio calorcillo aborracha los rostros. Las moscas dan locas volteretas, como en los mejores días estivales; los perros, traspillados, lamiscan ansiosos cuanto cae en las losas y se rascan con uñas y colmillos, devorados por los reznos. Los hombres trasiegan con unción los vasos de mostagán, y contemplan con los ojos semicerrados los nopales de la haza. Llegó el momento de las confidencias...

Y se pregunta el autor: ¿Debí venir? ¿Habré cometido, quizás, la estupidez de matar una ilusión?

Biblioteca Nacional de España

IV

LOS HERMANOS INFERIORES

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

I

LAS RANAS DE LA CIBELES

Yo no escribo para los literatos únicamente; escribo también para ti, lector aristócrata, y para vosotros, lectores burgueses, lectores obreros, lectores campesinos. Nunca os desprecié, entontecido por la vanidad; nunca pretendí asombraros con el ridículo artificio de unas cuantas paradojas bonitamente eslabonadas; nunca fingí reirme de vuestra aprobación... En un momento de despecho, sin duda, estampó Foción estas acedas palabras: «Si la multitud está de acuerdo contigo y te aplaude, examínate a fin de ver si en tus discursos o en tus acciones se te ha escapado alguna necedad». Pero, en desagravio de los aplaudidos, podemos combatirlas con estas otras que formuló Aristóteles, optimistas y justas: «Es más conveniente conceder el ejercicio de la soberanía a la multitud que a unos cuantos elegidos, porque cada individuo tiene su porción de prudencia y virtud, y reunidos en asamblea forman un cuerpo organizado, a la manera de un solo hombre con sus pies, sus ma-

Biblioteca Nacional de España

nos y su inteligencia. He ahí por qué la multitud es el juez más seguro de las obras de música y poesía». A ella, pues, me encomiendo, aunque no soy músico ni poeta, y compongo mis páginas lo mismo para los aurigas, que serán parte de sus pies, y para los tenderos, que serán parte de su estómago, que para los políticos, que son sus manos, y los profesores de Psicología, que son su más clara inteligencia.

Y terminado este largo proemio, que habrá enternecido al público indulgente, entro en materia, sin miedo a impertinencias ni a vayas... Yo no he hecho investigaciones sobre las fuentes de ningún estanque, ni estudios que esclarezcan la magna teoría de los renacuajos, como los hizo el formidable filósofo Samuel Pickwick; pero quiero hablaros de las ranas. De las ranas en general y en particular, de las ranas de la Cibeles... Tal vez, cuando leais estas líneas, los dignos reptiles cortesanos se hayan hundido en sus nidales, para pasar el invierno en el tibio limo, durmiendo bajo la amante de Attis el pastor. Pero aún vibran en mis oídos sus himnos estivales y aún creo admirar las gentiles parábolas que trazaban, al saltar, impulsadas por el espanto, y aún creo percibir el ¡flaup! líquido de sus cuerpecillos al zambullirse en las linfas protectoras... Confieso, amigo hortera, que el hallazgo de una colonia de batracios en el cogollo de Madrid me conmovió, y que pensé en adobar un lindo elogio... ¿Por qué han de ser despreciadas y maltra-

Biblioteca Nacional de España

tadas esas criaturitas de Dios? Las ranas, mucho más pequeñas que los elefantes, y menos fieras que los tigres, y menos voraces que las gallinas, y menos escandalosas en sus expansiones líricas que los pollinos, son más discretas, más bellas y más honradas que muchos engreídos personajes. Su piel ostenta en el lomo el verdor de los pámpanos nuevos, y en el vientre, la blancura impoluta del armiño; las niñas de sus ojos tienen áureos resplandores; sus patas, recias y agilísimas, parecen de acero; sus nalgas se asemejan a las del hombre en que carecen de cola... Y, sin embargo...

Solo Aristófanes las satirizó con cierto respeto a su decoro. En su comedia «Las ranas», Caronte, el barquero, para que Baco le ayude, remando, a pasar el río infernal, le promete que ha de oir a unos cantores admirables. «Ranas con voz de cisne». Y aparecen en cuanto el muelle dios de la vid comienza la faena. «Brékéké... cruá, cruá». No es de cisne su voz y Baco protesta: «¡Podríais reventar con vuestro cruá, cruá eterno!» Y le replican las concertistas: «¿Y por qué variarlo, gordiflón?»... Pan, el de los pies de macho cabrío, que arranca tan dulces sones a su zampoña, nos ama; y hacemos las delicias de Apolo, el dios de la cítara, porque, gracias a nosotras, crecen en nuestros pantanos las cañas que sirven de puentecillo a su lira. ¡Brékéké... cruá, cruá!» «Callad, vocingleras», manda Baco. Y las ranas responden con altivez: «Gritaremos

BIBLIOTECA POPULAR "JOSÉ DE ACUÑA"

Biblioteca Nacional de España

más fuerte. Los días de sol nos divertimos brincando sobre los troncos y entre la hierba, y cantando mientras nadamos; y cuando Júpiter vuelca la lluvia, desde el fondo de nuestra morada, unimos nuestras voces ágiles al zumbido de las gotas... Brékéké... cruá, cruá!»

En las otras sátiras obsérvase una malevolencia inicua. Poetas, autores dramáticos, noveladores, fabulistas... hasta severos y ecuánimes zoólogos, emprendieron hace siglos la odiosa labor de calumniar a los humildes batracios. Y para encomiar la aptitud de un sujeto en cualquier materia, o su valor, o su talento, o su cultura, se dice que no es rana; y para escarnecer a los bobos, inflados y vanidosillos, se les parangona con la rana que estalló al hincharse pretendiendo adquirir el volumen de un buey; y para ponderar la insignificancia de un hombrezuelo, se le llama renacuajo; y para indicar que no ha de cumplirse un propósito, se afirma que se realizará cuando las ranas crien pelo; y para ofender a una tiple se asegura que, mejor que en el escenario, cantaría agazapada en un lamedal, o a orillas de un arroyo...

Estas abominables agresiones me indignan. ¿Valen tanto como una rana esos pedantillos sociólogos que no son ranas? Y esos hombrezuelos vacuos y gritadores, cuya estupidez y cuya inutilidad aumentan de día en día, ¿pueden compararse con un renacuajo, con un organismo que evoluciona para perfeccionarse?... Y

Biblioteca Nacional de España

las chuscadas y chilindrinas sobre la voz de las artistas de riachuelo y pantano y fuente ¿no sublevan?... Un bañista perpetuo, señores críticos, ha de estar ronco; y esa ronquera forzosa, hija de la humedad y no del aguardiente, merece nuestro respeto. Además... no desagrada. Las melodías de un canario, aburren; el acre estridular de un grillo, excita; el voznar de un cisne, adormece; el arrullo de una paloma, sugiere livianas ideas; el canto de una rana, grave, lleno, religioso, acaricia... ¿Quién, al escucharlo, no resucita horas de felicidad y de abandono? Noches de luna, aguas plateadas, juramentos de amor...

Los hombres vivimos de lo pasado y de lo por venir. En lo pasado palpitan nuestros recuerdos; en lo por venir, fulgen nuestras esperanzas. Y lo presente, amenazador y oscuro, se llena con cualquier cosa: con un trajín agobiante; con un ensueño dulce; con el croar de una rana, que puebla de sombras queridas nuestro corazón...

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

II

UN TORNEO

Ninguno tendrá la originalidad vigorosa del que presenció el autor, invitado amablemente por un súbdito del rey Eduardo... «¿Usted no ha visto un torneo? Va usted a verlo, señor.» Y sin saber nada, el autor, hostigado por un amigo que se reía excitando su curiosidad con maliciosas reservas, cogió el tranvía, y atravesando el jocundo valle de Loyola, de verdor perenne, y el caserío gris de Astigarraga, defendido por el faccioso palacio de los Valdespina, entró en Hernani, cruzó por un maravilloso callejón de casas blasonadas, con rejas saledizas y aleros dentados, y dinteles altísimos y muros patinosos, que debía estar, bajo fanales, en la galería de un Museo gigantesco, y llegó, por fin, al lugar de la cita...

Durante el almuerzo, mientras su cortesía esforzábase por no rechazar unos endemoniados platos británicos, y ardía su gaznate, deglutiendo, con un heroísmo que quizás premie Dios alguna vez, trozos de carne sangrienta, arroces con fieras guindillas y rubias

Biblioteca Nacional de España

salsas quemadoras, que incendiaban el estómago, supo de lo que se trataba. El anfitrión había organizado un épico espectáculo: dos carneros, uno gascón, victorioso en cien combates, y otro escocés, famosísimo por su valor y su empuje, iban a librar una terrible pelea.

El autor declara que la idea no le entusiasmó y que, haciéndose tristes reflexiones, penetró en la cerca donde había de verificarse el torneo, para saludar a los paladines. Un seto vivo les impedía verse; pero el corazón, anunciándoles el peligro, les hacía patalear inquietos y olfatear previsores. Ambos nos miraron con los mismos ojuelos bondadosamente idiotas, y ambos pagaron la sal que les ofrecimos con iguales frotamientos de cabeza. El inglés, seriote, de lanas rizosas y robustos cuernos, ganaba las voluntades con su humildad simpaticísima. El francés, con su perfil aguileño, su largo gabán y sus petulantes estornudos, parecía algo baladrón, sin que su fanfarria—la fanfarria de un alegre comisionista, no la de un jaque provocador—le hiciera odioso. Insultaba por divertirse, sin intenciones de afrentar, como un buen muchacho falto de mundo.

Y así, bromeando, risueño, al aire los dientes, avanzó hacia su enemigo, y hundiendo las pezuñas en la raya, y tocando con sus labios y sus cuernos los cuernos y los labios de su rival, permaneció, inmóvil, medio minuto ante nuestros ojos impacientes. El autor

Biblioteca Nacional de España

creyó por un momento que no combatirían, y lo dijo a sus amigos. Pero aún sonaban sus palabras cuando el gascón, apoyando su frente en la del inglés para tantear sus fuerzas, empujó resuelto, sin lograr conmoverle, y entonces, moviendo el hopo y sin volver la cara, retrocedió paso a paso, con lentitud, lo mismo que su enemigo, y a unos treinta metros se detuvo mirándole, y de pronto, invadidos por idéntica furiosa locura, alzándose sobre las patas para acrecer con un bote el impulso, se precipitaron el uno sobre el otro como dos aludes, y atravesaron el campo relampagueantes, y las testas chocaron con el medroso estruendo de dos rocas desgajadas...

Este primer asalto asombró al autor, y aún estaba en el limbo en que la sorpresa nos sume, cuando un segundo choque, con su ruido de huesos quebrantados, le volvió a la realidad, dudando todavía... Pero, ¿era cierto? ¿Dos moruecos, dos pacientes, dos infelices, dos sufridos moruecos, padres de familia, daban aquel bárbaro espectáculo? ¿No habíamos convenido en que los borregos simbolizan la paciencia burguesa?... Y a la prudencia exagerada, a la que pisa en los aledaños de la cobardía, ¿no la calificamos los hombres de carneril?... El autor, con una credulidad menos, ve esfumarse y borrarse un lindo lugar común, y ante sus ojos ábrense nuevos horizontes. Las malas pasiones son universales. En las criaturas hechas a imagen del Señor, en las bestias enormes, en las aves

Biblioteca Nacional de España

cantadoras, en los insectos diminutos, en los microbios invisibles, no hay más que maldad. Las gallinas rematan a sus compañeras heridas, arrancándoles los colgajos de carne sangrienta para comérselos; las arañas devoran al macho que las fecunda, si no anda listo; las hormigas se descabezan a bocados... Nada consolador florece en la tierra. De igual modo que un pequeñuelo más bello y más puro que un rayo de sol, es la larva de un feo jayán criminal y vanidoso, un corderillo cándido, dulce y débil, es el apunte borroso de un carnerazo impulsivo, estúpido y pendenciero, que se romperá la crisma en cuanto su dueño lo desee... Y el autor, apenado, ha sentido tentaciones de increpar a estos iróninos señores que preparan desafíos... ¿No es cruel destruir la leyenda de unos animales, más brutos que malvados, que dormían, hace siglos, a la bartola, sobre el mullido colchón de su buena fama?

El combate siguió, demostrando los borregos que saben matarse con más bizarría, más dignidad y más nobleza que los hombres. Ni el inglés ni el francés apelaron al grito para manifestar su dolor y su rabia, batiéndose con un silencio trágico, roto por el estampido de los recios testuces, y el golpear de las patas, y el sordo rechinar de las cornamentas. Cansados, aturdidos, retrocedían jadeantes, cada vez más despacio; pero se embestían con creciente saña. El francés, tembloroso, disponíase a realizar un esfuerzo supremo por el honor de Gascuña, y el inglés, con

Biblioteca Nacional de España

la lengua pendiente, los ojos encarnizados y un cuerno hecho astillas, preparábase para recibirle dignamente... Hubo un momento de tregua, durante el cual se observaron, impávidos, los luchadores, y, por fin, arremetiéronse con salvaje cólera, resueltos a concluir, y cayeron ambos sobre los cuartos traseros al choque impetuoso de las tonantes cabezas... Pero esta vez, el alegre e intrépido gascón no pudo levantarse. Con el hocico entre las patas, nublados los ojos, torcido el firme cuello, desplomóse a los pies de su rival, y, sin una queja, sin una contorsión, envolviéndose en sus lanas albeantes con la majestad un romano heroico, expiró, ocultando el gesto sombrío de la muerte.

El vencedor, sin vanidosos alardes, sin pregonar, soberbio, su triunfo, separóse un poco de su víctima, y buscó, modesto y práctico, entre las glebas, alguna sabrosa yerbecilla que despuntar... El torneo había terminado...

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

III

UNA GRAN REFORMA

En el periódico italiano *Avanti!* leemos una curiosa noticia. Una revistuela francesa, redactada por hombres prácticos y de buen humor, ha introducido una reforma que tal vez copie la Prensa del mundo entero. He aquí la reforma:

Como en verano hay pocos asuntos interesantes de que hablar, porque el buen Febo, socarrándonos, establece una tregua; como las especulaciones científicas y los descubrimientos de los sabios nos encocoran, porque nuestra mollera se amustia bajo la greña solar; como no hay chistes que nos alegren, ni folletines que acucien nuestro interés, ni estudios que nos agraden, lo mejor es dar paz a la mano, hacerse el sordo ante los requerimientos de la pluma y conceder a las máquinas una huelga reparadora.

¿Eh, amigos? ¿Comprendéis? El director de la revistuela, que es un filósofo y un humorista, suprime las tres cuartas partes del texto; es decir que se ahorra los céntimos con que paga a los colaboradores, a los traductores y a los cajistas. En la primera plana da

Biblioteca Nacional de España

sanos consejos, anota la temperatura, se extiende en plomizas consideraciones sobre la influencia del agua en el organismo y resume cuanto ha observado en una vida de labor acerca del canto de los grillos, las cigarras y las ranas. En la segunda inserta los reclamos y los anuncios, puesto que el calor no es incompatible con el comercio, y la tercera y la cuarta, merced a una mixtura diabólica, las convierte en cementerios de candorosos dípteros.

¿Qué suscriptor protestará? ¿No es admirable una revista que nos entretiene y al mismo tiempo nos sirve de escudo protector? Nada hay más pegajoso e irritante que una mosca. Consultad después del almuerzo, frente a la taza de café y con el cigarrillo en los labios, un código o una enciclopedia; leed un novelucho, solazaos con un drama, y las moscas, con sus paseítos por vuestra nariz, con sus excursiones por vuestra coronilla, con los reconocimientos atrevidos e imprudentes que practican en el borde de vuestra taza, os impacientarán. Son intolerables, osadas, tozudas, temerarias, inverecundas... Pero leed la revistuela del reformador, apoyándola en un vaso o en el frutero, y los sucios huéspedes no os molestarán: poco a poco, desde las sillas, desde los aparadores, desde los platos de dulce, desde las frutas azucaradas, acudirán para repapilarse con el nuevo regalo que les ofrece su fortuna y el traidor papel, adormeciéndolas, envenenándolas, conseguirá apresarlas y matarlas.

Biblioteca Nacional de España

¿Cómo no resignarse a la supresión de un artículo, a cambio de la vida de cien moscas? No, no habrá quien proteste. Los suscriptores felicitarán al agudo director, y los periodistas que continúen cobrando le erigirán una estatua. ¿No la merece, por ventura ese bienhechor de la Humanidad sudorosa?

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

IV

EL ESPÍRITU DE TORQUEMADA

Todos los días se aprende, se adivina o se averigua algo; algo conmovedor, horrible, cómico o pintoresco... Y nosotros hemos averiguado hoy que en el cogollito de España, en la cultísima Barcelona, florece una industria, que es también deporte, capaz de empavorecer a las gentes más desentrañadas y duras de mollera.

Esta industria es la de los pájaros cantores. El catalán es un pueblo lírico; en los más insignificantes villorrios de la Montaña se cultiva el «divino arte» y no hay labriego mozo que no eduque su voz y que no aspire a ser, a fuerza de afinados berridos, una gloria del orfeón local. Tales aspiraciones y semejante afición son dignas de loa. Que los hombres canten; que después del trabajo se reunan en el casinejo de la aldea e imiten al vendabal con las narices; que los tenores modulen claras y agudas notas de clarín, y que bramen los bajos, y que rujan los barítonos... Esa labor, artística si se quiere, es también inocentona,

Biblioteca Nacional de España

inofensiva y cándida... Pero forzar a los pájaros, a esos milagrosos cantores de las campiñas, que nacieron con el pecho colmado de armonías, que traducen el ritmo de las frondas y del agua y del viento, que componen romanzas sorprendentes jamás repetidas; forzarlos a cantar a todas horas, siempre, hasta morir, es un crimen imperdonable. Y sin este crimen, la industria mencionada no existiría.

Probablemente la engendró la vanidad. Dos pelantrines o dos burguesillos, encariñados con sus pájaros, orgullosos de sus facultades, seguros de su resistencia, apostarían. «¿Cuál canta más y mejor?» Y el dueño del derrotado protestaría, y multiplicaríanse los retos, y formaríanse bandos, y repitiríanse las luchas, entre la emoción de los espectadores. Es posible que algunos soberbios artistas sufrieran derrotas inesperadas. Un digno jilguero, un alocado verderón, un alegre pardillo, en todas las ocasiones no acceden a trinar. Es preciso que estén inspirados, y la inspiración no inflama sus cabecitas más que cuando las acaricia el Sol, o los exalta el plumaje de una hembra, o los conmueve el arrullo melancólico de un riachuelo saltarín.

Entonces, los industriales defraudados hundiríanse en larga meditación. Si cantaran sus prisioneros constantemente, el triunfo no dependería de la casualidad, sino de la agilidad, de la fortaleza y del arte. Y merced a una añagaza diabólica libráronse de las volta-

Biblioteca Nacional de España

riedades de la suerte. Hay un medio para que un tenorcillo alado enloquezca y no interrumpa sus trinos más que en la hora de morir: cegarle. Se coge a un pinzón, se le pasa una aguja calentada hasta el rojo por los ojillos, y el pinzón, después de unos aleteos y unas contracciones, esponjará las plumas y comenzará un aria.

Y lo mismo que un pinzón haría un jilguero, un ruiseñor o un pardillo, al hundirse en las tinieblas. Cantar, cantar en una noche interminable y trágica; cantar en el seno de unas sombras que ningún sol ha de esparcir; cantar recordando vagamente alboradas y crepúsculos vespertinos, cabrilleos de linfas y fulgores de luz, temblores de frondas y vuelos de insectos...

Ah, es horrible, caballeros industriales. No sólo deben quedarse sin premios las Asociaciones «pajariles» —como se quedarán, gracias a la enmienda presentada por D. Luis Zurdo en el Ayuntamiento barcelonés—, sino que merecen un castigo. Cegar a un pájaro para solazarse con su angustia, para explotar el dolor del humilde animalejo, es un abominable crimen. Es destruir una de las más bellas obras de Dios; es hacer de un cacho de alegría con plumas que se mece en el viento, de una flor viva, un lamentable grumo de tragedia, triste y quejumbroso. ¿No han de cantar, si el canto es su único medio de expresión? ¿No han de cantar, si para ellos cantar es llorar?...

Sí, debía imponerse un castigo a esos nietos de

Biblioteca Nacional de España

Torquemada que hacen una fiesta de la amargura... Nosotros, la verdad, no confiaríamos un niño a gentes que martirizan a un pájaro.

Biblioteca Nacional de España

V

MAJESTAD CAÍDA

Antes de decidirme a escribir esta página he reflexionado unos minutos, y resuelto ya a escribirla, he cogido la pluma con cierta perplejidad. Conste que no he reflexionado antes de escribir para distinguirme de los que reflexionan después o de los que nunca reflexionan. El origen de esta indecisión es más puro y más noble. He tenido miedo de ofender con una tontería a los hombres graves; he tenido miedo de disgustarles con una ligereza... Porque os quiero hablar, amigos, del elefante de M. Corradini.

¿Es acaso extraordinario ese elefante?—preguntaréis—. ¿Se debe gastar en él la tinta que serviría para corcusir unos elogios estudiando la personalidad de un hidalgo senador o de un caballero dramaturgo?... ¡Quién sabe! Desde luego, extraordinario no es el animalucho. Grandote, de un color terroso, con la piel arrugada, con los ojillos llenos de sagacidad y de malicia, en nada se distingue de sus hermanos los paquidermos artistas. Es un elefante como todos los elefan-

Biblioteca Nacional de España

tes; como los que gimen en cautividad, coléricos y amargados; como los pacientes y bondadosos que en los parques sirven a los niños de mansas cabalgaduras; como los que trabajan a las órdenes del severo domador; como los que galopan, libres y poderosos, en las misteriosas profundidades de los bosques. Pero ¡es tan completa, tan miserablemente completa su educación!

Al aparecer en la pista con su amo en el cuello, escoltado por dos terribles canes y por un potro gentil y precedido por dos cebras ariscas, nos conmueve. «El de las dos colas» muévese con pausada magestad, mira con soberbia indiferencia, exhíbese orgulloso de su mole ingente, de su fiera pujanza... «¡Oh! ¡Qué bien!» pensamos. «¡Qué noble, qué fuerte, qué grande!» Da unas vueltas; sostiene a las cebras, al potro, a los canes; alarga la trompa para asustar a las damas y a los chicos; sigue al potro, imitando sus evoluciones... «¡Qué bien, qué bien!»

Todo aquello es digno de un elefante. Sostener a unas cuantas bestias, inconmovible como una montaña; competir con un caballo en agilidad; bromear con unas señoritas bonachonamente, como un buen ogro que se burlase de un pequeñín... Está en su papel de animalazo que se respeta. Pero luego... Luego, «el de las dos colas» se encanalla, se prostituye, se olvida de la vergüenza. Levanta el látigo Corradini, y comienza a saltar en dos patas, entre las risas de la multitud;

Biblioteca Nacional de España

grítale una orden, y se revuelca sin pizca de pundonor; mueve su ridículo puntero el amo, y baila al compás de la música, horriblemente, «sicalípticamente», como un flamenquillo rijoso, como un vil payaso... Y por último, como si estuviese repleto de mostagán, como si acabase de salir de un tabernucho, clava la testa en el suelo y pernea con las nalgas monstruosas al aire.

¿No es esto indigno, hermanos? ¿No merece un artículo sentimental esa majestad caída?... ¡Un elefante bailando en un circo, entre los estornudos de una murga, mientras se ríe la multitud! ¡Un elefante andando a pie cojito y haciendo cabriolas para divertir a unos centenares de burgueses!... ¡No, caramba! Eso es faltar a la ley de Dios. Un elefante no es un puerco mono para lucir impúdicamente las nalgas; un elefante no debe bailar más que a la luz de la Luna, en un claro de la selva, tronchando arbustos y desgajando ramas y derribando árboles, entre el bárbaro estruendo de las patadas y los bramidos. Ridiculizarlo, encanallarlo, prostituirlo, es un crimen.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

VI

LA CIEGA

El honrado hidalgo que me hospeda, es en el fondo un sentimental, capaz de conmoverse ante el cadáver de una mosca; pero un sentimental tan bárbaramente desapacible, áspero, fiero de gesto y duro de palabra, que en tres días he pensado mil veces en pagarle su hospitalidad a puntapiés.—¡El señor me perdone!—Para dominar la tentación, me encierro en mi alcoba, diciéndole que voy a escribir, y mientras observo reposadamente lo que pasa en este cacho miserrimo de mundo, dialogo con un traidor vinillo, rojo como la sangre.

Abajo trajinan las mozas, sacando al fresco los macetones de pomposas colocasias. Las carretas, llenas de uvas, entran solemnes en los corrales, goteando y rechinando, y las avispas, infladas, ebrias, vuelan zumbadoras sobre los granos rubios, mientras danzan los pisadores en el lagar. Un olor bravío se extiende por los aires. El día muere en un crepúsculo de oro, y las calles se animan con la vuelta de los labrie-

Biblioteca Nacional de España

gos, con el paso de los rebaños, con la sinfonía campestre de los balidos, los campanilleos, los mugidos y las coplas.

Y entonces se reunen ellas. Todas: las viejecitas, que dirigirán la expedición, las madres jóvenes, las pequeñuelas ardientes que emprenden su primer viaje... El tejado de la iglesia es el punto de cita, y a él acuden las familias del pueblo y las que se avecindaron en las posadas carreteriles y en los cortijos lejanos, y parlotean refiriendo sus aventuras. Una ha vivido encima del pesebre de un terrible asno filarmónico, y viene sorda; su compañera de casa sufrió las acechanzas de un gato asesino; otra estuvo a punto de morir entre los dientes de un podenco... Y de pronto, unos machos ordenancistas dan la señal: «Fluiii... Fluii... Basta de charla. ¡Animo! ¡Adelante, sin miedo!» Y allá van gritando, empujadas por el viento, separándose para volverse a unir, volando con rectitud de flechas, o dejándose mecer, con las abiertas alas inmóviles, como pequeñas fragatas que recogen en sus velas el soplo de la brisa.

«Fluii... Fluii...» Las golondrinas, las esclavas del Sol, heraldos gentiles de la primavera, emigran. Ya las rosas palidecen y menguan las horas de luz, y nace vieja el alba, y triunfa el otoño con sus tintas de cobre. Ya se anuncia el invierno con sus mañanas plúmbeas, sus noches ciegas, sus lloviznas melancólicas...«¡Fluii!... ¡Fluii!...» Las golondrinas se marchan. ¡Ay de las in-

Biblioteca Nacional de España

felices a quienes el amor sujeta en los nidos! Otro mes de espera, y será tarde. El frío, matando los insectos, las condenará al hambre; las nubes, a la obscuridad; la lluvia, a la inquietud. «¡Fluii!... ¡Fluii!...» Las golondrinas, las esclavas del Sol, huyen de la negra muerte.

Las viajeras se alejan. Son una mancha endrina en el azul del cielo; son, después, una cinta parda, son, por último, un puntito que se achica y se esfuma y se borra. Y he aquí que una rezagada entra piando por mi balcón, describe un círculo, voltijea locamente, choca en la pared y cae trémula. ¿Qué tiene? ¿Hambre, cansancio, dolor?... Está ciega. El humor de sus ojos, que era luz, humedece su cabecita castaña, su pico alesnado, su cuello azuleante... ¿De dónde viene? ¿Quién fué el miserable que imaginó el suplicio?... Cegar a una golondrina es el más vil, el más cobarde, el más bestial de los crímenes. ¡Dios mío, una golondrina es un débil pajarillo que no puede mendigar, ni ganarse la vida tocando el aristón; que no puede guiarse con un buen báculo ferrado; que no puede comprar un perro lazarillo! Y sola, ¿cómo buscará su alimento, cómo burlará a sus enemigos, cómo encontrará su tibio palacete?...

¡Ah, pobrecita! Tu historia ha concluido. Tú no volverás a cruzar los mares en alegre caravana, oyendo la canción de las olas; tú no volverás a ver tu nido, colgado en una torre del Cairo o en un alero de Fez; tú

Biblioteca Nacional de España

no volverás a hendir el aire luminoso de Africa, rozando en las palmeras y en los nopales con tus alitas nerviosas, y mojando tu cola en las aguas inmóviles de los pantanos; tú no volverás, hermana golondrina, saneadora del campo, linda criaturita del Señor, a modular valerosa los agudos de tu flautín, persiguiendo encarnizada a los insectillos enemigos del hombre.

Tu existencia humilde toca a su fin. Perdida en la inmensidad del espacio, volarás noche y día, sin rumbo, mientras las fuerzas y el valor no te abandonen; y después del esfuerzo postrero, cuando tu corazón desmaye y se rindan tus alas, caerás lentamente, como un ingrávido puñadillo de plumas, y en un jardín, en un tejado, en un monte, entre los colmillos de un can, o entre las manos de un niño, la muerte rematará cruel tu tragedia ignorada.

Biblioteca Nacional de España

V

ELOGIOS

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

I

MISTER REGINALDO

¿Quién es Mister Reginaldo? Mister Reginaldo Marmaduque, no es, queridos lectores, uno de esos tribunos que dicen cosas transcendentales con los pies en el respaldo del escaño, junto al colodrillo de alguno de sus colegas; no es tampoco un mago del bisturí; ni un sabihondo profesor, ni un valiente marino, ni un denodado atleta, ni un ágil payaso, ni un clérigo elocuente... Mister Reginaldo es sólo un hombre original, que ha definido un arte nuevo: el arte de ponerse la corbata.

Reflexionad un poco, amigos, y estimaréis al caballero Marmaduque. Ciertos espíritus malignos afirmarán que elevar una futesa a la categoría de arte es una chifladura o una broma de pésimo gusto. Pero ponerse con gracia una corbata ¿es una futesa? Y, aunque lo fuera, descubrir un arte, reglamentarlo, explicarlo y definirlo ¿es una tontería sin importancia?

No, compadres, no. Resistamos a la envidia, no nos

Biblioteca Nacional de España

dejemos arrastrar por la malevolencia y concedamos a mister Marmaduque nuestra admiración. Hay muchos modos de colocarse la corbata. Los campesinos de la provincia de Córdoba, que sólo la usan cuando están de luto, suelen amarrársela bajo la nuez como un cabestro; pero muy sólidamente. Y a veces, en medio de la faena incorpóranse, arrojan la hoz, y con gallardía se limpian la nariz, utilizando la seda joyante. Así, pues, la corbata, para estos labriegos andaluces, es una prenda de relativa necesidad, cómoda y en cierto modo alegórica y representativa. Pero, si no en los cortijos cordobeses, donde no preocupan estos filiíes de la elegancia, en los pueblos y hasta en las aldeas, y mucho más en las grandes ciudades, las lecciones de mister Marmaduque tendrían un éxito portentoso.

¡La corbata! Un nudo gentil ¿no ha conmovido en cien ocasiones a un corazón pétreo? Y un amorío ¿no contituye—por lo menos en apariencias—la felicidad?... De todos los arrequives con que se embellece un varón, la corbata es el más personal. Una corbata es, a veces, una autobiografía; una corbata nos describe un carácter y nos pinta a un hombre. Hay corbatas prudentes, revolucionarias, modestas, orgullosas, agresivas, sórdidas, vanidosuelas, candorosas, cínicas. Hay corbatas que denuncian a un despilfarrador, que recomiendan a un mozo ahorrativo, que venden a un verrugo hipócrita. Hay corbatas que nos inspiran ideas de orden, que nos excitan a la revuelta,

Biblioteca Nacional de España

que nos obligan a reir, o que nos hacen envidiar... Hay corbatas monumentales y corbatas insignificantes, y corbatas dramáticas y corbatas cómicas.

Y de los lazos, de la presentación de la corbata, de la habilidad o de la torpeza con que la manejan sus amos, ¿qué decir? Algunos senadores exhiben un ahorcaperros sobre la nítida pechera; algunos Tenorios de profesión lucen nudos poemáticos; algunos banqueros, por obra y gracia de su mal gusto, convierten una tira de raso en una especie de cordel. Y si hay corbatas de perfecta regularidad, que se extienden como mariposas entre los picos de la tirilla, y corbatas que flamean con garbo, sin que la base del nudo huya del botoncillo de nácar o de oro, las hay también que se deshacen, que oscilan, que tiemblan, que se tuercen, que reptan hacia la barba o que caminan hacia el pestorejo. Entre las corbatas de trampilla, rígidas como el hierro, y las vaporosas hay veinticinco o treinta abismos. Y no queremos hablar de ciertas corbatas famosas en Madrid por el humorismo de sus lazos.

Estos lazos, en las corbatas para frac, según mister Marmaduque, han de hacerse en las tinieblas, para que no sean simétricos. La simetría es cursi. Un hombre distinguido debe procurar que en el lazo de su corbata, los extremos sean desiguales. Por tanto, los hombres distinguidos de Madrid han de imitar al gran poeta Carrere, que el invierno pasado adivinó las teorías

Biblioteca Nacional de España

estéticas de mister Marmaduque, y que es un prodigio en el toque de la irregularidad.

Y ahora, iluminadnos, espíritus de Brummel y Petronio. Cerremos el balcón y empuñemos temblorosos nuestra chalina.

Biblioteca Nacional de España

II

UN BUEN JUEZ

Dos excelentes amigos han querido sacarle el jugo a nuestra brava profesión, para satisfacer una pequeña venganza y realizar, de paso, una obra de justicia. Estos amigos tienen un dignísimo pariente; este pariente tiene un retoño en la corte, y a este retoño, debilitado por el yantar patronil, le gusta de una manera extraordinaria la carne de conejo.

Pues bien; al «Isidro» se le ocurrió traerle uno de sus más hermosos ejemplares, y escogió un macho lucero, de un lindo color de rata, con grandes bigotes, movible nariz y amplio pechazo, gordo, lucio, tierno y rozagante. En el camino nada aconteció; algunos curiosos sopesaron la magnífica pieza; algunas señoritas enterneciéronse viendo el pavor del infeliz animalejo y algunos graves señores felicitaron al excursionista por su previsión y su cariño paternal.

Pero en Madrid cambiáronse las tornas, y en vez de felicitaciones, el viajero estuvo a punto de recibir y soportar insolencias. Fué en el fielato. El amante

Biblioteca Nacional de España

padre se aproximó dispuesto a pagar lo que le exigiesen, y sacó por las orejas a su prisionero, para producir un efecto cómico. Y no fué cómico precisamente, sino dramático. Los hidalgos del pincho miráronle con cierta estupefacción, y se consultaron después con una ojeada de mal agüero.

—«Eso» no entra.

—¿Eh?

—Que no entra.

—Pero...

—No entra.

—¿Cómo no ha de entrar, señores míos? ¡Por qué! Pago lo que sea...

—Aunque diese usted un millón. Estamos en tiempo de veda.

El forastero protestó, diciendo que el animal había nacido y se había criado en los corrales de su casa; los del pincho hicieron oídos de mercader, trabáronse de palabras, y ya iban a sustituir los puños a las razones cuando, merced a la intervención de unas personas discretas, acordaron todos someterse a la señora Justicia.

Y aquí viene lo gordo. El «Isidro» sufrió una denuncia; a los tres días presentóse en el Juzgado del distrito del Hospital, y el juez, inexorable, le condenó al pago de 45 pesetas, por haber infringido la Ley de Caza.

Esto es lo que deseaban condenar sus amigos, va-

Biblioteca Nacional de España

liéndose de nuestra pluma. ¿Es justo que un buen hombre, que ni siquiera soñó en faltar, pague nueve duros por un conejo? ¿No es desproporcionada y bárbara la multa? ¿No es, además, inicua, puesto que el viajero exhibió una guía en la que constaba la domesticidad del animalito decomisado?...

Reflexionad, señores; reflexionad unos minutos y os convenceréis de que el juez cumplió con su obligación. La veda, ¿por qué ha de regir solo en los campos? ¿Por qué han de caer al filo de la cuchilla los conejos caseros, mientras, gracias a una ley humana, sus hermanos los conejos campesinos, disfrutan de una dulce tregua y gozan y embarnecen y se reproducen? Tan digno es de nuestra consideración el conejo de corral como el conejo de dehesa, y tanto derecho tiene a vivir unas temporadas sin que le ronde el peligro. Que en las madrigueras de los corrales no censure una raza perseguida nuestra crueldad y nuestra falta de nobleza; que no constituya cada viaje una efemérides luctuosa para los conejos ciudadanos.

Y cantemos una letanía de elogios en honor de ese buen juez que los defiende.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

III

EL BARRO

Los buenos madrileños, temerosos de que la lluvia, con su desesperante pertinacia, los convierta en sapos, se indignarán ante este elogio. Tal vez algunos crean que *Parmeno* es un vanidosillo ansioso de singularizarse o un berraco que suspira por su bañil... Nada más contrario a la verdad; *Parmeno*, criatura bastante limpia, no es excesivamente vanidoso ni asombra por su petulancia; mas no se resigna, por miedo a la malignidad de los dicaces, a prescindir del fruto de sus observaciones.

El barro, señores míos, limpia de telarañas el cerebro, fortalece la voluntad, castiga las osadías y las distracciones, humilla a los soberbios, iguala y nivela... A los soñadores los vuelve a la realidad con sus villanas salpicaduras; les da fijeza a los volubles; les regala argumentos a los filósofos; pone en las manos de los infelices el arma tremenda de la cólera y les calza las espuelas del odio, y templa el espíritu de los

Biblioteca Nacional de España

afortunados con leves gotas de hiel, para que la dulcedumbre de su vida no les empalague.

Es también honesto y piadoso, enemigo jurado de seductores y coquetas, castigo de holgazanes, escudo de pobres, colaborador de pedigüeños y distracción de chiquillos. ¿Cuántas domésticas a las que el sol encalabrinaba en la vecindad de unos mostachos no debieron a las nubes y al lodo la conservación de su madura doncellez?... ¿Cuántos conquistadores no fueron vencidos por un día de lluvia?... ¿A cuantos holgazanes no corrigió la inclemencia del cielo?... ¿A cuántos pobrecillos, martirizados por un cese, no les permitió el barro circular con decoro, tapiándoles los agujeros de las botas y repellándoles los desconchones del pantalón?... ¿Y cuántos mendigos no encerraron una gran cosecha gracias a la suciedad húmeda y conmovedora del cieno?

Además, hermanos míos, esa masa de tierra, de verduras, de papeles, de estiércol perruno y caballar, heñida por ruedas, pezuñas, cascos y pies, y ablandada y afinada por la lluvia, nos hace despreciar las pompas del mundo. Cierto melancólico humor gruje las asperezas de nuestro espíritu y entibia el exagerado ardor de nuestra alegría; cierto reflexivo desdén nos impide conceder demasiada importancia a dulces lances de amor y a jocundas rachas de fortuna; cierta preocupación temerosa nos hace dudar de lo porvenir... El Sol es brutal, irreflexivo y orgulloso. El barro

Biblioteca Nacional de España

es mansejón y humilde, y nos hace meditar y nos habla de la tristeza.

Un individuo de la poderosa «Comunidad de amorosos regantes»; uno de esos tremendos individuos, favorecidos por la divinidad con todas las gracias varoniles—¡¡tiembla, marido!!—, no es muy destructor cuando las nubes entoldan el cielo y el barro tapiza la tierra. Porque su pulcritud no ha de permitirle andar con elegante descuido, encrestado, meciéndose con la gallardía de una bayadera, y si camina un *terrible Pérez* como los demás mortales, pierde sus más abrumadoras fuerzas de seducción. Un hombre-cigarra, uno de esos hombres imprevisores a quienes los acontecimientos más minúsculos sorprenden, se prevendrá al sentir la caricia del barro. Porque si un brinco, que produce una caída, es, en terreno seco, un cómico episodio, si las costillas se graban en un lamedal, el incidente puede ser trágico. Si un gabán emporcado provoca las burlas de una amante, ¿no morirá, hundido en cieno, un amor? Y si nos obliga a faltar a la oficina, y un tigre burocrático nos acecha, deseoso de castigar nuestras informalidades, ¿no desaparecerán nuestros garbanzos?

¡Oh, sí, amigos! Agregad a esto que el barro, empavoreciendo a los ninfos, disgustando a los presumidetes y tontones y haciéndoles olvidar la educación a ciertos melifluos galanes, nos demuestra que somos poquísimos los bravos que sabemos resistir los ata-

Biblioteca Nacional de España

ques de la adversidad. Añadid que ayuda a conocer los caracteres, y que descubrimos un majadero en el que se mancha hasta los calcañares, sacrificando la total limpieza de su calzado al brillo de la punta, y un mozo de chapa, equilibrado y práctico en el que procede a la inversa, y un gorrino asqueroso en el que pisa recio y con todo el pie, aunque las cazcarrias le lleguen al cogote; añadid esta soberana cualidad, y bendeciréis al barro.

Que también—y no es esta mala propina, cristianos quejumbrosos—, nos hace contemplar las inmundicias de la tierra. ¡Barro seremos, porque somos barro!

Biblioteca Nacional de España

IV

LA JUSTICIA

Un probo industrial republicano, consecuente como republicano y como industrial, denuncia en *El País* un atropello de que ha sido víctima. Nosotros, después de estudiar el caso a conciencia, después de meditar hondamente, nos atrevemos a decir que el señor de la denuncia no tiene razón, y aseguramos que ni hubo ni pudo haber atropello.

Ved lo ocurrido. Un guardia de Seguridad, el 262, vió un carrillo estacionado en la vía pública. Los carros—debió de pensar el guardia—no caminan solos; los carros no salen a tomar el fresco o a curiosear examinando los escaparates. Todo carro denuncia la existencia de un carrero, y este carrero ha de responder de los perjuicios que su artilugio ocasione. ¿Puede ser origen de un perjuicio la inmovilidad de un carro junto a una acera? ¡Sí, vive Dios! Un ciego se expone a topar contra él; y a ser detenido en su carrera uno de esos hombres activos que siempre van de prisa; y a chocar y a enredarse con sus varales uno de esos co-

Biblioteca Nacional de España

ches resplandecientes, joyeros de Fléridas maduras y de doncellitas tiernas.

El carrito podía interrumpir la circulación, y la autoridad, previsora, buscó a su dueño. Pero el dueño no parecía. No disputaba en el arroyo, ni trasegaba mostagán en la taberna vecina, ni roncaba filosóficamente en un portal, aguardando a que le llamasen. Entonces el 262 entró en el establecimiento del industrial republicano y preguntóle tal vez con escasa amabilidad, que si el carrito era suyo.

—No lo es.

—Pero está frente a su casa.

—Sí, porque ha descargado mercancías en la tienda.

—¡Hola!

—Puede usted tomar el número y entenderse con el dueño.

—¡A mí no se me *ozjeta!*

Agrióse la conversación. El tendero, *ozjetó;* el guardia, desdeñoso y altivo, burlóse de sus protestas, presentó una denuncia y el industrial fué condenado en juicio de faltas por los delitos de desobediencia y desacato...

¿Dónde está aquí el atropello? ¿Acaso el juez iba a fallar en contra del guardia, que representa a la justicia, que es un átomo de la justicia?... Reconocer que un guardia puede equivocarse es gravísimo; si se equivoca un guardia, se equivoca también un juez, un fis-

Biblioteca Nacional de España

cal, un magistrado. Y, por el bien de todos, hemos convenido en que tales personajes jamás se divorcian de la verdad. La justicia es infalible: sus yerros se truecan en aciertos; sus errores se convierten en verdades bajo el manto de su infalibilidad.

Además, bueno es repetir la humorística y honda sentencia de que «la justicia es la consagración de todas las injusticias». Para que fuesen respetados los primeros despojos, para asegurar el fruto de las primeras violencias, nació la ley. Y nació en el cerebro de los fuertes, y la impuso el egoísmo, y la defendió la necesidad. Y decid: luego de haber justificado tantas enormidades al través de los siglos, ¿la vamos a herir en las entrañas por una pequeñez? ¿Vamos a combatirla en la persona de su minúsculo representante el 262?

No, hijos. No se debe detener a la justicia en su marcha porque le cueste un puñado de pesetas a un tendero. Que siga defendiéndonos, aunque nos aplaste a veces; que sus administradores continúen abusando del poder... Como dice en *La Mascota* el gran Lorenzo XIV, si de él no abusáramos ¿para qué nos serviría?

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

V

EL SOMBRERO DE PAJA

Vamos a hacer un elogio del sombrero de paja, porque merece todos los elogios. El sombrero de paja, recogido, chiquitín, casi ingrávido, alegre, de color de primavera, de color de sol claro, nos rejuvenece, nos embellece, nos hace menos graves y menos respetables y menos tétricos. ¿Quién no se ha sentido más fresco, más ligero, al tocarse con el liviano sombrerillo?

La «bimba» formidable, el hongo recio, pesado y tristón nos aplastan bajo su severidad, nos sugieren ideas tristes. Son los sombreros del frío, de la nieve, de los días inacabables de lluvia, de las noches ciegas de Navidad; son los sombreros de la invernada melancólica; los amigos de la capa y el gabán; los defensores de la camilla, de la estufa, del café tibio, del teatro caliente. El agua tamborilea en sus copas engomadas y rígidas sin ofenderlos, sin estropearlos; el remusguillo traidor de Diciembre y los rudos vendabales de Marzo no logran hacerlos rodar...

Biblioteca Nacional de España

En cambio, el sombrerillo de paja... Es el de las cintas pintorescas de gayos colorines; es el del Sol, el del polvo, el de las flores, el de los paseos luminosos, el de los verdes jardines; es el sombrero de las jiras campestres, el que las novias truecan en abanico, el que se luce en las playas, el que recoge agradecido un matador; es el compañero de los chalecos vistosos, de las cazadoras de alpaca reluciente, de los zapatos pajizos y de las rojas corbatas taurinas; es el protector de las excursiones al aire libre, de las carreteras con avispas y cigarras, de los cafetines con mujeres y con música... El agua le ofende y le asesina; un soplo de viento, un levísimo soplo, le hace abandonar una calva o una melena y le arrastra como a un vilano.

Comentemos su última aventura, lamentabilísima y cruel. Como es ligero, como es vanidoso, como es fanfarrón, como suele impacientarse y como le engañan las templadas caricias de Abril y los besos ardientes de Mayo, con una suicida confianza, sin reflexionar, en cuanto que brilla el Sol diez días, y en cuanto se abren los claveles, y en cuanto que llegan las más valerosas golondrinas, invade los escaparates y se lanza al mundo.

¿Y qué ocurre después? ¿Cómo castiga el cielo su impaciencia? ¿Cómo paga el infeliz sombrerillo sus prematuros paseos triunfales?... Ya se ha tostado un poco; ya unos cientos de invisibles partículas de polvo se han hospedado en su trama; ya unas moscas

Biblioteca Nacional de España

tempraneras han maculado su reluciente superficie. El estío se anuncia con cálidas bocanadas de horno; la turquesa del cielo palidece; una luz roja se quiebra en los cristales. Y de súbito, un nubarrón seguido por mil nubarrones se desgaja sobre la tierra, y las moscas se entorpecen y sucumben, y caen deshojadas las flores, y pierde su tono de sangre la luz, y conviértese en pálido rescoldo la hoguera llameante del Sol.

¿Qué es, entonces, del sombrerillo ligero, confiado, irreflexivo y vanidoso? Como una golondrina a la que sorprende el mal tiempo; como un capullo al que combate un ciclón; como una mariposa en el vórtice de una tempestad, se entrega inerme, aterrado, sin pensar en una defensa inútil. Unas horas de lluvia, el azote de un chaparrón, y arrugado, deformado, ateriido, ridículo y feo, sucumbirá entre carcajadas y entre burlas.

Así han sucumbido ayer y anteayer unos miles de sombreros de paja. Por ligereza, por impaciencia, por vanidad, por confianza, por fanfarronería. No todos los capullos que se entreabren han de llegar a rosas. No siempre ha de ser el triunfo de los adelantados, temerarios y audaces. ¡Oh, jóvenes percebes, atrevidillos y locuelos! ¡Aprovechad la lección!

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

VI

GRANDEZAS HUNDIDAS

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

I

LA EMPERATRIZ ANDALUZA

AYER llegó a la corte modestamente, humildemente, sin el brillo ni el fausto de esos viajeros a los que recibe la pompa oficial, una dama ancianita, arrugadita, tan tierna y tan débil como las criaturas que principian a vivir. Los periódicos de ayer hablaron de muchas cosas, de muchos sucesos grandes y chiquitines, de muchos personajes y personajillos; hasta refirieron una aventura insignificante de un mozalbete, que maldito lo que nos interesaría si no fuese hijo del soberbio y teatral ciudadano Mr. Teodoro Roosevelt. Y los periódicos no hablaron de la ancianita, que engalana la albura de sus cabellos con la más respetable de las coronas: con la corona de espinas del dolor. Porque esa ancianita que ya apenas vive, que ya apenas puede soportar la carga plomiza de los años y de los infortunios, se llama Eugenia del Montijo y Kirkpatrik; desciende de los Portocarreros, los Guzmanes, los Hernández de Córdoba y los La Cerda; es tres veces grande de España, y fué Emperatriz de los franceses en los bellos días de su juventud triunfal.

BIBLIOTECA POPULAR "JOSÉ DE ACOSTA"

Biblioteca Nacional de España

Mas esos días están ya muy lejanos; su misma desdicha, que adquirirá con el tiempo la frialdad de los sucesos históricos, no excita hoy nuestro interés. Y no obstante, yo quiero hablar de la Emperatriz andaluza, yo quiero recordaros la estupenda fábula de su vida, el milagro de su triunfo y la tragedia de su hundimiento, para que volváis a sentir el amargor de la lección casi olvidada.

Eugenia del Montijo es granadina. Nació, como una flor, en Mayo, en plena primavera, hace ya más de ochenta primaveras. Tenía los cabellos negros, la color clara, los ojos de lumbre, el talle gentil. Era graciosa, inteligente, atrevida, modesta, dulce, llana. Su juventud fué una perpetua victoria.

Poco después de su proclamación, el guerrillero ardoroso de Italia, el descendiente de Bonaparte, el sedicioso, dos veces prisionero y condenado y deportado, el hombre del plebiscito, la conoció. Entonces, la condesa de Teba era una mujer de llamas y de nieve; una mujer excepcional, que cautivaba y enloquecía. Se dice que Napoleón la vió a caballo, rigiendo a un potro andaluz, de fiera sangre y gran estampa. La condesita, que vestía una falda de seda joyante, aprisionada entre la red españolísima de madroños, y un corpiño bordado y una sutil camisola flamenca, y que se tocaba con un sombrerillo de queso, afelpado y brillante, hirió la imaginación del Monarca francés. Luego, hubo un garzoneo en toda regla, una discreta persecución,

Biblioteca Nacional de España

un delicado «sitio» amoroso, como se decía entonces. Napoleón esperó quizás que el brillo de su nombre rindiese a la honesta española, y le descubrió sus sentimientos. Estaba cautivado, seducido, sin alientos y sin voluntad... Según parece, la amazona, que le escuchó con la natural cortesía, supo replicarle firme y discretamente: «Para esposa de Vuestra Majestad, soy poco; para amante, soy mucho.»

Y no era poco, porque esta réplica acabó de inflamar al Monarca, y convertido en pasión el capricho, en amor ciego la admiración devota, borráronse las distancias y allanáronse los obstáculos. Dos años después de haberse presentado en un baile del Elíseo la gentil condesita, convocó Napoleón en las Tullerías a las Corporaciones del Estado y anunció oficialmente su casamiento. No se trataba de un casamiento fantástico, de un casamiento entre un Rey y una pastora, como los que se ven en los cuentos de Perrault; pero el enlace, por su desigualdad, no le convenía a Francia. La condesa de Teba no era más que una aristócrata de mediana fortuna, y el Emperador debía aspirar a robustecer su Trono, partiéndolo con alguna poderosa Princesa.

Sin embargo, la razón de Estado fué vencida por el amor, que jamás razona, y ante la voluntad del Emperador, enérgicamente expresada, se rindieron todas las voluntades. He aquí cómo explicó los motivos de su enlace, recordando hábilmente la felicidad del héroe de Austerlitz con la humilde Josefina y su infe-

Biblioteca Nacional de España

licidad con María Luisa, el soberbio retoño de la Casa de Austria:

«La que ha venido a ser objeto de mi preferencia es de elevado nacimiento. Francesa de corazón, por la educación y por el recuerdo de la sangre vertida por su padre en defensa de la causa del Imperio, ofrece, como española, la ventaja de no tener en Francia familia a la que sea preciso dar honores y dignidades. Dotada de todas las cualidades del alma, será el ornamento del Trono en los días de paz, y en los días de peligro vendrá a ser uno de sus más animosos mantenedores. Católica y piadosa, dirigirá al cielo las mismas plegarias que yo por la felicidad de Francia; graciosa y buena, espero que hará revivir las virtudes de la Emperatriz Josefina».

Todavía Napoleón, elevado al poder por los votos de más de siete millones de franceses, era el hombre de la esperanza, y nadie le quiso contrariar. Se elogió su discurso romántico, se encomió la nobleza de su resolución, los poetas y los gaceteros derrocharon la retórica y no hubo señorita que no pensara en un príncipe de ensueño.

El casamiento se celebró en Nuestra Señora, con formidable pomposidad. Una inmensa muchedumbre, contenida por ringlas de soldados, apretujábase en la gran plaza, desde la noche anterior, para ver a la hermosa española y para disfrutar de la magnificencia del cortejo, y ante ella, cortando el tempestuoso mar hu-

Biblioteca Nacional de España

mano, entre el fragor de las palmadas y los vítores, pasó, ruborosa, la Emperatriz. Entonces lo tenía todo: amor, poder, popularidad. La aclamaba el pueblo; la admiraba, respetuoso, el patriciado; la escudaba la milicia. Miles y miles de hombres, gendarmes veteranos, coraceros gigantescos, granaderos enormes, infantes ligerísimos, empuñaban aquel día las armas en su honor. Cientos y cientos de cañones y un bosque de bayonetas, de lanzas, de fusiles y de sables—el que lanzó contra Europa el león corso—parecían ampararla.

Los tiempos difíciles, los días de peligro, de que habló en su discurso, como si los presintiera, el Emperador, tardaron aún. La condesa de Teba, convertida en Emperatriz, y tan llana, tan afectuosa y tan amable como cuando saludaba a *Cúchares* y a los gitanillos del Albaicín, pasaba los inviernos entre Saint-Cloud y las Tullerías, veraneaba en Biarritz y hacía de vez en cuando una excursión por tierras españolas.

Al intervenir Napoleón en Italia para librar á la nación latina del yugo austriaco, la Emperatriz fué nombrada Regente. El pueblo, ansioso de triunfos militares, enamorado del estruendo bélico desde la epopeya napoleónica, miró con entusiasmo la aventura. Y la aventura fué coronada por el triunfo, y Montebello, Magenta y Solferino sonaron en los oídos franceses como Arcole, Lodi, Bassano y Roveredo. La paz de Zurich remató la campaña, en la que todo pareció

Biblioteca Nacional de España

glorioso, armónico, brillante, digno del genio que fundó con su espada la dinastía.

Otra vez gobernó a Francia, como Regente, la Emperatriz, cuando hizo su esposo la excursión por Argelia; y a su regreso, en paz con todo el mundo, disfrutando de un poder enorme que enloquecía a los franceses e impedíales notar su interior descomposición; afirmando el Imperio por la victoria, sin enemigos a quienes combatir en el interior, dedicóse el matrimonio a proyectar, a fantasear, con un ansia de gloria que les conquistó muchas simpatías y muchas devociones y muchas indulgencias. París, reformado, derribado y vuelto a edificar, nuevo, flamante, limpio, coquetón, era la posada del mundo, el centro universal del placer. La Emperatriz era la reina de las hermosas; el Emperador, el hombre de quien dependía el equilibrio europeo. Aun Prusia era un reinecillo insignificante junto al Imperio; Bismarck, una incógnita, y Alemania, la Alemania unida y fuerte, una ilusión.

En aquellos años hizo la Emperatriz con su hijo el viaje a Córcega, para celebrar piadosamente el centenario de Napoleón I. En aquellos años, en el *Aguila* —un vapor que parecía el estuche de una joya—, fué a Egipto, a la inauguración del canal de Suez; se paseó por el mar Rojo entre cañonazos de saludo, serenatas a la española, aplausos y aclamaciones; visitó a Venecia y a Constantinopla, y en todas partes recibió pruebas de respeto y de amor.

Biblioteca Nacional de España

Y llegó el 70, el año terrible, el año del desastre... Bismarck ya no era una incógnita, y comenzaban a adquirir una sangrienta celebridad los tres pelos de su calva, gracias al vencimiento y a la humillación de los austriacos; Alemania ya no era una ilusión, sino una realidad amenazadora, y los avisados, por mucha que fuese su confianza y por muy grandes que fueran sus brios, no esperaban plantarse en Berlín a la carrera.

Napoleón encargóse del mando superior de los ejércitos, y otra vez—la tercera y la última—fué nombrada Regente la Emperatriz. Esta vez despidió con serenidad y valentía a su marido, pero sin confianza. Adivinó la gravedad de la situación; presintió el desastre, y comprendió que el desastre era la ruina del Imperio. París, exaltado por los antiguos triunfos, ciego, con una seguridad inaudita de vencer, entregóse al júbilo con increíble ligereza. Las noticias falsas de algunos combates afortunados enloquecieron a la ciudad. «¡A Berlín! ¡A Berlín!» «¡Viva el Emperador!» Y los vítores resonaban como si el vitoreado no fuera el Emperador chiquitín, sino el Emperador aquilino, árbitro de la victoria.

Sarrebruck... Un conato de batalla, un simple ataque. Los prusianos, los gordos, los flemáticos prusianos habían acometido, y los franceses, los ágiles, los ardorosos franceses, no habían sabido resistir. Una fuga de rebaño empavorecido, una desbandada como

Biblioteca Nacional de España

la de Waterloo, sin la bravura derrochada en Waterloo, sin infantes ingleses sólidos como rocas, sin un ejército que se presenta y otro que no acude. ¡Sarrebruck!... Fué sorpresa, estupefacción, amargura, rabia... ¿De modo que los prusianos vencían? Y aun gritaron algunos: «¡A Berlín! ¡A Berlín!», mientras que otros, los más, comenzaban en voz baja a maldecir a los traidores.

La española—porque ya para muchos era *la española* y no la Emperatriz—vió que disminuía el número de sus fieles, que se eclipsaban sus partidarios, que de bastantes rostros desaparecía la sonrisa. Después del de Sarrebruck pronunciáronse con idéntica tristeza otros nombres, y apagáronse los gritos de «¡A Berlín! ¡A Berlín!» y se acabaron los vivas al Emperador. ¡El Emperador! Un trasto, un ambicioso, un torpe. ¡Un cobarde y un traidor, tan traidor y tan cobarde como aquella oficialidad y aquellos jefes que no sabían vencer!

¡Gravelotte! Una espantosa derrota. Sabíase en París que el ejército, medio destrozado, estaba en Chalons; que las tropas, desmoralizadas, no se atrevían a castigar la indisciplina de los contingentes nuevos, que los soldados miraban con odio al Emperador.

Entonces «la española», que había sido abandonada por todos, encontró fuerzas en su propia debilidad, y comprendiendo que únicamente el heroísmo podía salvar la dinastía, le exigió a su esposo que fuese bra-

Biblioteca Nacional de España

vo. «No te retires, no pienses en la vida. ¡Avanza! Salva la Corona de tu hijo.» Y avanzó el pobre hombre, rogándole a Mac-Mahon que intentara reunirse con Bazaine—lo que era absurdo—, y a los pocos días encerrado en el pudridero de Sedán, con Mac-Mahon herido y con Wimpffen desesperado, enfermo, sin valor y sin esperanza, rindióse a su enemigo victorioso.

La noticia cayó en la capital como un rayo. Todo estaba perdido. Merced a los traidores, nuevamente los bárbaros de Prusia volverían a penetrar en París. Y los culpables eran Napoleón y los bonapartistas, aquellos guerreros que no sabían guerrear, aquellos caudillos que no sabían vencer, aquellos cobardes, aquellos traidores. ¡No saber guerrear! ¡No saber esclavizar a la victoria! ¿Podía perdonarse tamaño crimen? ¿No eligieron a Napoleón siete millones de franceses, porque su nombre sonaba a gloria, a fortuna, a triunfo? Y los que entregaron al coloso vencido en Waterloo, ¿iban a defender al pigmeo vapuleado en Sedán? ¡Abajo Napoleón! ¡Abajo los carniceros sin fuerzas y sin habilidad y sin cuchillas! ¡Abajo los imperios, las coronas y los tronos, para siempre!

La Emperatriz, irresoluta, con miedo y con dolor, sin tener quien le aconsejase ni quien la amparase, segura de que no sería respetada la majestad caída, salió una noche del palacio—la del 4 de Septiembre—acompañada por Mme. Lebreton, pensando únicamente en salvar su vida. Sabido es cómo la amparó

Biblioteca Nacional de España

el Dr. Evans, cómo fué de París a Deauville y cómo salió de Deauville en un barquichuelo sir John Burgogne, en medio de una tempestad horrible, horas después de naufragar en aquellos mares el más poderoso navío de la escuadra inglesa.

Así escapó, con miedo, disfrazada y en la obscuridad, la que entró en París triunfadora, a la luz del Sol, entre el jocundo estruendo de los cañonazos y los vítores. ¡Cómo recordaría el espectáculo grandioso de Nuestra Señora! Aquel pueblo respetuoso que se apretujaba por verla y por aclamarla; aquel patriciado que la seguía lleno de admiración; aquellos gendarmes y aquellos coraceros y aquellos granaderos que la saludaban con sus armas. Unos años—leves, fugaces, —y todo había cambiado. El pueblo la maldecía; los nobles la esquivaban; el ejército... el ejército, roto, destrozado, barrido por la metralla y partido por los sables, moría escupiendo su rencor y su desengaño.

De intrigas como las de Chirslehurst; de escándalos dolorosos como el de la venta de las joyas, y de tragedias como la que costó la vida al pobre Príncipe, que por adquirir un prestigio a lo Bonaparte murió combatiendo en Africa contra los zulúes, no hemos de hablar. Todo eso es muy conocido; todo eso ha sido ya olvidado. Olvidado, menos por esa ancianita que, modestamente, sin el brillo ni el fausto de esos viajeros a los que recibe la pompa oficial, llegó ayer a Madrid.

Biblioteca Nacional de España

Ella no habrá olvidado; ella recordará al marido que la elevó, a los cobardes que la abandonaron, al hijo que sucumbió en lejanas tierras. ¡Treinta años de melancolía, de tristeza, de soledad! ¡Treinta años viviendo sin vivir, cegados los manantiales de la ambición, del amor y de la esperanza! ¡Terrible existencia!

¿Qué buscará entre nosotros la Emperatriz? ¿Qué espectros resucitarán en su memoria?... Juventud, placer, triunfo, ¡qué lejos estáis de esta ancianita que ya se inclina hacia la tierra!

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

II

PEDRO DUPONT

Hace 109 años, tal día como hoy, se rindieron los franceses en Bailén. Unos cuantos regimientos españoles y suizos, y unos millares de patriotas, legos en el arte de la guerra, obraron el milagro. La fortuna, esclava de Napoleón y de sus huestes, les hizo la primera advertencia, y Europa incorporóse reanimada bajo los pies del colosal caudillo, y el monstruo de ambición estremecióse de ira.

¿El por qué de la derrota? ¿Las causas del vencimiento, inesperado e ilógico?... Todos los comentaristas de la batalla atribuyeron el fracaso de Dupont a la fatalidad. Una torpeza inconcebible le turbó, le cegó, le hizo dividir su ejército y empujóle hacia la sima donde se había de estrellar su suerte. Sus tropas no podían compararse con las nuestras. Sus tropas, aguerridas, familiarizadas con el peligro, disciplinadas, diestras en la maniobra, estaban acostumbradas a vencer. Y las nuestras... Ved cómo las tratan en sus Memorias los mariscales franceses; leed a Suchet y a Saint-Cyr,

Biblioteca Nacional de España

repasar las cartas que escribía Lannes desde Zaragoza al emperador... Y si no dáis crédito a los galos por su petulancia y su vanidad y su balandronería, leed a un amigo, a un hombre que si también pecó de vanidoso, y fué soberbio y duro, supo ver y juzgar fríamente.

Nos referimos a lord Wellington. Decía Wellington, después del combate de Talavera a lord Castlereagh: «No puedo intentar el esquivar el ímpetu del ataque poniendo delante tropas españolas, porque su disciplina se halla en un estado tristísimo. Considero a estas tropas incapaces de ejecutar la más sencilla maniobra. Si la emprendiesen, caerían en una confusión irremediable.» En otra carta, fechada en Mérida, que no copiamos por no hacer interminable este artículo, le decía que nuestros jinetes, bien equipados y bien montados, eran inútiles, y hablando de nuestra infantería, aseguraba que estaba muy lejos de poderse medir con la francesa, que carecía de uniformes, y que su instrucción limitábase a formar en tres filas, en orden muy compacto y a hacer el ejercicio puramente manual. En cambio, confesaba que nuestra artillería era inmejorable.

Pero con un arma únicamente, ¿cómo pudimos vencer? ¿Cómo se sostuvieron nuestros reclutas, sin desbandarse y sin cejar, frente a los soldados del Imperio? Por ventura, ¿nuestros generales inspiraban más confianza a las tropas que los franceses? ¿Era Casta-

Biblioteca Nacional de España

ños un caudillo glorioso, y Dupont un jefe obscuro de escaso mérito y de poco valor?... No: Castaños, el modesto, valiente y simpático Castaños, era una medianía, y Dupont era un héroe.

A los veintiocho años después de haberse distinguido en la jornada de Valmy y en cien escaramuzas, asciende al generalato. Atrevido, osadísimo, lleno de ambición, con fuego en las venas y luz en la inteligencia, desafía al riesgo, y se embravece con los obstáculos, y se excita con el peligro, y se burla de la adversidad, y se ríe de la muerte. Su astucia maravilla a los astutos, su intrepidez entusiasma a los valerosos, su frialdad, su constancia y su talento, sorprenden a los famosos capitanes. En las guerras de la República hizo prodigios de actividad, de resistencia y de vigor. Retiróse durante el período negro del Terrorismo; reapareció con el Directorio uniendo su fortuna a la de Bonaparte, y en la llanada roja de Marengo, ante los furiosos veteranos de Melas, refrescó sus laureles. Después, sus trabajos, sus hazañas y sus victorias fueron inverosímiles. Peleando en Italia, en La Volta, con 14.000 franceses acometió y derrotó a 45.000 austriacos, soldados viejos que ya entonces se batían con decoro, y, que, al poco tiempo, en Essling y en Wagram, habían de batirse como leones.

En las maniobras que determinaron el desastre de Ulma, su intervención fué decisiva. Para rematar el cerco, Dupont, que se había quedado a la izquierda

Biblioteca Nacional de España

del Danubio, debía presentarse frente a la plaza, por el camino de Albech, mientras Murat y Ney reuníanse en Gunzburgo. Pensaba no encontrar más que ligeros destacamentos del enemigo, y así, antes de que rematara su maniobra, sufrió una terrible sorpresa, El desdichado Mack, seguro de su infortunio, había cambiado el frente de su ejército, ocupando con 60.000 hombres la colina de Michelsberg. Dupont, a quien se había perturbado con órdenes contradictorias, apenas llegó al pueblecillo de Haslach, vió a los austriacos detenidos en la cuesta. Su división estaba incompleta; había caminado los últimos días a marchas dobles y en medio de un duro temporal, y perdió muchos infantes, que se rezagaron, y los cinco mil dragones de Baraguay-D'Hilliers, que, por haberse incorporado a las filas de Ney, quedáronse en Langenau, a tres leguas de Haslach.

Contaba, pues, con algunos cañones, tres regimientos de infantería y dos de caballería, que elevaban sus fuerzas a unos 6.000 combatientes, y con ellos desafió a su formidable adversario. Dupont hubiera podido retirarse; pero juzgó que la retirada pregonaría su debilidad, y que diez mil caballos arrojaríanse sobre su hueste, y prefirió avanzar con bizarría, para que, presumiendo los austriacos que peleaban con la vanguardia de Napoleón, se fueran con tiento permitiéndole apartarse poco a poco del peligro.

Y así lo ejecutó. A su izquierda, en el lugarejo de

Biblioteca Nacional de España

Haslach, que está en el centro de un bosquecillo, colocó el célebre regimiento 32, al mando del coronel Darricau, el primero de húsares y parte de su artillería; a la derecha, tocando en el bosque, puso el 96 de línea, el 9 de ligeros y el 17 de dragones. Un poco más hacia adelante, en la aldea de Jungorigen, emboscó algunos destacamentos. Aguardaba ya el ataque cuando de súbito asaltóle una idea que le intranquilizó. Si el enemigo le acometía en grandes masas, sólo con desplegar su línea y ensanchar la del tiroteo, barreríale a fusilazos. Era preciso tomar la ofensiva, para impedir una catástrofe; era preciso atacar en vez de ser atacado. Ordenó al 96 de línea y al 9 que cargasen, y estos dos soberbios regimientos avanzaron sin disparar un tiro, arrojáronse sobre los infantes de Mack, los arrollaron a bayonetazos y volvieron a su posición con cerca de dos mil prisioneros. Hubo unos minutos de tregua. Los franceses, en sus posiciones, descansaban, los austriacos reforzábanse. Y se cambiaron algunas balas, y rabiosos y avergonzados los de Mack, arremetieron contra los de Dupont. Pero el 9 y el 96 les salieron al encuentro, y otra vez enseñaron las espaldas los austriacos. Repitióse la operación con idéntico resultado y entonces en vista del mal éxito de los ataques de frente, los de Austria pretendieron flanquear a los invasores, y se encaminaron a Haslach. Mas en el pueblecillo estaban el 32 y los húsares. Los valientes de Italia, duchos en toda clase de tretas, se

Biblioteca Nacional de España

defienden en los cercados, en los setos de ramaje, en las casuchas de madera y adobes, y hacen una horrible carniceria. Y al retroceder los asaltantes, cargan los caballos ligeros y los acuchillan con saña brutal.

Sin embargo, los de Ulma no desesperan. En vez de amustiarse, excítanse encolerizados, y repiten con ciega tozudez la acometida. Ya no caen sobre Haslach únicamente: sus columnas corren por todos lados y se desbordan por el bosque y amenazan a Jugingen. La aldehuela es tomada y perdida cinco veces; un barro bermejo, formado por carnes maceradas, entrañas rotas, miembros aplastados y cuajarones de sangre, hace resbalar a los enemigos. El incendio les sofoca; las descargas no les dejan oir, y el humo les impide ver. Entre tanto, la caballería de Mack se lanza al combate, destroza al 17 de dragones, matando a su jefe Saint-Dizier, le persigue a estocadas, y el regimiento, destrozado, tiene que replegarse a la carrera. Pero los golpes del general francés habían ya producido su efecto; Dupont, amparado por la noche, se retiró hacia Albeck, con 4.000 prisioneros, y Mack vió cerrado para siempre aquel camino de Bohemia, donde estaban la salvación y el honor.

Días antes de Austerlitz, Dupont, con los regimientos de Haslack, salvó al mariscal Mortier en Dirnstein, peleando contra una masa de 30.000 rusos; y días después de Jena, precipitóse sobre Halle, defendida por el príncipe de Wurtemberg, tomó la ciudad a la

Biblioteca Nacional de España

carrera, y con sus soldados y algunos de la división de Bernadotte—unos 5.000 hombres—derrotó al ejército prusiano, cogiéndole 4.500 prisioneros.

En Friedland, la batalla más fértil en resultados que ganó Bonaparte, el comportamiento de Dupont fué asombroso.

Los rusos batíanse con un río a la espalda, el Alle, que formaba una especie de codo. En el fondo del codo, en el mismo ángulo, estaba la ciudad de Friedland, y en Friedland los cuatro puentes que aseguraban la retirada del ejército. Claro es que apoderándose de la ciudad, los rusos tendrían que rendirse o que arrojarse a las aguas. Napoleón encargó de esta empresa a Ney. Cogiéndole por el brazo, le hizo contemplar el pueblo, los puentes y los millares de rusos que guardaban su entrada, y le dijo: «Allí está su puesto; marche sin mirar alrededor; penetre en aquella masa por mucho que le cueste; apodérese de Friedland y de los puentes, y no se cuide de lo que pueda acontecer por la derecha, por la izquierda o por detrás. El ejército y yo estamos aquí para socorrerle.»

Ney arrancó al galope, tan entusiasmado y orgulloso, que Bonaparte, admirando su marcial continente, les dijo a Mortier y a sus edecanes: «Ese hombre es un león.» Dióse la señal; rompió el fuego la batería de Posthenen, y avanzó el valiente de los valientes con sus fuerzas. Las divisiones de Marchand y Bisson, precedidas de una nube de tiradores, le arrebataron a

Biblioteca Nacional de España

los rusos el pueblecillo de Sortlack. Para contener su avance, los jinetes del general Benningsen amenazaron con una carga a Marchand; pero los dragones de Latour-Maubourg y los coraceros holandeses los atropellaron, despidiéndolos contra su infantería. Continuó la marcha; la izquierda, al mando de Bisson, adelantóse para acorralar al enemigo en el corto espacio comprendido entre el Alle y otro riachuelo. Al llegar a este punto la artillería rusa, disparando frenéticamente, con velocidad maravillosa y gran acierto, contuvo a los franceses; Ney galopaba de un extremo a otro de la línea para que no decayera el coraje de sus soldados; pero éstos batidos por el frente y por el flanco, en una horrorosa convergencia de fuegos, derribados a centenares por la metralla, que abría boquetes enormes, comenzaron a cejar. Kollogribow al advertirlo, arranca al galope con sus coraceros; la infantería de Bisson se turba y retrocede, sin que pudiera contenerla su general, que gritaba, agitando los puños, con todo su corpachón gigantesco, estremecido por la cólera. Se inició la retirada y la situación llegó a ser apuradísima,

Afortunadamente, Dupont, que aguardaba a la izquierda del Cuerpo de Ney, advirtió el desorden, y sin esperar que le mandasen acometer, recordó a sus soldados las hazañas de Haslach, Dirstein y Halle, y los dirigió al encuentro de los rusos. Y mientras que volvían a la carga los dragones de Latour-Maubourg,

Biblioteca Nacional de España

arremetieron desdeñando la metralla, como si fueran invulnerables, y se apoyaron en el riachuelo, conteniendo al enemigo, y con su intrepidez estupenda devolvieron la confianza a los infantes de Ney. Los batallones de Bisson se reorganizaron, y toda la línea, robustecida, adelantó otra vez. Además, Víctor juntó su artillería entera a la de Ney, y Senarmont acribilló a los rusos bajo un huracán de balas. Inmóviles, inconmovibles, caían a centenares en aquel matadero, cuando su guardia imperial salió de una hondanada súbitamente, y rabiosa, se lanzó a la carrera contra los regimientos de Dupont. Estos la imitaron, mezclándose unos y otros, sedientos de sangre; lucharon a tiros y a bayonetazos, a puñaladas, golpeándose y mordiéndose, y la guardia huyó. Entonces los bravos de Halle, con la violencia de un ciclón, barrieron cuanto se les opuso; aventaron a los artilleros, a los infantes y a los jinetes; rodearon a Friedland y entraron en el pueblo por el camino de Kœnigsberg, mientras sus compañeros entraban por el de Eylau. Dupont y Ney encontráronse en medio de la población, entregada a las llamas, y se dieron el parabién por el triunfo.

Así fué el hombre que se rindió a Castaños; el hombre que vino a España por un bastón de mariscal, y salió de España preso y deshonrado. ¿A qué se debió su desdicha?—repetimos.—¿Cómo le derrotó un jefe mediocre?... Para responder cumplidamente a esas preguntas habría que escribir algunos artículos. Ver-

Biblioteca Nacional de España

dad es que nuestro ejército, por su falta de disciplina, no era temible; pero, en cambio, era testarudo, confiado, sobrio e incansable, y amaba a su patria como ninguno. Después de Marengo, de Austerlitz, de Jena o de Friedland, los franceses no encontraban enemigos, porque los ejércitos derrotados se deshacían. Aquí, después de la dispersión de las derrotas, los ejércitos volvían a reunirse, y la lucha continuaba con mayor encono.

En Europa los pueblos se sometían al vencedor; los prisioneros eran respetados; a los heridos se les recibía cariñosamente. Aquí predicábase una guerra sin cuartel, y se luchaba con ferocidad horrenda. Los rezagados, los lesionados, los enfermos, podían encomendarse a Dios. Nadie temía a las represalias, ni alfeñicábase pensando en la muerte.

Tal vez pensaron en todo esto al mediar el día 19 de Julio los soldados de Dupont. Ya habían visto a muchos camaradas abiertos en canal en las calles de las aldeas o pendientes de los olivos. Y cuando les suplicaba su general que volviesen al combate, el recuerdo de la dantesca visión quizás les inmovilizaría. ¡Vivir, Señor! ¡Es tan hermoso vivir!

Biblioteca Nacional de España

III

EL TRANSFIGURADOR

Un poco viejo, un poco gastado y con algunos centenares de miles de duros, se retira en Diciembre el famoso transfigurador Leopoldo Frégoli... Sus últimas andanzas no han entusiasmado a los públicos. Frégoli, con sus mismos sombreros blandos, sus mismas botas charoladas, y sus mismos bastoncillos flexibles, paseaba por las tardes sin que la burguesía le rindiera, siguiéndole, el tributo de su curiosidad, y por las noches representaba los mismos engendros y brincaba con el mismo alborozo y se disfrazaba con la misma rapidez, sin que los admiradores de antaño enloquecieran de satisfacción. Al terminar, unas risas, unas palmadas, y se retiraban los curiosos pacíficamente, con cierto dulce hastío, como si hubiesen contemplado a cualquier burdo farandulero...

¿Por qué? Las piezas no eran más absurdas que cuando las estrenó el genial danzarín; las decoraciones eran idénticas, por su mal gusto, a las que trajo

Biblioteca Nacional de España

en sus primeros viajes, y la buena fe con que se despeaba el comiquito, corriendo, y enronquecía, cantando, era igualmente digna de estimación. Pero el artista había cambiado y su voz tremaba, y notábase la fatiga en su gesto, las arrugas marcábanse al romper el colorete, y el cansancio se asomaba a sus ojos de licnobio.

¿Notó él que esta fatal transfiguración, obra de los años implacables, enfriaba las aclamaciones y mermaba los ingresos en su taquilla? Y ahora, ¿le aconseja la debilidad o le empuja el temor al fracaso?... ¡Será tan doloroso para un Frégoli volver a las tinieblas de donde le sacaron el ingenio, la osadía y la fortuna!... Ese hombrecito que se disfrazaba de hembra para salir del cuartel y divertirse en los bailes, ha ambicionado mucho y ha conseguido mucho. Con veinte profesiones formó una, y ha sido bailarín, tenor, barítono, bajo, tiple, «caricato», músico, juglar, malabarista, ventrílocuo, imitador. Todos le hemos admirado al agitarse como un poseso, impulsado por el diablillo de las inspiraciones cómico-líricas; todos hemos visto creer y esponjarse su cuerpo anguloso y pequeñín en los momentos difíciles, y todos hemos contribuído con unas carcajadas a engrandecer sus triunfos y con unas pesetas a redondear su caudal... Y, confesémoslo: Frégoli, sin la novedad de sus transformaciones, hubiera tenido que conformarse con la gloria de un actor travieso, porque su gracia no sorprendía, ni

Biblioteca Nacional de España

asombraba su talento dramático, ni se imponía por sus habilidades de ventrílocuo o por la ductilidad de su voz. Su falsete, agrio, nos molestaba; sus chistes de chiquillo petulante, nos hacían reir como nos hacen reir las cosquillas; pero la seductora inverosimilitud de sus farsas, la seguridad fanfarrona con que se exhibía y la agilidad ardillesca de sus brincos, vencieron la animosidad de los exigentes, y sin las espinas de un reparo ni los abrojos de una censura, por un camino cubierto de flores, llegó el innovador a la riqueza.

¿Sabéis, hermano poeta, y hermano ingeniero, y hermano militar, y hermano pintor cuántas liras le han producido a Frégoli sus cabriolas y sus gambetas, y sus carreritas, y sus trapos femeniles y sus canciones?... Yo no las he contado; pero sé que se instalará en una quinta, en el Piamonte, y que en esa quinta hay un magnífico teatro, unos salones soberbios, una amplia, ordenada y lujosa guardarropía, una bodega donde todos los caldos generosos del mundo están representados valientemente, una despensa pantagruélica y una biblioteca con algunos centenares de libros primorosos y alegres, que no perturbarán las digestiones de su dueño. Sé también que la casa levántase en medio de unas huertas feraces, partidas por la argentería de un arroyo; que rodea las huertas la joven y verde lozanía de unos majuelos, y que un bosque completa la propiedad y la vigila, trepando

Biblioteca Nacional de España

por unas montañas. Y sé, por último, que huertas, casa, viñas y bosque valen dos millones de liras.

Mas decidme, amigos: unos millones, ¿dan la felicidad? A nosotros, pobres diablos humildes y obscuros, tal vez nos la dieran; pero al rutilante Frégoli, que impuso la forma de un sombrero, que arrancó suspiros en todas las latitudes de la tierra y que en todas partes clavó el pendón de su gracia, no se la darán. Porque el héroe ha vivido inciensado, adorado, entre adulaciones y elogios colectivos, sin que le venzan competidores ni le martiricen rivales, en exhibición perpetua, como un fetiche, y no ha de resignarse a la soledad, por mucho que la doren el amor y la abundancia. El hubiera querido alojarse en un palacio de cristal, para tener siempre espectadores. ¿No recordáis su última campaña?... Después de anonadarnos durante la función representando cincuenta escenas, y caracterizando cien tipos diferentes, nos aplastaba con las cintas de su cinematógrafo. «Frégoli en el tren». Y le veíamos pasear blandamente por el corredor del «sleeping», con su gorrilla y sus guantes, serio como un diplomático. «Frégoli, acostándose». Y contemplábamos al diminuto grande hombre en su alcoba, sin americana y sin pantalones, y nos maravillaba al saltar al lecho con la gentileza de un felino. «Frégoli, conquistador». Y el terrible artista aparecía junto a una dama imponente y asaltaba la fortaleza de su pudor, · la rendía con el gallardo ímpetu de D. Juan...

Biblioteca Nacional de España

El, perpetuamente él, en las películas, en el escenario, en el sillón del director de orquesta declamando, cantando, gesticulando, retorciéndose; esgrimiendo la batuta como un epiléptico; revolviendo los ojos; engarfiando los dedos; trabajando con los músculos y con la inteligencia para que se desgajase, atronador, el aplauso.

No; un hombrecillo tan tremendo, ¿cómo ha de ser feliz en una casa rodeada de huertas, viñas y bosques? ¿Irán a copiar sus sombrerillos los gazapos? ¿Irán a imitar sus canciones las alondras? ¿Qué endulzará sus días?... Si él supiese extraer la poesía que encierran unos peñones taraceados por el musgo, o la que brilla en unos ojos de vaca donde se duerme el sol; y si tradujese los diálogos de los pinos y el monólogo de los arcaduces, quizás tropezaría con la dicha. Pero tan vulgares conocimientos no seducirán a Frégoli, que invitará a sus amigos cuando el tedio le hostigue y les regalará con las caspicias de su arte.

Y así, esclavo de sus recuerdos, creyendo percibir un aplauso en el aleteo de unas palomas o en el susurro de unos árboles, envejecerá. Y continuará disfrazándose para divertir a sus visitas, hasta que caiga su carne perecedera y sufra el transfigurador la transfiguración final.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

VII

DIVAGACIONES

Biblioteca Nacional de España

VII

DIVAGACIONES

Biblioteca Nacional de España

I

EL HOMBRE AGUILA

Ya no nos contentamos con atravesar vertiginosamente en el vagón de un expreso provincias y naciones, ni con recorrer disparados, con fantástica velocidad, centenares de kilómetros al día sobre los cojines de un automóvil. Hace veinte lustros maravillábanse nuestros abuelos ante las galeras aceleradas, majestuosos armatostes que en una quincena iban de Sevilla a Madrid. Ahora, ¡loado sea Dios! queremos volar, y las aventuras de cualquier intrépido aeronauta nos encalabrinan y nos sublevan los nervios. Es decir, las aventuras de cualquiera, no. Para que nos emocione una desdicha o un lance afortunado, es preciso que el piloto aéreo sea un hombre conocido por su audacia, su ciencia, su bizarría o su tesón. Los medianos, los ignorantes, los tímidos, esas infelices criaturas que no cultivan la inteligencia, ni embellecen el gesto, ni administran la valentía y la constancia para que brillen, suelen morir en la oscuridad de su rincón sin que nos enteremos siquiera.

Biblioteca Nacional de España

Así ha muerto «Ferramenta», lectores, el bravo «Ferramenta», a quien no conocimos porque no hizo nada que mereciera la celebridad. En tercera plana, entre esos despachos que se agrupan por su falta de interés, para que mutuamente se defiendan y se amparen, daban los periódicos la noticia. «Antonio Costa Bernardes, llamado «Ferramenta», acaba de fallecer después de horribles sufrimientos, víctima de una intoxicación producida por el gas.» ¿Cómo se intoxicó el pobre?... Era Costa un portugués audacísimo, tan ansioso de renombre como sereno y tozudo. Había verificado varias ascensiones aerostáticas, y ardiendo en nobilísima emulación, quiso competir con sus más famosos compañeros. «¡Si yo viese un dirigible!—se diría.—¡Si yo pudiera orientarme examinándolo!» Y ¡oh, suerte! el magnífico «Ferramenta» marchóse a Francia, y logró, no ya ver los dirigibles, sino comprar uno que era de los más vetustos, de «los abuelos», pero que había pertenecido al glorioso Santos Dumont. Figuraos el orgullo con que enseñaba el globo a sus admiradores, y la vanidosa seriedad con que ocupaba el sitio donde tantas veces habría soñado al hendir los aires el inventor brasileño. Entregóse con fiebre al estudio, y luego de emborronar con operaciones matemáticas unas cuantas resmas de papel, comenzó a construir unos motores, declarando que había resuelto el magno problema.

—Ya veréis, ya veréis evolucionar con maestría.

Biblioteca Nacional de España

Un motor de cinco caballos, una hélice, dos alones, y ni los cuervos. Santos se equivoca. No ha descubierto el cuitado la dificultad.

Llegó el momento de las pruebas, y con las pruebas llegó el fracaso, y con el fracaso, el desastre. Al referirlo, se contradicen los periódicos, pues mientras unos aseguran que Costa se intoxicó, otros, y con ellos está «El Imparcial,» afirman que por una imprudencia inflamóse el hidrógeno, recibiendo mortales quemaduras «Ferramenta» y muriendo en el acto Alfredo Pinheiro, uno de sus auxiliares. Sea o no sea esta la verdad, lo cierto es que el «compañero» de Santos Dumont ha emprendido el eterno viaje, y que, si no en el martirologio de la ciencia, en el de la fantasía hay que encabezar un nuevo capítulo.

Estos capullos de ilusión se entreabren en los más toscos cerebros y embalsaman con los rudos perfumes del heroismo las vidas más humildes. Cómo el agua de la idea brota en la piedra cerebral, lo ignoramos. Pero todos hemos asistido, estupefactos, a la trasformación de alguno de esos infelices, que, de pronto, sienten la caricia del ensueño, y hemos respetado sus monomanías, y hemos depositado la ofrenda de algunas palabras animosas en los altares de su ideal. Un viento de locura limpia de telarañas los casilleros de sus cabezas, y súbitamente odian la profesión escogida y desprecian las viejas amistades y se avergüenzan de sus fáciles trabajos... Y sin esas tela-

Biblioteca Nacional de España

rañas, tejidas por la discreción y el sentido común, el cordero pretende rugir, y la abubilla, cantar como el ruiseñor y la luciérnaga, alumbrar como la luna... «Sábete, Sancho, que no es un hombre más que otro, si no hace más que otro». Aprendedlo, hermanos; y sabed que el pensamiento noble y la esforzada intención bastan para enaltecer y dignificar, aunque la obra fracase. La ridiculez de un león que se arrastrara balando, inspiraría risa; la de un cordero que brincase rugiendo, sería respetable.

Y con respeto evoco yo ahora ciertos rugidos, mientras que resucita en mi memoria el fantasma del hombre águila. Llamábase Manuel, era campanero y por la noche cuidaba los caballos de mi padre. Tenía las orejas enormes y peludas y despegadas del cráneo, los dientes grandísimos y verdosos, las patas muy cortas, el labio inferior, amorcillado y colgante. Sus ojos, por lo inocentes y lo asustadizos, recordaban los de los potros de la marisma.

Manuel, sentado en un pesebre, hacía tomizas y berreaba letanías, y los chicos le visitábamos para que nos regalara con los frutos de su experiencia.

—Manuel, los apóstoles ¿cómo iban por los caminos? ¿En burros o a pie?

—Manuel, ¿quién se cansa primero de correr, una lagartija o un ratón?

—Manuel, ¿cómo es la guerra?

El, limpiaba los cristales polvorientos del farolillo o

Biblioteca Nacional de España

alisaba su cachiporra con el cortaplumas, porque mirándonos no podía hablar, y comenzaba sus discursos unas veces respondiendo y otras sin responder a nuestras preguntas.

—Veréis «ustés»... Una tarde, cuando estuve con los faiciosos, jala, jala, pin, pan, tiro pá este lao, y tiro por aquí, y tiro por allá, ganamos la batalla. Otra tarde no la ganamos, y a correr. ¡Que vienen!... Tararí, tarará, tararí... Corre que corre, hijos... Pos el año pasao me robaron una gallina.

Así seguía, sin orden, siempre locuaz, vaciando incoherencias y ensartando disparates. Una mañana bajó al «soterráneo» de la colegial, y se topó con un muerto, curado como un jamón, que le echó una miradita... Otra mañana entró «por un casual» en una salota del marqués, y encontróse con que había pintado en el muro un bicharraco, todo pescuezo, «que icen que le llaman una guirafa, y que vive en la Morería, allá en el quinto pino u otavía más lejos»... El señor vicario le daba bizcotelas a un malvís. ¡Vea usted qué dineral en tonto!...

Pues bien, esta personilla simple, fea y bondadosa; este campanero con ojos de potro salvaje, quiso volar. ¿Por qué? ¿Oyó a algún clérigo sabihondo encomiar las hazañas de los navegantes del aire? ¿Qué se proponía? ¿Qué desaforada ambición rompió el equilibrio de su mollera sin sol y sin luz? ¿Intentó vencer en ligereza a los aviones?... Ni supo explicar sus de-

Biblioteca Nacional de España

seos ni los comprendió él mismo. Tal vez la suciedad de la cuadra en tinieblas le hizo soñar en la limpidez de los cielos resplandecientes. Quizás el gusano, en horas interminables de debilidad, envidió a la mariposa.

No fué posible disuadirle. Yo aún le veo en lo alto de la torre con tres paraguas—dos amarrados a los brazos y uno a las piernas,—que se movían como gigantescas amapolas al saludar él heroicamente a la multitud; le veo inclinarse poco a poco y reconocer el monte erizado de chumberas y pitas, y le veo tirarse bárbaramente, y mantenerse en el aire unos segundos y dar una voltereta, empujado por el viento, y caer en seguida con la violencia de un peñón desgajado... Manuel se rompió las piernas, cierto; mas adquirió un apodo glorioso: «el hombre águila», y el noticiero de la villa le aseguró la inmortalidad con cien renglones elocuentes.

Biblioteca Nacional de España

II

LOS TRANVÍAS

La formidable empresa de los tranvías, como todas las empresas, aunque no sean formidables, y como todas las instituciones sólidamente cimentadas, merece mi respeto y puede contar con él. No voy, pues, a excitar a la multitud contra los tranvías—que son mejores que las carretas y que los «riperts»,—ni voy a criticar el servicio, ni a poner en berlina al personal. Ni siquiera censuraré la indulgencia de esos buenos conductores y de esos cobradores honrados que, por piedad, por hombría de bien, toleran infracciones del reglamento verdaderamente abominables.

Y eso que las tales infracciones conspiran a veces contra nuestra salud preciosísima, contra nuestro bolsillo flaco, contra nuestro débil estómago o contra la pulcritud de nuestro traje. ¿No vemos a diario que se refugian en los tranvías mujeres con pequeñillos monstruosos, ulcerados, roídos por horrible enfermedad? ¿No vemos subir a unos valientes caballeros con las

Biblioteca Nacional de España

narices comidas, o con las costras de las viruelas, o con el livor de la tisis? Pero, ¿quién comete la inhumanidad de rechazarlos? ¿Quién le dice a un tísico: «baje usted, porque está tísico», o a un desnarigado: «no suba usted hasta que no encuentre las narices»? Nadie, nadie, amigos.

A otros hidalgos les podemos y les debemos rechazar. A los que montan con una cántara de leche, pegajosa y húmeda, con una esportilla de carne sangrienta, con un saco de cisco polvoriento, con un barril de negruzco mostagán, con unas aves que aletean o un perrito que gruñe... Pero...—y ya saltó la inevitable adversativa—pero el conductor y el cobrador sonríen; el hombre del vino, el cisco, la carne o el perro saluda con humildad, con esa humildad del que se extralimita y molesta, y los menos sufridos y los más carrasqueños callan pacientemente. ¡Qué diablo, somos demócratas! Llevamos la democracia en el corazón y en el espíritu, y sabido es que un demócrata español no puede exigir que se cumplan los reglamentos, puesto que los aborrece y los desprecia.

Así, pues, de nada voy a protestar: pero ya que no hilvano unas líneas de protesta, ya que respeto a los próceres de la Compañía, y pongo sobre mi cabeza a los dignos empleados, permitidme hablar de los coches. Los coches no se han de quejar; los coches no han de calumniarme diciendo que soy un escritor maligno e injusto. Por lo tanto, oid.

Biblioteca Nacional de España

¿Recuerdan ustedes, píos lectores, al fenomenal «taratantaleo.» El «taratantaleo» era un animáculo inmortal. Lo descubrió en el alfeizar de una ventana, entre unos granos de arena, Carlos Nodier, el autor de El vampiro y de Recuerdos juveniles, que, según Alejandro Dumas, estudiaba entomología y pasábase el tiempo examinando con su microscopio organismos invisibles. Un día vió entre los granillos de arena mencionados al mencionado fenómeno. Tenía la forma de un velocípedo armado de dos ruedas que giraban rápidamente. El viento, al secar su pequeño mundo, asesinábale, y el agua, al humedecerlo, le revivía. Nodier, convencido de que su «taratantaleo», igual que había visto el diluvio, asistiría al juicio final, estaba loco de júbilo. Por desgracia, al realizar, por la vigésima vez acaso, el milagro de la resurrección, una ráfaga, enemiga de la ciencia, le arrebató al prodigioso animalillo robándole la gloria de los descubridores.

Pues bien, si el «taratantaleo» no fué un ejemplar único; mejor dicho, si existió realmente fuera de la imaginación del novelista-entomólogo, los sabios están de enhorabuena, porque no ha desaparecido. El «taratantaleo» vive en los tranvías de Madrid. Examinad con detención un coche; fijáos en las tablas del piso, gastadas y húmedas; en los listones del techo, alabeados, sin barniz, con grietas y goteras; en las puertecillas, hidrópicas, en los herrajes sin brillo...Contemplad unos hongos chiquirritines que adornan las

Biblioteca Nacional de España

maderas, y un musgo imperceptible que las cubre, y figuráos la fauna inverosímil que poblará aquellos bosques, amenazando nuestra vida. No es ya el «tara-tantaleo», inofensivo al fin, puesto que, según todas las probabilidades, es una fantasmagoría literaria; el microbio del tifus, el de la tuberculosis, el del cólera, el de la viruela, el de la difteria, todos esos canallas, profesionales del asesinato, nos acechan para convertirse en nuestros inquilinos, para instalarse en nuestra garganta, en nuestra barriga, en nuestros pulmones; para hacernos sufrir, y para macular nuestra belleza, y para preparar el advenimiento del compadre gusano.

Esta particularidad de los coches nos arrancaría un grito de indignación, si no fuéramos filósofos; pero la filosofía trueca nuestra cólera en apacible conformidad. Polvo animado somos, y en polvo inanimado nos convertiremos. No en lo presente, doloroso y mortal, sino en lo futuro, eterno, debemos poner la imaginación. La dicha es una palabra sin sentido. Vivir es padecer... Decidme, lectores: La empresa de tranvías que sugiere tan cristianos pensamientos, ¿no es acreedora, mejor que a una censura despiadada, a uno de esos premios a la virtud que reparte la Academia?

Biblioteca Nacional de España

III

LA VEJEZ DEL ESCRITOR

Vamos a hablar, señores míos, de lo que, gracias a la fuerza de las asociaciones, puede adquirir anualmente un plumífero sesentón. Un plumífero francés—¡claro!—porque en España ni tenemos sociedades de esta índole, ni ganamos en plena juventud más que para costear el puchero.

En Francia la cosa varía; hay para el yantar matutino y para el vespertino y hasta para alguna sabrosa merienda; pero tampoco nuestros compañeros los galos nadan en la abundancia. Proporcionalmente, los periodistas—a voces lo ha dicho Ibels—cobran como los españoles. En periódicos que venden setecientos y ochocientos mil ejemplares, que disfrutan de una publicidad enorme y que se hinchan con los productos de mil negocios inconfesables, hay desdichados que se conforman con 300, 250, 150 y hasta 100 francos al mes. Es decir, que cuanto se pregona sobre los sueldos «fastuosos» del plumífero francés es una pura fantasía. Dos o tres próceres en cada redacción

Biblioteca Nacional de España

que se llevan unos miles de francos, y pare usted de contar, amigo.

Mas los que no son próceres, los que con un talento mediano se han defendido en la pelea, sin llegar a las cumbres de la fama, no están huérfanos de protección y pueden recurrir a diferentes sociedades. La principal, la de *Gens de Lettres*, es poderosísima. Los asociados son cerca de ochocientos y todos ganan su pan a punta de pluma. Cierto es que ninguno exige a la profesión una elegancia y un lujo que no puede dar, y que, contentándose con la *aurea mediócritas* que cantó el poeta, moderan sus deseos y castran sus ambiciones. Vivir con modestia, educar a los hijos, ponerlos en condiciones de lanzarse a la lucha... ¿Se puede pedir más? ¿Se consigue más, trabajando menos, dedicándose a cualquiera otra profesión?

Dirigiéndose a los obreros, escribió Franklin: «Todo el que os diga que se pueden satisfacer las necesidades de la existencia sin un trabajo encarnizado, es un impostor». Aplíquense la sentencia los plumíferos, los «trabajadores de la pluma y el pensamiento», como los llamaba Alejandro Dumas. Es preciso laborar sin descanso durante la vida entera; primero, para que la juventud lozana no se amustie, misérrima y ociosa; después, para que llegue el triunfo en los años perfumados por la energía y el vigor, y finalmente, para que la vejez no sea una horrible carga.

Ahora los escritores no se espantarán al ver que

Biblioteca Nacional de España

sus fuerzas disminuyen y su voluntad se debilita. Gracias a las cajas de retiro no les asaltará la miseria. Un escritor de mediano talento y de modesta reputación, un poco periodista, o novelista, o poeta, a los sesenta años, además de su sueldo o de los cuartos que le produzca su colaboración, contará con el auxilio de la *Societé des Gens de Lettres* y de la *Association des Journalistes Parisiens*, y contará, por añadidura, con el apoyo del sindicato, republicano o conservador, a que pertenezca. He aquí, según Juan Bernard, las pensiones que puede embolsarse un escritor:

Por la Sociedad de literatos	700	francos
Por la de periodistas.....	600	»
Por el sindicato político....	600	»
Total.....	1.900	»

Si el escritor pertenece a la Sociedad de Autores Dramáticos, aumentará esos 1.900 francos con otros 1.000, y si figura también en la de la Prensa Republicana Departamental, engrosará la suma con un respetable billete de 500.

Queda, pues, demostrado que al cumplir los doce lustros un escritor francés dispone, por lo menos, de una rentita de 1.900 francos. Y como esos doce lustros no suelen abrumar bajo su peso, como un sesentón fornido produce igual que un mozalbete, las pensiones, que no han de ser más que una parte de los

Biblioteca Nacional de España

ingresos, garantizarán, si no la riqueza, la comodidad y la abundancia.

Y aunque no ingresaran más que 1.900 francos... Viejos españoles, plumíferos retirados, rancios gaceteros sin acomodo, hablad. Decidnos, vosotros, que por un duro ejecutaríais diez cabriolas, y que por veinte os pelearíais con el mismo Satanás, si 1.900 francos indultan de la pobreza...¡1.900 francos en pan, en carne, en ropa!... ¡1.900 francos sin más obligaciones que las de pasearse, tenderse, murmurar o tomar el sol!... Por conseguir semejante dicha, escribiríais leguas de poesías, millones de artículos, toneladas de sainetes y de novelas... Pero ¡ay! estamos en España, en un país de hidalgos, donde un bandolero es digno de admiración, y ridículo un poeta que ahorra... Dejemos, pues, las cajas de retiro para los albañiles, y que sigan muriendo los ruiseñores. Ante todo, la caballerosidad y la elegancia.

BIBLIOTECA POPULAR "JOSÉ DE ACUÑA"

Biblioteca Nacional de España

INDICE

Páginas

I—LOS FRACASADOS

I.—El señor Darlin 11
II.—La estatua de Don Rodrigo 19
III.—Vanidad 25
IV.—Unos tragos, una copla y un muerto 29
V.—Un señorito 33
VI.—Los suicidas 39
VII.—Los aventureros 45
VIII.—Historia de un compañero 51

II—RIDICULECES Y CRUELDADES CIUDADANAS

I.—Las flores del banquete 59
II.—La lechuza mística 65
III.—Los del cuarto poder 69
IV.—La Jauja de los periodistas 73
V.—Las que se van 77
VI.—Una señora comprometida 81
VII.—El niño asesinado 85
VIII.—Los gatos inmortales 89

BIBLIOTECA POPULAR "JOSÉ DE ACU..."

Biblioteca Nacional de España

Páginas

IX.—La broma del saco 93
X.—El hercúleo Ceferino 97
XI.—El nuevo ciudadano 101
XII.—Una industria nueva 105
XIII.—Mercado de mujeres 109

III—POR ESOS PUEBLOS

I.—El carnaval de los braceros 115
II.—El casino burundés 123
III.—La senda de los camellos 129
IV.—Viernes Santo 135
V.—El rincón nativo 141

IV—LOS HERMANOS INFERIORES

I.—Las ranas de la Cibeles 149
II.—Un torneo 155
III.—Una gran reforma 161
IV.—El espíritu de Torquemada 165
V.—Majestad caída 169
VI.—La ciega 173

V—ELOGIOS

I.—Mister Reginaldo 179
II.—Un buen juez 183

Biblioteca Nacional de España

Páginas

III.—El barro 187
IV.—La justicia 191
V.—El sombrero de paja 195

VI—GRANDEZAS HUNDIDAS

I.—La Emperatriz andaluza 201
II.—Pedro Dupont 213
III.—El transfigurador 223

VII—DIVAGACIONES

I.—El hombre águila 231
II.—Los tranvías 237
III.—La vejez del escritor 241

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA
BNE
1104531828

Biblioteca Nacional de España